

Bianca®

La esposa cautiva del jeque

Susan Stephens

Después de una sola noche de pasión, Lucy se había convertido en la madre del hijo del jeque Kahlil. Y para legitimar a su hijo como heredero del reino de Abadan, Kahlil insistía en casarse con Lucy.

La horrorizaba la idea de casarse con él por conveniencia, pero al mismo tiempo la abrumaba la atracción que seguían sintiendo el uno por el otro.

No podía negar que deseaba con todas sus fuerzas ser su esposa aunque sólo fuera durante seis meses.



Susan Stephens

La esposa cautiva del jeque

Bianca - 1611

ePub r1.0
LDS 20.04.16

Título original: *The Sheikh's Captive Bride*
Susan Stephens, 2005
Traducción: Carlos Ramos Malave

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Prólogo

LA CÁMARA del consejo real en el palacio dorado de Abadan se hallaba inundada de luz cuando el jeque Kahlil ben Saeed Al-Sharif indicó su deseo de proseguir con la reunión.

—Alteza…

Kahlil observó con su mirada oscura la cara de Abdul Hassan, el consejero en quien más confiaba.

—¿Ha tomado ya una decisión con respecto a su nuevo palacio, Majestad?

Kahlil vio la anticipación avivarse en los ojos de todos los que estaban sentados a su alrededor en la mesa del consejo. Incluso entre aquel grupo tan increíblemente adinerado, la rivalidad era intensa. Los contratos prestigiosos siempre suponían una oportunidad para cualquiera. Pero su decisión los decepcionaría.

—No construiré mi nuevo palacio en Abadan —dijo Kahlil, y luego dejó un tiempo para dejar que cesaran los murmullos—. He visto un pueblo en Europa que podría ser una residencia apropiada.

Sus pensamientos volaron al pueblo de Westbury, y al edificio que pretendía comprar. Aunque había un problema, pequeño, pero irritante sin embargo, recordó al pensar en Lucy Benson.

Cuando se había decidido por Westbury, entre la pila de documentos que le habían sido enviados para ayudarlo a decidir, había visto una revista local que contenía la fotografía de una mujer joven. La chica tenía una mirada que enseguida había captado su atención. El subtítulo decía que Lucy Benson era diseñadora de interiores y, últimamente, agente inmobiliaria. Y había comprado Westbury Hall, la misma propiedad que él pretendía adquirir. Pasar de diseñadora de interiores a agente inmobiliaria era un salto importante. ¿Podría conseguirlo?

Kahlil recordó su melena rubia rodeando su dulce cara, y el vestido de verano que se ajustaba a aquellas curvas. Sus labios aparecían rojos sin artificios y estaban lo suficientemente separados para dejar entrever unos dientes blancos como perlas, dientes que Kahlil podía imaginarse mordiendo su piel dejándose llevar por la pasión. Al imaginárselos a los dos desnudos, el cuerpo de Lucy Benson retorciéndose bajo sus músculos, supo que tenía que mantener el control.

—El pueblo de Westbury está bien situado —dijo él devolviendo la atención al consejo—. Está cerca del mar, así que podremos llevar el yate, y está también a poca distancia del aeropuerto para el avión. Será una novedad —añadió con un gesto determinante de su mano.

Todo el mundo lo comprendió y la tensión alrededor de la mesa aumentó. Para hombres que lo tenían todo, la novedad era la moneda más valorada de todas.

—Westbury es una buena elección, Majestad.

Abdul Hassan hablaba por el consejo, y Kahlil inclinó la cabeza en reconocimiento a su aprobación.

—El pueblo es próspero y con mucho carácter-continuó Abdul—, aunque en algunas áreas necesita mejorar.

—No en todas las áreas —murmuró Kahlil pensando en Lucy Benson.

—Es cierto, Majestad —convino Abdul inclinando la cabeza respetuosamente—. ¿Cómo podemos asistirle con este asunto?

—Organizando una visita a Westbury —ordenó Kahlil—, Voy a hacer una evaluación del proyecto por mí mismo.

Capítulo 1

POR FIN estaba sola de nuevo. Colocándose las manos detrás de la cabeza, Lucy Benson miró al techo y dio rienda suelta a su frustración con un sonido furioso y desesperado. Perder Westbury Hall era horrible. Enfrentarse a sus acreedores era peor. Decepcionar a todo el mundo en el último minuto era lo más duro que había tenido que hacer en su vida. Sus planes de renovar la antigua e impresionante casa donde se había criado se habían venido abajo por una simple cuestión de un poco más de dinero. Los constructores habían encontrado unos defectos estructurales bastante serios y costosos y entonces, de pronto, el banco se había echado atrás.

Lucy sabía que pasar de ser la hija del ama de llaves a la propietaria era un poco ambicioso, pero por unos pocos meses, había parecido algo tangible. Lo había arriesgado todo para restaurar el edificio y devolverle su antigua gloria para que pudiera convertirse en un tributo viviente hacia la anciana mujer que había vivido allí. Mientras echaba un último vistazo a su alrededor, pensó que le había fallado a tía Grace, y eso le dolía más que nada.

Parpadeó para mantener las lágrimas a raya. No podía llorar, no con la luz del sol entrando con optimismo a través de la cúpula de cristal. La lluvia habría sido más apropiada. Algunos de los planes que había opuestos a los suyos incluían derribar el edificio completamente. Pero no podía permitir que aquel elegante lugar fuese suplantado por un bloque de apartamentos sin personalidad.

—Perdone…

Lucy se dio la vuelta sobre sus tacones sintiendo un vuelco en el corazón. Pensaba que estaba sola. Aquella voz masculina era profunda y ligeramente acentuada, y a Lucy le llevó un momento

ver de dónde provenía. Pero entonces vio al hombre en pie, medio oculto entre las sombras junto a la puerta principal. Era alto y moreno, y vestido de manera informal, como la mayoría de los acreedores. Aquélla no era una ocasión para vestir elegantemente.

—No pretendía asustarla.

Lucy no se quedó convencida. Algo en él sugería que estaba acostumbrado a usar su estatura para ganar ventaja. Parecía demasiado seguro de sí.

—Creí que se había ido todo el mundo —dijo ella con frialdad.

—¿Llego demasiado tarde?

—No, claro que no. Pase y le comentaré lo que le he comentado a los demás.

—¿Los demás?

—Los acreedores —dijo Lucy mientras desandaba sus pasos sobre el suelo de mármol de azulejos blancos y negros—. Por favor, siéntese —añadió mientras abría la puerta a su improvisada sala de reuniones. Había algunas sillas en el comedor diáfano y ella había dispuesto una mesa en el centro para que la gente pudiera reunirse. Él la siguió a la habitación—. Lucy Benson —dijo Lucy mientras se daba la vuelta para extender la mano a modo de saludo formal.

—Kahl —dijo él envolviendo su mano con un puño que parecía contener una inexplicable carga eléctrica.

—¿No se sienta? —preguntó Lucy retirando la mano y señalando a una de las sillas que había al otro lado de la mesa. Se sentiría mucho más segura una vez que él se hubiese sentado.

—Después de usted —dijo él agarrando una silla para que ella se sentara.

Lucy se sintió alerta e incómoda. Todos los demás acreedores se habían mostrado furiosos y sin darle especial importancia al hecho de que ella fuera una mujer. Aquello era mejor. Era un lenguaje que ella comprendía. Aquel hombre era demasiado frío. La asustaba más que los otros con todas sus explosiones de ira. Aparte de seguro de sí, emanaba sex appeal mientras que los otros emanaban sudor ante la idea de perder dinero.

Aquellos ojos brillantes y oscuros llameaban como carbones negros en una cara con rasgos demasiado severos como para ser convencionalmente atractiva. Le recordaba a un guerrero, un hombre de acción, aunque tenía el tipo de bronceado que ella

asociaba con los ricos. Lucy frunció el ceño. ¿Quién era? Aparte de uno de los individuos más guapos que había visto jamás. ¿Sería turco? ¿Armenio? ¿Español? No reconocía el acento.

Mientras el hombre se sentaba en una silla frente a ella, Lucy imaginó que tendría unos treinta y cinco. Tenía el pelo, la piel y los ojos oscuros, e iba vestido con ropa muy cara. Ella tenía buen ojo para la moda, al igual que para la arquitectura. Los vaqueros podían ser de trabajo o de diseño, y los de él eran los mejores, al igual que la camiseta negra que llevaba.

Cuando la miró, Lucy tomó aliento, obligándose a aguantarle la mirada. Sin mirarla directamente, era plenamente consciente de su boca. Era carnosa y sensual, con una sonrisa cruel que hacía juego con su mirada. Tras discusiones acaloradas, los demás acreedores la habían creído cuando les decía que les devolvería el dinero. Pero sentía que aquel hombre era diferente, más duro, más cínico.

Él se cambió de posición, claramente incómodo en aquella silla estrecha. Los hombres que ella conocía, desde luego no tenían la complexión que él tenía. Incluso su ropa informal fallaba a la hora de intentar ocultar unos muslos de acero y unos hombros tan anchos como para poder llevar un buey.

Lucy apartó la vista, siendo consciente de que lo estaba mirando fijamente. Entonces recayó en sus manos. Eran extremadamente poderosas, pero no parecía que se ganase la vida con ellas. Cuando él se echó hacia atrás cruzando los brazos por detrás de la cabeza, ella se fijó en que su estómago era plano. Y en ese momento se dijo a sí misma que tenía que parar. No era más que otro acreedor agraviado. Al menos le debía una explicación de su situación.

—Bueno, señor…

—Kahl. Llámame Kahl —dijo él. Sus ojos oscuros se entornaron ligeramente y sus cejas negras como el azabache se elevaron también. Eran como las de un tártaro, pensó Lucy mientras se preguntaba sí aquel hombre procedería de Rusia. ¿Podría montar a caballo como lo hacían ellos? sintió un escalofrío por todo su cuerpo al imaginarse sus poderosos muslos apretados a los lados de cualquier caballo salvaje, o de una mujer.

—¿Tienes una propuesta para mí? —Lucy sintió que se ponía colorada. Era como si le hubiese leído el pensamiento.

—Pretendo pagar a todo el mundo lo que debo. Todo lo que te

debo será devuelto —añadió al ver que él se quedaba quieto como si nada. Algo en su mirada estaba comenzando a calar en ella—. ¿Encuentras esto asombroso?

—Todo lo contrario —murmuró él haciéndole un gesto para que continuara.

Lucy se quedó desconcertada al ver sus modos autocráticos, pero su sentido del honor insistía en que debía saldar sus deudas por completo, incluso con aquel hombre. Cuando él se acarició la mandíbula, Lucy vio que estaba ligeramente ensombrecida, incluso a una hora tan temprana del día. Había algo tan masculino en él, que cada hueso de su cuerpo se derretía al pensarlo. Era una sensación que estaba dispuesta a resistir.

—¿Así que eres de los arquitectos? —preguntó ella.

—He oído que tus planes para renovar Westbury Hall se han ido al traste —dijo él.

Lucy adoraba su voz. No podía evitarlo. Era tan extranjera, tan exótica. Aquello era ridículo. La mirada amenazante en sus ojos ya era suficiente como para mantener esos pensamientos alejados de su mente.

—Lo lamento muchísimo, pero me he visto obligada a cancelar todos los contratos —dijo ella tajantemente, sabiendo que afrontar las cosas de frente sería lo mejor. Se acercó su maletín y comenzó a buscar en su interior—. Debo tener el tuyo por aquí.

—Lo dudo.

—He preparado un programa —dijo ella frunciendo el ceño al no encontrar ningún contrato—. Deberías echar un vistazo a esto —añadió sacando otro documento del maletín—. Explica cómo pienso pagar a todo el mundo por los servicios que ya han prestado. Puedes quedarte esta copia.

—La estudiaré más tarde —dijo él doblando las hojas cuidadosamente.

Lucy lo observó mientras se medio levantaba para guardarse la copia en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Lo siento —dijo ella con un gesto de impotencia—. Es lo único que puedo ofrecerte por ahora.

Él se encogió de hombros y volvió a sentarse, y Lucy se preguntó si habría quedado convencido con su pequeño discurso.

—Eso es todo —añadió ella al ver que él no tenía ninguna

intención de moverse. ¿Acaso esperaba algo más? Comenzó a acelerársele el corazón—. ¿Vienes de lejos? —preguntó en una voz más alta de lo que hubiera pretendido. Y al ver que no contestaba, añadió—. ¿Has tenido un viaje largo?

—De medio día.

—¡Medio día! Lo siento mucho. ¿Puedo ofrecerte una bebida o algo?

—Casi es hora de comer —dijo él encogiéndose de hombros.

—Claro. Podríamos ir a tomar un sándwich, quizá.

—El bar del pueblo está cerrado por reforma.

Maldita sea. Había olvidado eso por completo. Aquel hombre era bastante observador.

—Estoy hambriento —admitió él relajándose sobre su silla sin romper el contacto visual.

Lucy se dio cuenta de que estaba acorralada, e iba a hacer algo que probablemente sería una locura.

—¿Por qué no vienes a mi casa y te preparo un sándwich?

Él se puso en pie echando la silla hacia atrás, colocándose después detrás de Lucy para retirarle su silla.

Definitivamente estaba loca, no cabía la menor duda.

El hombre la siguió hasta la cocina de techo bajo de la granja, teniendo que agacharse para esquivar las vigas.

—El granjero debió de ser más bajo que tú —dijo Lucy tratando de sonar casual, aunque se sentía extraña ante aquella situación.

—Eso parece.

Sintió que la estaba mirando mientras fingía estudiar el interior del frigorífico, como si no tuviera ni idea de lo que había dentro.

—¿Queso? ¿Salsa picante?

—Lo que tengas —dijo él.

—¿Cerveza? ¿Café?

—El café está bien, o si no agua.

Sí. Agua, claro. Hacía demasiado calor para ser primeros de mayo.

El aire parecía cargado con una extraña energía, pero era la energía de él. Se dio cuenta de eso y sintió cómo los pelillos de su nuca se erizaban al instante.

—Será mejor que te sientes —sugirió Lucy mientras se daba la vuelta— antes de que te des en la cabeza.

—Gracias —dijo él mientras sacaba el banco que había bajo la mesa de la cocina.

Entonces Lucy recayó en algo. Ni siquiera sabía quién era. Y estaba en su casa. Nunca había hecho nada parecido en su vida, y estaba bastante segura de que no volvería a arriesgarse de ese modo jamás. Pero no ocurría todos los días que sus sueños se hicieran pedazos contra el suelo. Se excusó pensando que sus emociones estaban hechas un caos.

—¿Tú no vas a tomar nada de comer o de beber? —preguntó él.

—No tengo hambre —dijo ella mientras le entregaba el plato.

—Si tú no comes, ¿cómo voy a hacerlo yo?

—Mira, no pretendo ser grosera —dijo Lucy mientras se pasaba una mano por la frente—, ¿pero a qué compañía representas exactamente? No me lo has dicho.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió él llanamente.

—¿Y bien? —insistió Lucy tomando asiento sobre un taburete junto a la encimera, bien lejos de él—. ¿Para qué compañía dijiste que trabajabas?

—No lo dije —dijo el recostándose tranquilamente sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Invitas a tu casa a muchos hombres que no conoces?

—No has contestado a mi pregunta.

—Ni tú has contestado a la mía —señaló él.

—No a muchos, quiero decir a ninguno.

Se preguntaba por qué diablos estaba excusándose ante él.

—No es seguro.

—Puedo asegurarte que no lo tomo como una costumbre. Pero…

—¿Pero? —interrumpió él.

—Hoy es diferente.

—¿Quieres saber a qué compañía represento? —preguntó él apartando el plato.

—Sí —dijo Lucy. Él tenía razón, aquello era peligroso. No sabía nada sobre aquel hombre.

—Me represento a mí mismo.

—Entiendo.

—Lo dudo.

La atmósfera estaba electrificada y su seguridad era inquietante. Era como si él lo hubiese planeado todo desde el principio.

—Prepararé café —dijo ella, ansiosa por poner algo de distancia entre ellos.

—No te molestes. Con el agua fría me conformo.

—No me llevará ni un minuto —dijo Lucy, y él se encogió de hombros—, ¿Azúcar, leche?

Él contestó que no a ambas. Lucy le entregó la taza y, cuando sus dedos se tocaron, ella se quedó con la boca abierta. Fue como si un rayo le hubiese alcanzado en el brazo.

—¿Te has quemado? —preguntó él.

—No, estoy bien.

—¿Te sientas?—sugirió él ofreciéndole una silla. Se sentaría porque no estaba dispuesta a dejar que la intimidara, no en su propia casa, no en su cocina.

La mesa de la cocina era estrecha y sus piernas eran largas. Casi tocaban las de Lucy, y entonces ocurrió. Las espinillas, los pies, los tobillos colisionaron. Cuando ella trató de alejarse, él enroscó una de sus piernas alrededor de la suya.

Lucy debió de haber emitido un pequeño grito sordo al notar cómo el corazón se le subía a la garganta. Casi no podía respirar. Lo miró con los ojos muy abiertos y por un momento pensó en rechazarlo, golpeándolo en el pecho con los puños. Pero enseguida se le pasó. El contacto entre ellos era tan íntimo, que supo que estaba perdida.

—¿Aún te sientes segura? —murmuró él.

Lucy tomó aliento con dificultad y dijo:

—Sí.

Sabía que podría dominarla en un instante. Pero no lo haría. Estaba segura. No, a no ser que ella quisiera que lo hiciera.

El silencio fue tan intenso que, por unos segundos, Lucy no escuchó nada más que el sonido de su corazón retumbándole en la cabeza. Y entonces, gradualmente, fue siendo consciente de otro sonido, bastante ruidoso. Cuando se dio cuenta de que era el sonido de su propia respiración acelerada, sintió que las mejillas se le ponían coloradas.

La expresión de aquel hombre era inescrutable. Estaba esperando algo, ¿pero el qué? ¿Se suponía que ella tendría que

hacer el primer movimiento? El era la tentación en bandeja. Ridículamente atractivo y con el factor sorpresa que a Lucy le decía que sabía cómo complacer a una mujer. Pero era la mirada en sus ojos la que indicaba olvido, algo pasajero. Podría dejar todos sus resentimientos y decepciones de lado durante unas horas. Ambos eran adultos. Él ofrecía una vía de escape, y eso era justo lo que ella necesitaba.

La oportunidad de hacer el amor, de tener sexo, con un completo desconocido era absurdamente atrayente. Era territorio desconocido para Lucy. Siempre había pensado en el sexo como algo entre dos personas que se conocen bien la una a la otra, que confían y se sienten seguras.

Pero ella estaba consumida por la excitación. La decisión se le había ido de las manos, sus sentidos lo dominaban todo. Un leve gesto en los labios de él fue suficiente para que Lucy deseara besarlo y hacer desaparecer su severidad y sentir cómo se derretía bajo su tacto. Era apetito, puro y simple apetito. Incluso las palabras eran redundantes. Se estaban comunicando a otro nivel mucho más básico.

Agarrándola de la muñeca, Kahl la obligó a ponerse en pie frente a él. Su tacto fue suficiente para hacer que Lucy se estremeciera justo antes de que la acercara a él para que pudiera sentir todo su cuerpo en contacto íntimo con el de ella. Era demasiado tarde para lamentar el hecho de que Lucy llevaba sólo un ligero vestido de verano, demasiado tarde para lamentar el hecho de que, en lo que respectaba a ese hombre llamado Kahl, ella no tenía fuerza de voluntad en absoluto.

Dejó escapar un leve gemido de sorpresa cuando Kahl la levantó sin previo aviso para colocarla sobre el borde de la mesa. Entonces, levantándole la falda del vestido, alcanzó su ropa interior mientras se bajaba la cremallera del pantalón al mismo tiempo. Lucy sintió el dulce pase de algo cálido y suave, y entonces un segundo paso antes de que la penetrara, haciéndola gritar de placer. Cuando comenzó a moverse con rapidez, Lucy dejó escapar el aire de sus pulmones y comenzó a sentir el verdadero placer.

Era mejor que cualquier cosa que ella hubiese experimentado antes. Kahl apartó el plato y la taza y le levantó las piernas para enroscarlas alrededor de su cintura. Entonces pudo profundizar más

en ella hasta que los gemidos de placer escaparon a sus labios. Cada vez que la embestía con fuerza, Lucy hundía los dedos instintivamente en sus nalgas de acero, hasta que finalmente su cerebro desconectó y sólo quedaron las sensaciones.

Borracha de excitación Lucy gritó de pronto y él se detuvo.

—¡No! —exclamó Lucy, dándose cuenta de que debía de haber interpretado su grito como algo malo—. No te pares. No te pares jamás —y se rió dulcemente cuando Kahl comenzó a moverse de nuevo.

La llevó con habilidad al lugar al que ella quería ir, conduciéndola al borde de la inconsciencia para que pudiera sentir por unos momentos todo el alivio que necesitaba sentir. Pero la sensación fue tan intensa que casi se desmayó en sus brazos.

—¿Estás bien?

Él le estaba susurrando las palabras al oído, y sujetando todo su peso con los brazos. Ella hundió la cabeza en su pecho para que no pudiera verle la cara ni notar sus intentos desesperados por recuperar el aliento. Se había acabado, y los exquisitos temblores iban, desapareciendo. Realmente no podía creer lo que acababan de hacer.

—He dicho que si estás bien —repitió él con suavidad. Y, tras colocarle la mano en la barbilla, le levantó la cabeza para que a Lucy no le quedara más remedio que mirarlo directamente a los ojos.

—Estoy bien —dijo ella tragando saliva. Pero se sentía desnuda, como si sus ojos tuvieran el poder de arrancarle las defensas de un plumazo. Y se dio cuenta de que esos ojos no eran negros, sino de un siena muy oscuro, con motitas de color cobre alrededor de las pupilas.

—No apartes la mirada —dijo él haciendo que volviera a mirarlo —. ¿Cama? —sugirió levantando una ceja ligeramente—. ¿Tienes cama? —añadió al ver que Lucy se quedaba callada.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Debes de estar cansado.

—Nada de eso —dijo Kahl con lo que parecía ser una ligera sonrisa—. Sólo acabo de empezar.

Colocándole los brazos alrededor de la cintura, la juntó a su cuerpo, presionando su entrepierna contra sus caderas.

—Bueno, en ese caso —dijo Lucy sintiendo el ansia en su

interior. Ella tampoco había tenido suficiente. Desde luego que no.

Tomándolo de la mano, se dirigió hacia el pasillo. Pero el arte de coquetear no iba mucho con ella, y a la altura de la puerta vaciló un instante.

—Dime sí quieres que me marche —murmuró Kahl tomándola en sus brazos—, y me iré.

—No —dijo Lucy—. No quiero eso.

—Entonces, si estás segura —dijo él justo antes de bloquear sus sentidos con uno de sus besos lentos.

—Estoy segura —dijo ella levantando la cabeza.

Hubo un momento de nebulosa alegría en el momento de despertar, pero enseguida apareció el horror y la desesperación. ¡Estaba sola! Claro que estaba sola, se dijo a sí misma mientras miraba a su alrededor. ¿Qué diablos esperaba? Un rollo de una noche no era igual a una relación.

Tirando de las sábanas para taparse, hundió la cabeza en la almohada, consciente de que cada célula de su cuerpo aún palpitaba por las atenciones del amante mejor dotado de todos. Nunca más habría nadie como Kahl en su vida, eso era seguro. Nadie podría ser menos egoísta a la hora de proporcionar placer, nadie podría ser tan tierno mientras la sostuviera entre sus brazos. Y se había ido.

Lucy tragó saliva, sintiendo las lágrimas en el fondo de su garganta, sabiendo que la culpa era suya. Nadie la había obligado a acostarse con él. Se había metido de lleno en aquello, con los ojos bien abiertos, proporcionándose a sí misma un desastre más del que recuperarse.

Tras salir de la cama, se dirigió hacía el baño. Una ducha larga y caliente sería un comienzo, no muy bueno, pero el resto de su vida no iba a desaparecer sin más.

Y entonces vio las flores colocadas en un jarrón de cristal sobre la mesa. Él debía de haberlas cortado del jardín antes de marcharse. Rosas de color rosa y con una delicada fragancia. De sus favoritas.

Al tocar los pétalos fríos y húmedos con los dedos, sintió un escalofrío de aprensión por la columna.

Capítulo 2

TRAPOS para los ricos? No exactamente, pensó Lucy mientras se recostaba sobre el lujoso sillón de cuero. Pero estaba consiguiéndolo. Desde que había ganado el concurso de diseño su vida entera había comenzado a cambiar. Había saldado sus deudas con los acreedores, y estaba realzando de nuevo su negocio.

Era bueno saber que el trabajo duro y la determinación a veces servían para algo, pensaba mientras observaba a sus compañeros de viaje. Varios pasajeros sentados también en primera clase, sonrieron y levantaron sus copas. Animada por el champán, Lucy irradiaba felicidad y optimismo.

Normalmente le daba miedo volar, y viajaba por otros medios siempre que podía. Pero la posibilidad de viajar en primera clase con Air Abadan era algo irresistible, y ni siquiera había tenido tiempo de sentirse inquieta desde que la sonriente auxiliar de vuelo le había dado la bienvenida al embarcar.

Casi le parecía imposible que ya se estuvieran comprobando los cinturones de seguridad para el aterrizaje. Y, habiendo dejado Inglaterra en el frío febrero, casi no podía creerse el anuncio de que había veinticinco grados en el reino desértico de Abadan.

Abadan. Sólo el nombre del país era suficiente para hacer que a Lucy se le disparara la imaginación. Lo cual no era para menos, dado que el premio del concurso era un lucrativo contrato para llevar a cabo la redecoración de la sala de recepciones del palacio dorado. Había puesto todo de su parte, sabiendo que aquella oportunidad era única en la vida. El informe decía que se necesitaba cierta restauración antes de que se pudiera comenzar con el trabajo decorativo superficial. Por fortuna, encontrar a los artesanos que pudieran restaurar las filigranas doradas que daban su nombre al

palacio, era el tipo de desafío que a ella le encantaba.

Ganar era fantástico, pero preparar el proyecto le había dado una segunda oportunidad, y aquello era incluso más importante. Incluso la ira que aún sentía hacia el banco por haberla dejado tirada había desaparecido a medida que se había ido implicando más en el trabajo. Curiosamente, la venta de Westbury Hall había supuesto más cosas de las que ella había anticipado, permitiéndole saldar sus deudas y hacer previsiones para el futuro. Pero en lo que respectaba al trabajo, estaba decidida a concentrarse en lo que mejor se le daba, el diseño de interiores.

Lucy recordaba la ceremonia de premios, en un lujoso hotel de Londres, y cómo el embajador de Abadan anunciaba que había ganado porque había hecho todo por su cliente. De acuerdo con él, ella había descubierto hechos que incluso la familia reinante había pasado por alto. Eso la había hecho sonreír en su momento, y la hacía sonreía de nuevo mientras se apuraba su copa.

La familia reinante, ése era el único detalle del que no había podido conseguir información. El jeque y su hijo permanecían en la sombra. Por razones de seguridad, imaginaba. De todas formas no esperaba tener que conocer a ninguno de ellos. Y la verdad es que no le preocupaba. El informe que había recibido era bastante específico y además ella ya lo había mejorado con sus propias sugerencias. Dar ideas por correo electrónico era una manera fácil, y todo lo que había propuesto hasta el momento había sido recibido con aceptación. No imaginaba que fuese a tener ninguna dificultad.

—Lo cual es mucho mejor, cariño —dijo mientras volvía a comprobar el arnés de seguridad de la cuna de viaje que había a su lado mientras el avión descendía—, ya que vas a celebrar tu primer cumpleaños en Abadan.

No ocurría todos los días el que tuviese que hospedarse en un palacio, pensaba Lucy mientras trataba de observar la sobrecarga de información visual ante la que se encontraba. Casi no había podido creérselo cuando la representante del jeque, una mujer de mediana edad vestida elegantemente, le había comentado, casi en tono de disculpa, que iba a tener que hospedarse en una de las partes más antiguas del palacio.

¡El palacio! Lucy había imaginado que se hospedaría en algún hotel cercano. Pero los aposentos que habían sido designados para ella en el palacio tenían una habitación para niños.

—Oh, sí, todo está más que bien. Gracias —dijo Lucy incapaz de creerse donde estaba.

—Y Leila se ocupará de su hijo —dijo la mujer aparentemente aliviada mientras se daba la vuelta para presentar a una joven que estaba detrás.

Lucy se sintió segura al ver a la chica. Al principio había planeado dejar a Edward en casa con su abuela, pero al final la habían convencido de lo contrario. Los oficiales con los que había hablado en el palacio pronto le habían asegurado que allí cuidarían de Edward perfectamente.

—¿Cuál es el problema? Tráigalo con usted —habían dicho.

La idea de perderse el primer cumpleaños de su hijo le había parecido terrible, pero milagrosamente el destino había obrado para mantenerlos juntos. Así que podría disfrutar del cumpleaños de su hijo y comenzar a asegurar el futuro del pequeño con el dinero que esperaba sacar de aquel contrato.

—¿Qué piensa hasta ahora de Abadan? —preguntó la nueva niñera de Edward.

—Es fantástico —admitió Lucy—. El paisaje desde el aeropuerto al palacio ha sido increíble, todo lleno de dunas que se extendían hacia el horizonte, y luego, mientras el sol descendía, he visto las siluetas de los camellos caminando por la arena.

—Veo que le ha gustado —dijo Leila—. ¿Puedo tomarlo en brazos? —preguntó mirando a Edward.

Lucy dudó un momento pero luego, al ver la reacción de Edward, dijo:

—Por supuesto. Parece que ya te has hecho amiga de él, Leila.

Lucy se relajó. Si Edward era feliz, ella sabía que todo iría bien. Parecía que su primer cumpleaños iba a ser tan memorable como ella quería que fuese.

Caminando descalza y en pijama por sus aposentos con Edward en brazos poco después del amanecer, Lucy se sentía más feliz de lo que recordaba haberse sentido en toda su vida. Y, a pesar de una

noche sin dormir, se sentía en plena forma.

Edward exclamaba y señalaba hacia todas partes mientras exploraban juntos el interior. Incluso la elevada altura de los techos dentro de su suite de habitaciones era toda una revelación para él.

Lucy sopló para quitarse el pelo de la cara y se rió plena de felicidad. Estaba cada vez más segura de que aquel viaje a Abadan iba a suponer un nuevo comienzo para sus vidas. El prestigio que iba asociado a ganar el concurso significaba que su futuro profesional estaba más que asegurado, lo que significaba que las cosas serían mejores para Edward. Y todo lo que ella hacía era por él.

Su vida entera era como un balancín, pero le iba bien, y no dejaría que la cosa fuese diferente. Sabía que no debía confiarse. No podía arriesgarse a que algo saliese mal más tarde aquella mañana en la primera reunión. Pero había pocas oportunidades de que eso ocurriese. Había estado en vela casi toda la noche dando vueltas a su habitación mientras repasaba todos los detalles.

Y recordó al mirar a Edward que no había sido la única madrugadora. En algún momento, algo había atraído su atención hacia una de las ventanas que daban al patio interior, pero para cuando pudo asomarse, sólo vio una sombra que desaparecía a través de uno de los arcos que había frente al apartamento.

Miraba por la misma ventana en ese instante, hacia el mismo arco, recordando cómo, poco después de eso, todo el palacio se había llenado de vida. Lucy supuso que las altas temperaturas del día harían imposible la actividad más tarde. Entonces se estremeció al volver a pensar en la sombra.

La risa de Edward cesó inmediatamente y levantó la cabeza para mirarla.

—No pasa nada, cariño —dijo Lucy desviando su atención hacia un par de jarrones más altos que ella, para volver a hacer que se riera.

—¿Señorita Benson?

Lucy se dio la vuelta sonriendo mientras Leila se apresuraba hacia ella por el suelo de mármol. Hizo falta un rato para convencer a la muchacha de que no llegaba tarde y de que el temprano comienzo del día de Edward se debía enteramente a la excitación de Lucy.

Fue divertido organizar el día del niño las dos juntas. Cuando la reunión con los oficiales del palacio hubiera terminado, Lucy estaba decidida a organizar una fiesta de cumpleaños para el día siguiente. Pero mientras las dos hablaban de los detalles, se fue dando cuenta de que el tiempo pasaba y de que aún estaba sin duchar y sin vestir.

—No se preocupe —dijo Leila—. Me ocuparé de todo mientras usted está en la reunión —dejó de hablar cuando Edward comenzó a llamar su atención.

—Quiere ir a la ventana a tomar el aire —dijo Lucy—. Puedes llevarlo a jugar fuera mientras no haga mucho calor. Tiene demasiada energía como para quedarse aquí metido todo el día.

—Eso haré —contestó Leila.

Lucy ya se alejaba por la habitación cuando Leila llamó su atención.

—Venga a ver esto —insistió la muchacha—. Rápido.

—¿Qué es? —preguntó Lucy mientras se acercaba a la ventana abierta.

Siguió la mirada de Edward hacia el patio. Un grupo de hombres con túnicas marchaban con rapidez. Había algo majestuoso en su porte, algo romántico. Tenían un aire de magnificencia, y el hombre que encabezaba el grupo era especialmente llamativo. Obviamente era el líder a todas luces. Lucy sonrió al ver a un hombre más bajo a su lado, tratando de seguirle el paso mientras tomaba notas en un pequeño dictáfono negro.

—Ése es el príncipe Kahlil ben Saeed Al-Sharif, el hijo del jeque reinante —explicó Leila al ver el interés de Lucy—. Prácticamente gobierna él Abadan. Su padre se va retirando cada vez más de la vida pública. Se dice que el jeque Kahlil va a tomar plena responsabilidad sobre el país muy pronto.

—¿Qué más se dice? —murmuró Lucy mientras los hombres desaparecían a través del arco.

—Se dice que Abadan será catapultado al siglo XXI gracias al jeque Kahlil —admitió Leila—. Ya ha alcanzado un inmenso éxito en el mundo de los negocios internacionales. Y es muy guapo.

—Será mejor que me preparé para la reunión —dijo Lucy con diplomacia. Tenía que comportarse como una profesional. Por muy tentador que pudiera ser, sabía que no podía permitirse el ser atraída por los cotilleos de palacio.

Capítulo 3

FRÍA pero elegantemente vestida con una túnica de manga larga y unos pantalones anchos de lino color crema, Lucy supo que estaba tan preparada para la reunión como jamás podría estarlo. Y no tenía excusa para estar nerviosa. Ni siquiera tenía que llevar su propia carpeta de diseños. La estaban malcriando, pensó al ver al joven con vestimenta occidental que había llegado para conducirla a la reunión y que le quitaba la carpeta de las manos para llevarla él. «Mejor que no me acostumbre a esto», pensó mientras seguía al chico por un pasillo.

A Lucy se le iba a salir el corazón por la boca cuando su acompañante abrió la puerta de la cámara del consejo. Se hizo el silencio cuando ella entró, luego todo el mundo se puso en pie al tiempo. Caminó con la cabeza alta hacia la mesa alrededor de la cual los hombres vestidos con típicas túnicas de Arabia la esperaban de pie.

Lucy sentía la garganta seca. Su anterior optimismo de pronto le parecía prematuro. La seguridad en sí misma se estaba evaporando ahora que se enfrentaba a la realidad del asunto y a la importancia que iba ligada al proyecto. Era una responsabilidad impresionante.

Por fortuna, antes de que las dudas se asentaran en su cabeza definitivamente., el joven que la había acompañado depositó su carpeta sobre la mesa y le ofreció una silla. Lucy se sentó con lo que esperaba fuese su cara más profesional. En ese momento, los demás también se sentaron. Entonces un hombre mayor que había sentado a su izquierda, se inclinó hacia delante.

—Su Majestad le pide disculpas —murmuró—. Llegará un poco tarde. Pero si no le importa resumir brevemente sus ideas ante el consejo, él se unirá a la reunión tan pronto como le sea posible.

Lucy inclinó la cabeza educadamente al escuchar las noticias.

Habría preferido acabar cuanto antes con la parte de las presentaciones. Pero sin embargo tenía que comenzar, sabiendo que en cualquier momento, el soberano de Abadan o su hijo, aparecerían. No había otra opción, así que tendría que seguir adelante a pesar de todo.

Acababa de completar la introducción formal sobre la presentación, cuando las puertas dobles de pronto se abrieron con aire ceremonial. Comenzó a temblar de los nervios sin poder evitarlo. Todos los hombres sentados con ella se pusieron de pie enseguida y se giraron hacia la entrada. Se dijo a sí misma que aquello era ridículo.

—Su Majestad.

Lucy se quedó de pie de medio lado a la puerta mientras anunciaban en inglés la llegada del jeque. Entonces la curiosidad pudo más que ella y giró la cabeza.

El llamativo individuo que entró en la sala, seguido de un grupo de ayudantes, era demasiado joven para ser el jeque soberano. Debía de ser su hijo, imaginó Lucy y, recordando la figura que había visto en el patio, sintió que el corazón se le aceleraba. Tenía una presencia increíble. Sintió como si estuviera mirando a alguien en una pantalla, desde la distancia. Era como mirar a la mejor recreación que hubiera hecho Hollywood de un príncipe árabe, excepto que el hombre que se acercaba a ella era real.

El sol que entraba por las ventanas que había sobre las puertas de entrada impedía que pudiera verlo con claridad. Pero no necesitó verlo correctamente para sentir el aura de poder que llevaba consigo. Y era un poder intimidatorio. Debía de ser un hombre duro. El jeque Kahlil de Abadan era un príncipe del desierto, un guerrero por los cuatro costados. Sería el tipo de individuo que inspira confianza y miedo al mismo tiempo para ganarse el respeto de su gente.

Recorrió en unas pocas zancadas la distancia que los separaba, haciendo que su túnica negra hondeara alrededor de su cuerpo. El gutrah negro en su cabeza enmascaraba lo poco de su cara que la cegadora luz del sol le permitía ver a Lucy.

—Señorita Benson —murmuró él con frialdad extendiendo la mano para saludarla al estilo occidental.

Era mucho más alto de lo que ella había imaginado. Estando de pie tan cerca, eclipsaba el resto de la sala. Podían haber estado solos. Automáticamente Lucy le dio la mano.

Cuando se tocaron, Lucy sintió un temblor por todo su cuerpo y tuvo que tomar aliento con rapidez para controlar su reacción.

—Majestad —consiguió decir apartando la mano como si se hubiese quemado. Mantuvo la cabeza agachada, más para evitar su severa mirada que como señal de respeto.

—Caballeros —dijo él educadamente—, por favor, siéntense. No dejen que la distraiga —le dijo a Lucy—. Por favor, continúe.

Pero hubo algo extraño en su voz al pronunciar aquello, algo indetectable para los demás, pero muy aparente para Lucy. Por un instante se sintió incapaz de hablar. Su mente estaba en caída libre, su corazón detenido. Dejó escapar un gritito involuntariamente y entonces se dio cuenta del interés que estaba generando alrededor de la mesa y trató de recomponerse.

—Sí, sí, por supuesto —dijo ella.

—Agua para la señorita Benson —dijo el jeque Kahlil inclinándose directamente hacia delante sobre su asiento para dar instrucciones a sus sirvientes.

No podía ser posible, se dijo Lucy a sí misma mientras se tomaba el vaso de agua que alguien le ofreció.

¿Podría el Kahl que ella conocía tener un hermano gemelo idéntico? Dio unos cuantos sorbos y luego se obligó a sí misma a levantar la cabeza y sonreír. Había oído que todo el mundo tenía un doble en algún lugar del mundo, pero siempre le había parecido una tontería. Aunque quizá, sólo en esa ocasión, pudiera ser verdad.

—Sí, gracias. Estoy lista para continuar —dijo sorprendida al escuchar la frigidez de su voz. Dadas las circunstancias, no era de extrañar. Pero sus pensamientos se tambaleaban de un lado para otro en su mente como un péndulo. ¿Acaso era el jeque Kahlil Kahl? En su corazón, Lucy sabía la respuesta. El hombre que estaba sentado a sólo unos centímetros de distancia, recolocándose la túnica tranquilamente, era el padre de Edward. Y ni siquiera sabía que tenía un hijo.

De pronto Lucy se sintió sobrepasada por el miedo. ¿Qué haría un hombre tan poderoso como el jeque Kahlil cuando descubriera que tenía un hijo? Ella había puesto a Edward en peligro.

—¿Señorita Benson? ¿Le importa continuar?

El tono del jeque era neutral, pero la puso de los nervios. Él también la había reconocido, de eso estaba segura. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que le dijera que no había ido sola, que llevaba un bebé con ella?

—Sí, por supuesto. Discúlpenme, caballeros, el calor…

¡El calor! El aire acondicionado del palacio no permitía que se sintiese ni una pizca de calor. Tendría que hacerlo mejor. Pero Lucy sentía como si estuviera cayendo por un agujero negro y profundo. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y tenía la mente paralizada por la ansiedad. De algún modo tenía que continuar y salir airosa por el bien de Edward, aparte de por el suyo propio. Cuando la reunión hubiera terminado y estuviera en la seguridad de su habitación, tendría tiempo para pensar en cómo salir de Abadan con Edward.

Ahora que sabía la verdadera identidad del hombre que creía que era Kahl, buscaría consejo legal. Claro que Edward debía saber quién era su padre. Y ella se lo diría cuando llegase el momento. Lucy miró a su alrededor como si lo estuviera viendo todo por primera vez de nuevo. ¿Cómo iba ella a competir con aquello? ¿Cómo iba a negarle a su hijo una herencia semejante? Aquel pensamiento la atemorizaba, pero fue precavida de no levantar sospechas y centró toda su atención en la reunión.

No tuvo ni idea de cómo consiguió pasar el resto de la mañana. En las pocas ocasiones en que Kahlil se había dirigido directamente a ella, había sido sólo con preguntas referidas al proyecto. Pero aquella amabilidad le preocupaba. Se dio cuenta de que no había tenido en cuenta su intelecto en su primera reunión, había estado más distraída con otras cualidades. Pero en ese momento veía que ningún detalle era lo suficientemente pequeño como para escapar a su atención, y mientras revisaba los detalles de sus planes, sus miedos comenzaron a aumentar.

Nunca dejaba que nada le pasara por alto, pensaba Kahlil malhumorado. Pero había confiado el concurso y todo lo que conllevaba a uno de sus consejeros. La reunión había sido programada para que él pudiera felicitar personalmente al ganador

e indicaría su primera implicación real en un proyecto que pretendía llamar la atención del mundo sobre Abadan. Estaba decidido a que sus herederos un día heredarían un país que estuviera al frente en los destinos vacacionales más exclusivos, y las relaciones públicas resultantes del concurso de diseño, junto con la apertura del palacio dorado al público, eran cruciales para ese plan.

Y de repente ocurría aquello. ¿Cómo?, se preguntaba Kahlil una y otra vez. Él había pedido al mejor, y le habían llevado a Lucy Benson. Era imposible que ella hubiese hecho la conexión sólo sobre el papel. Veintiún meses antes le había dicho solamente que su nombre era Kahl, nada más.

Se lo habían pasado bien. Ése debería haber sido el final. No estaba dispuesto a invitar a los problemas a su vida.

Decidió que no tenía nada por lo que reprocharse a sí mismo. Los dos eran adultos. Y él había actuado correctamente, marchándose antes de que ella se despertara, sin arrepentimientos, sin recriminaciones, mejor para los dos.

La ira de Kahlil al encontrarse en esa situación tan embarazosa estuvo cerca de rozar la superficie según conducía la reunión. A pesar de sus esfuerzos, aquellos pensamientos permanecían testarudamente en su mente. ¿Sería la casualidad o la venganza lo que la habría llevado hasta Abadan? Al fin y al cabo él estaba presente cuando sus sueños se habían hecho añicos. Cada detalle de aquel día debía de estar grabado a fuego en la mente de Lucy. ¿Habría sido capaz de descubrir su verdadera identidad tras su breve y apasionado encuentro? No parecía probable, pero la historia había demostrado lo astutas que podían ser las mujeres cuando había un reino y una fortuna en juego. Tendría que estar en guardia y esperar a ver qué nuevas sorpresas le tenía preparadas. Quizá fuese inocente, quizá no; sólo el tiempo lo diría.

Lucy jamás se había sentido más aliviada de terminar una reunión. Había ido bien. Nadie, ni siquiera Kahlil, pudo encontrar ninguna falta en la minuciosidad con que había preparado la presentación. Mientras la sala se vaciaba, ella mantuvo la cabeza agachada y se concentró en recolectar todos sus dibujos y bocetos. Finalmente sólo quedaron Kahlil y el joven que la había

acompañado hasta la reunión.

—Puedes irte —le dijo Kahlil al joven—. Yo me ocuparé de la señorita Benson.

La respiración fuerte de Lucy sonó con fuerza en la cámara vacía, pero para cuando levantó la cabeza para protestar, el joven ya era una figura distante que se dirigía hacia la puerta.

—No pasa nada, puedo arreglármelas —dijo ella con calma, enderezándose para encarar a Kahlil.

—Deseo hablar contigo —dijo él.

Habló en voz baja, pero el tono era autoritario y atemorizador. Lucy pensó que no había ningún deseo. Allí, en Abadan, los deseos de Kahlil serían como órdenes.

—Por supuesto —dijo ella.

—Comeremos juntos en la ciudad.

Lucy se sintió algo aliviada. Cualquier sitio lejos del palacio, lejos de Edward, serviría.

—Muy bien —convino ella mirándolo a los ojos. Pero el corazón le retumbaba en el pecho, y su mente era un torbellino de pensamientos que colapsaban entre ellos haciendo imposible que nada tuviera sentido, salvo el hecho de que tenía que mantener a Kahlil alejado de Edward hasta que pudieran marcharse de Abadan.

Kahlil no dejó de mirarla en ningún momento, como si pudiera leer sus pensamientos. Pero Lucy pensaba que, si podía mantener la conversación durante la comida en términos exclusivamente de trabajo, podría salir airosa y ganar tiempo. El palacio dorado era tan inmenso, que era poco probable que sus caminos volvieran a cruzarse.

No era de extrañar que se hubiera marchado antes de que ella se despertara en aquella ocasión. Por lo que a él respectaba, ella le había proporcionado unas cuantas horas de distracción. El era el heredero de un reino. Pasar un rato agradable con una mujer en la cama, difícilmente le resultaría algo de lo más especial. Se dio cuenta de que aquélla no era razón suficiente como para quedarse y jugar a las familias felices al día siguiente, y se sintió furiosa consigo misma al notar que su cuerpo insistía en comportarse como si Kahlil fuera la respuesta a sus sueños, o más bien a sus pesadillas.

—Llevaré mis cosas a mi habitación y me reuniré contigo.

—Déjalo todo aquí. Lo recogerán y lo llevarán a tu habitación.

Confío en que todo sea de tu agrado —dijo él.

—Todo muy agradable —dijo Lucy. Lo último que quería era que decidiera comprobar por sí mismo lo apropiado de sus aposentos—. ¿No tengo que cambiarme para la comida? —preguntó buscando una excusa para regresar junto a Edward.

—Estás perfecta tal como estás.

A Lucy le dio un vuelco el corazón. No podía arriesgarse a levantar las sospechas de Kahlil. No tenía más opción que ir con él.

Las palabras habían salido de su boca antes de que pudiera evitarlo, pensaba Kahlil impacientemente. Pero por desgracia era verdad. Como mujer y compañera de cama, Lucy Benson era perfecta.

Quizá aquel reencuentro inesperado no fuese tan malo después de todo. Comenzó a sonreír al darse cuenta de la situación. Las fotografías que habían sido tomadas durante la reunión lo mostraban a él entregando un prestigioso premio de diseño a la talentosa señorita Lucy Benson, y eran fotos que darían la vuelta al mundo, pero nadie imaginaría jamás lo que había ocurrido entre ellos. La vida deparaba extrañas sorpresas, pero ella estaba allí, y sería mejor que se aprovechara de eso.

Capítulo 4

SUSPENDIDO doscientos metros sobre el golfo de Abadan, el restaurante que había elegido Kahlil para la comida era excepcional en todos los sentidos: opulento, silencioso, obviamente muy caro y lleno de lo que Lucy catalogó inmediatamente como «gente guapa».

Las cabinas separadas con sillones de respaldo alto cubiertos por terciopelo color carmín proporcionaban un cierto grado de privacidad que Lucy encontró alarmante. La gente que comía a aquella misma hora eran hombres con túnicas acompañados de hermosas jóvenes que llevaban la última y más cara joyería.

—¿Qué tipo de sitio es éste? —preguntó ella—. Pensé que íbamos a tener una comida de trabajo.

—Discreto —dijo Kahlil. El maître los condujo hasta una de las mejores mesas que daba al golfo.

« ¡Un lugar al que traer a tu amante!», pensó Lucy. Aquélla no era una reunión de negocios, era una negociación, pensó con ira. Kahlil recordaba todo sobre su primer encuentro y quería proponerle un trato antes de que regresaran a palacio.

Hubo un considerable interés mientras atravesaban la sala en dirección a la mesa, con Kahlil delante de ella, y ella con la cara roja de vergüenza al darse cuenta a lo que la estaba sometiendo. Levantando la barbilla un poco más, Lucy sonrió y trató de poner cara de seguridad en sí misma. Saldría de allí a la primera oportunidad que se le presentara. No permitiría jamás que Edward viese a su madre humillada de aquel modo.

Lucy dio las gracias al maître, que le había ofrecido una silla, y se sentó. Entonces se fijó en los guardaespaldas que había apostados en todas las salidas, hombres discretos vestidos de manera occidental con chaquetas diseñadas para ocultar una pistolera. Lucy

sintió un escalofrío en la espalda al darse cuenta de que su huida sería considerada de traición. Sacar al heredero del trono de Abadan del país sin el conocimiento ni la aprobación de su padre sería una locura, ¿pero qué otra alternativa tenía? Perder a su hijo no era una opción.

¡El jeque Kahlil ben Saeed Al-Sharif era el padre de Edward! A Lucy se le encogió el estómago al mirar al hombre sentado al otro lado de la mesa.

Kahlil era una figura severa con su atuendo árabe. Era sin duda alguna un príncipe, un príncipe guerrero, se corrigió a sí misma viendo las discretas pero reverentes miradas que estaba atrayendo hacia él. Todo el mundo lo reverenciaba. Era como si las voces a su alrededor hubieran bajado de tono al entrar ellos. E incluso los camareros parecían estar sujetando las copas y la porcelana con extremado cuidado para no hacer mucho ruido.

Lucy sacudió la cabeza al ver cómo el maître se acercaba para discutir el menú con él. Era casi imposible creer que el jeque Kahlil fuese el mismo hombre vestido de manera informal al que se había entregado tan ansiosamente, en busca de unas horas de pasión y alivio. Debía de haberse vuelto loca. ¿Realmente pensaba que iba a ser capaz de ocultar el hecho de que tenía un hijo suyo? Volvió a pensar en Edward. Quizá fuese mejor para él si ella se rindiese.

Lucy observó a algunas de las demás mujeres que había en la sala. La mayoría sonreían felizmente a sus ricos y poderosos acompañantes, e incluso algunas se estaban riendo, pero aquélla no era vida para ella. Lucy sabía eso con total seguridad. Ella era quien era, y tenía que afrontar las consecuencias. Sólo podía esperar que algún día Edward lo comprendiera.

—Bueno, Lucy —comenzó él—, es una agradable sorpresa. Ha pasado mucho tiempo. Casi dos años. Han debido de ocurrir muchas cosas en ese tiempo.

Ella había estado temiendo ese momento, el momento en que Kahlil finalmente hiciera referencia a su primer encuentro. Pero había llegado y había sobrevivido. Se relajó ligeramente y le comentó por encima los detalles de su vida profesional, nada más. No iba a sucumbir, al menos aparentemente, al brillo de certeza en sus ojos oscuros que le decía que el jeque Kahlil estaba recordando cada momento de su primer y tórrido encuentro, y la estaba

tentando a ella a hacer lo mismo.

Como si fuese a poder olvidarlo, pensaba Lucy mientras jugueteaba con la comida, feliz de que el constante ir y venir de platos llenara los silencios incómodos de la conversación.

—¿No vas a tomar pudín o café? —preguntó él cuando por fin terminaron de comer.

—No, gracias —dijo Lucy doblando su servilleta. Había agotado todos los temas de conversación seguros. Lo único que quería era regresar al palacio, con Edward, y hacer planes para llegar a casa a salvo antes de que el jeque Kahlil averiguara la verdad y tratara de detenerla.

—Te llevaré de vuelta.

Él se puso en pie e instantáneamente un séquito pareció materializarse de la nada y rodearlos. Al ver cómo él los despedía con la mano, a Lucy le dio un vuelco el corazón. Su sugerencia era demasiado íntima como para sentirse cómoda. Habían llegado al restaurante en una limusina con chofer. ¿Qué más tendría en mente?

Era devastadoramente atractivo, pensaba Lucy mientras se levantaba. Sería la cosa más fácil del mundo acabar en la cama con él. El jeque Kahlil la aterrorizaba y la atraía a partes iguales, y aquélla era una mezcla potente. La idea de ser la única mujer que pudiera domarlo, que pudiera derretir su corazón, habría sido un desafío irresistible para cualquiera. Pero ésa era una fantasía absurda, y por muchas muescas que tuviera en el poste de su cama árabe, ella no estaba dispuesta a añadir una más.

—Gracias. Me pondré con el trabajo según llegue —mintió Lucy pensando en Edward.

¿Acaso Lucy Benson pensaba que lo estaba engañando?, pensaba Kahlil mientras la llevaba fuera del restaurante. Su actitud remilgada era algo nuevo, eso era cierto, pero estaba seguro de poder arrancársela muy pronto.

En la puerta uno de sus guardaespaldas le entregó las llaves de otro coche: uno negro y muy rápido, y con el tamaño justo para dos personas. Tenía prisa por llegar al palacio. Ya había esperado suficiente. Lucy Benson había tenido la audacia de evitar sus preguntas, y quería saber por qué. ¿En qué había estado metida en los últimos meses? ¿De cuántos amantes habría disfrutado durante

ese tiempo?

Antes de abandonar el restaurante, Kahlil cerró los ojos un instante para recomponerse. El hecho de que aún deseara a Lucy era un inconveniente, pero uno que no pensaba tolerar durante mucho tiempo más. Ella había despertado sus sospechas. Había algo diferente en ella, algo que no podía averiguar. Se mostraba mucho más compuesta, y más segura de sí misma de lo que él recordaba. Debía de haber encontrado la plenitud. ¿Con un hombre? Aquel ataque de celos lo pilló por sorpresa mientras salía por la puerta con ella. No recordaba haber sentido nada parecido con anterioridad.

Lucy se sentó en silencio mientras él ponía en marcha el motor de su Maserati, e imaginó que allí, en su país, Kahlil no se inclinaba ante nadie. Pero en lo que respectaba a Lucy, las normas de cortesía tradicionales aún servían. Estaba asustada, por ella misma, y por Edward sobre todo, pero aquélla no era razón para dejar que Kahlil hiciese lo que le viniese en gana. Cualquier señal de debilidad no haría más que empeorar las cosas para ambos a largo plazo. Tendría que esperar, actuar con cautela hasta que se presentara la oportunidad de escapar.

Había sido una sorpresa tremenda encontrar al padre de su hijo en Abadan, y una sorpresa aún mayor al descubrir qué posición ocupaba. Pero tenía que recuperarse de aquello cuanto antes. Aunque el jeque Kahlil no era un adversario cualquiera. Representaba un desafío supremo: era el único hombre en el mundo al que no podría tener, el único hombre en el mundo que cualquier mujer desearía. Y ése era su caso.

La tensión sexual entre ambos era increíble, pensaba Kahlil, y aún más dado que estaban encerrados en un pequeño deportivo. El aire entre ellos estaba cargado de energía, una energía que tendría que buscar la forma de expresarse. Quizá pudiera encargar que le llevaran pudín o tortitas a su apartamento, y entonces darle de comer. Y cuando ella se mostrara nuevamente acostumbrada a aceptar el placer en sus manos, se la llevaría a la cama. Incluso el más fiero de sus caballos había aprendido a confiar en él, y Lucy Benson haría lo mismo.

Había mucha similitud entre la mujer que había sentada a su lado y los caballos de su establo. Ambos eran orgullosos e indómitos, y ambos podían ser suavizados y persuadidos para

entregar lo mejor de sí, si se tenía la suficiente paciencia. Y Lucy Benson era afortunada, incluso a pesar de su insolencia en el restaurante, iba a dedicarle el resto del día, al final del cual estaría suplicándole que la hiciera suya.

Cuando regresaron al palacio, un miembro del consejo de Kahlil lo estaba esperando en la entrada principal.

—Nos encontraremos después —le dijo Kahlil a Lucy tras intercambiar unas palabras con el hombre—, para terminar nuestra comida y hablar un rato más.

—¿Cuándo te veré? —preguntó ella para poder estar preparada, y bien alejada de Edward.

—En una hora —contestó él—. Alguien te llevará hasta mis aposentos, y mi chef nos preparará unos postres deliciosos.

Era un alivio saber que no iría él a recogerla, pero también era como la arena corriendo demasiado deprisa en el reloj. Cualquiera podría decirle a Kahlil que ella había llevado un bebé consigo. Sólo deseaba que tuviera cosas más importantes que hacer que atender a los cotilleos de palacio. Pero el tiempo se estaba agotando. Edward estaba durmiendo cuando entró en su habitación.

—No, déjalo dormir —le dijo a Leila—. No puede hacerle ningún daño. Aún debe de tener jet lag, espero.

—Queremos que esté despejado para la fiesta de cumpleaños de mañana —convino Leila.

—Sí —dijo Lucy con un nudo en la garganta—. Será mejor que regrese para terminar mi reunión con el jeque.

—No se preocupe por nosotros —dijo Leila—. Estaremos bien relájese y disfrute de la reunión.

Era fácil comprender por qué había sucumbido con tanta facilidad a Kahlil, pensaba Lucy mientras observaba cómo pinchaba el último pedazo de tortita para ella. Y quizá no fuese tan malo como ella pensaba. Los duros rasgos de su cara parecían más suaves a la luz de las velas.

Aunque aún era por la tarde, perfectamente podían haber estado en una habitación lujosa al caer el sol, porque Kahlil había ordenado a sus sirvientes correr las cortinas y encender docenas de velas. Era como un cuento de hadas.

El techo estaba cubierto por un exquisito tejido de color rojo y las ventanas que se ocultaban tras las cortinas estaban tintadas para proteger a los ocupantes de la habitación del sol de mediodía. Kahlil había hecho una buena elección. Tarde o temprano se enteraría de lo de Edward. Ella quería confiar en él. Habría sido fantástico si hubiera podido.

Lucy sonrió tímidamente mientras se echaba hacia delante para dar otro bocado al pudín, que estaba bañado en salsa con sabor a naranja. Ella se rió y se apresuró a tomar su servilleta, pero él fue más rápido.

—Te cae por la barbilla —dijo él.

—Lo siento.

—No lo sientas.

Antes de que Lucy pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Kahlil ya le había capturado las gotas de salsa de su boca con el dedo.

—Ha sido muy desconsiderado por mi parte darte ese último tenedor de manera tan brusca. Me sorprende que no me eches una reprimenda.

Cuando sus miradas se encontraron, Lucy sintió un escalofrío ante la idea de castigar a Kahlil. Sin saberlo había sacado a relucir una de sus fantasías más seductoras.

—Es mi responsabilidad —continuó él con suavidad— asegurarme de que cuando te dé de comer, todo vaya a parar a tu boca.

Lucy tragó saliva con dificultad al ver cómo Kahlil se llevaba el dedo manchado de salsa de naranja a la boca.

—¿Café? —murmuró él sin dejar de mirarla.

La pregunta en sus ojos era inconfundible, y no tenía nada que ver con el café. Lucy tomó aliento, pero no le sirvió de nada. El corazón le iba a mil por hora. Aún la deseaba. No podía haberlo dejado más claro. Podrían retomarlo donde lo habían dejado.

¡Era una locura! Ni siquiera podía pensar en ello. No debía pensar en ello, recordó ella dándose cuenta de que su primera preocupación era sacar a Edward de allí. Sólo entonces podría buscar consejo legal.

—Café —dijo ella con firmeza.

—¿Por qué te muestras tan tímida? —preguntó Kahlil tras darles

instrucciones a los sirvientes—. ¿No es un poco tarde para la modestia? ¿O es que hay alguien más en tu vida?

—No hay nadie —confesó Lucy.

—¿Nadie? —repitió él levantando una ceja—. ¿Entonces cuál es el problema, Lucy? ¿Por qué te muestras tan reacia a contarme nada sobre tu vida privada?

—Tengo que regresar.

—¿Quieres regresar?

Su vacilación duró demasiado. Cuando Kahlil estiró el brazo para alcanzar su mano, Lucy se sintió débil, sin estar a su altura. Su tacto era fuerte, cálido y muy familiar. Era como si nunca se hubiesen separado. Entonces se pusieron de pie, mirándose el uno al otro, y ella se encontró a sí misma deseando que la besara, que la tomara en sus brazos para poder olvidar una vez más.

¡Olvidar! No podía olvidar nada. Aquélla no era una cuestión de orgullo, ni de esperanzas o sueños, sino que se trataba del futuro de Edward, de su seguridad y su felicidad. Él le pertenecía a ella. No podía hacer nada que lo pusiese en peligro.

—Tengo que irme.

Kahlil estiró la mano y jugueteó con algunos mechones de su pelo.

—Lo digo en serio, Kahlil —dijo ella cerrando los ojos.

—No te detendré —dijo el sabiendo que quería quedarse. Y él quería que se quedara. Pero se daba cuenta de que estaba hecha un lío. Otra pregunta sin respuesta.

¿Acaso le importaba? Kahlil casi se echó a reír al pensar en aquello. ¿El hombre duro de Abadan descubriendo que tenía un corazón? Aquél era un territorio peligroso en lo que respectaba a una mujer, y no era un lugar que quisiera visitar.

—Eres libre de marcharte —dijo él con frialdad apartándose de ella.

—Estoy segura de que tú también tendrás cosas que hacer —dijo ella.

—Te llevaré a tu habitación.

—¡No! —aquella exclamación escapó a sus labios antes de que pudiera evitarlo.

—¿No? —preguntó Kahlil.

De pronto sus ojos estaban alerta y Lucy vio que su mente se

había puesto en funcionamiento.

—Kahlil, por favor —dijo ella tratando de encontrar alguna excusa—. Quisiera revisar mis planes una vez más. Hay cosas de las que tengo que estar bien segura antes de nuestra próxima reunión.

—Los negocios pueden esperar —dijo él—. Yo organizo las reuniones, y por lo tanto, puedo retrasarlas a mi antojo. Si necesitas más tiempo, sólo tienes que pedirlo.

Tenía que decírselo. Lo descubriría tarde o temprano. Sería mejor que se lo dijese ella y no cualquier otra persona.

—Tengo que regresar ahora porque no estoy sola.

—¿No estás sola? ¿De qué hablas?

—Tengo un niño —dijo Lucy—. Mi hijo.

—¡Tu hijo!

Por un momento hubo completo silencio. Lucy se asustó al ver que Kahlil dejaba de mirarla y simplemente miraba por encima de su cabeza. Podía sentir su sorpresa, y cuando su sorpresa comenzara a desaparecer, comenzarían las sospechas.

Kahlil pensó que aquél era el precio que tenía que pagar por confiar en ella, y por delegar el concurso a uno de sus consejeros. ¿Es que tenía que ocuparse de todo personalmente? Obviamente sí, pensó mientras miraba a Lucy. ¡Un hijo! Ella nunca había mencionado nada sobre un hijo. ¿Qué tipo de mujer era?

De pronto no podía esperar a alejarse de ella. Necesitaba tiempo para pensar, para racionalizar sus pensamientos, para decidir cuál sería su próximo movimiento.

—Vete con él, entonces —dijo con brusquedad—. ¡Vete con tu hijo!

—Se llama Edward —dijo Lucy—. Mi hijo se llama Edward.

Entonces vio que tenía toda la atención de Kahlil. Tenía los ojos entornados. ¿Era sólo el hecho de que tuviera un hijo o se trataba de su franqueza? Dudaba que nadie jamás hubiera interrumpido a Kahlil en su vida. Pero quizá era que nunca se había encontrado con una madre que defendía a su hijo.

Apartando la mirada de ella, Kahlil trató de afrontar la revelación de Lucy. Como norma general él alentaba a los trabajadores extranjeros a llevar a sus familias con ellos. Un trabajador feliz era un buen trabajador. Lo mismo con Lucy. Si tenía un hijo, claro que debía haberlo llevado con ella. Lo que le

sorprendía era la manera en que se lo había ocultado. ¿Qué más estaría ocultando?

—Hay un buen programa de juegos para los hijos de mis empleados —dijo mirándola de nuevo—, al igual que una escuela.

Lucy no quiso oír nada más. ¿Es que había pasado a formar parte de sus empleados? ¿Así era como la veía? Quizá hubiera un puesto vacante para amante.

Sería mejor que mantuviese la cabeza despejada si pretendía regresar a casa con Edward.

—Edward es demasiado pequeño para un programa de juegos, pero gracias.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una acusación.

—¿Qué edad tiene?

Las palabras de Kahlil se hundieron como una daga en el corazón de Lucy.

—¿Puedo irme ya con él?

—Vete —dijo Kahlil señalando con impaciencia hacia la puerta.

Estaba casi anocheciendo cuando Lucy regresó a sus aposentos en el palacio. Se sentía débil y aliviada tras haber huido de Kahlil y tras ver que Edward se había adaptado muy bien a su nuevo ambiente.

—Se despertó poco después de que se marchara —dijo Leila—, pero está bien.

—Hay tantas nuevas distracciones que no me sorprende —murmuró Lucy mientras tomaba a su hijo en brazos. Pero se dio cuenta de que jamás podría competir con aquello. Le habían llevado más cosas aún para que jugara, pizarras, pinturas, un tren de madera, coches de juguete, e incluso un caballito de balancín del que estaba intentando alejar a Leila ahora que ya había aprendido a montarlo.

—Me temo que está muy decidido a montarlo él solo —explicó Leila—, no quiere que yo lo sujete. A usted debe de gustarle montar —prosiguió mientras Lucy la relevaba en la línea de fuego.

—Sí, me gusta —murmuró Lucy distraídamente mientras ayudaba a Edward a montar de nuevo sobre el caballo.

—O quizá se parece a su padre —dijo Leila con una sonrisa. Entonces, al ver la mirada de Lucy, añadió con respeto—. Lo siento, quiero decir que…

—No importa —interrumpió Lucy—. Probablemente tienes razón. Esas cosas ocurren.

El comentario de Leila le hizo pensar que no sabía nada sobre el padre de Edward. Aquel pensamiento la inquietó, pero era bastante probable que Kahlil montara a caballo igual de bien que hacía todo lo demás. Tenía un cuerpo para el deporte, para la acción.

—¿De dónde han salido todas estas cosas? —preguntó al ver que Leila seguía observándola.

—Al parecer ésta era la sala de juegos del jeque Kahlil cuando era pequeño —dijo Leila—. Los sirvientes me han dicho que muchas de las cosas habían sido almacenadas. Todos en el palacio han sido muy amables —prosiguió la muchacha, ajena al torbellino de emociones que rondaba por la cabeza de Lucy—. Los sirvientes más viejos me dijeron que era maravilloso tener un bebé en el palacio de nuevo. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien, gracias. Estoy perfectamente bien —dijo Lucy con una sonrisa. Aunque estaba de cualquier manera menos bien. Se daba cuenta de que aquélla era la herencia directa de Edward, toda esa atención, todo el lujo, aquél era el privilegiado estilo de vida del que estaba negando a su hijo. ¿Cómo iba a no contarle a Edward la verdad? ¿Cómo iba a dejar que creciera sin saber que el jeque Kahlil, heredero del reino de Abadan, era su padre?

Pero si le decía a Kahlil que tenían un hijo juntos, él pensaría que tenía algún motivo oculto. ¿Por qué si no le habría ocultado la noticia durante tanto tiempo? Ser tan rico y poderoso significaba que Kahlil sospecharía de todo el mundo. ¿Cómo se sentiría con respecto a una mujer que aparecía con un niño diciendo que era su hijo? ¿Y qué ocurriría si Kahlil decidía mandarla a ella a paseo y quedarse con Edward en Abadan?

A pesar de las protestas de su hijo, Lucy lo bajó del caballo y lo abrazó con fuerza. No iba a ser una respuesta fácil. Tendrían que conseguir salir de Abadan de algún modo y buscar consejo legal al llegar a Inglaterra.

—Tiene que oír esto —dijo Leila—. Hemos estado grabando melodías para que los niños del grupo puedan cantar Cumpleaños

feliz a Edward en la fiesta de mañana. Edward ha agarrado el micrófono.

Cuando Leila encendió la máquina, Lucy tuvo que admitir que la destreza vocal de su hijo había mejorado. Incluso había tratado de decir una o dos palabras en el idioma de Abadan. Pero ella ya estaba acostumbrada a los cambios rápidos a esa edad. Casi no podía con todos. Edward ya era capaz de dar unos cuantos pasos siempre y cuando alguien lo sujetara. Y Kahlil se lo había perdido todo.

Se sintió culpable al pensar en ello. Y sin embargo ocurrió algo peor. Sintió a Kahlil entrar en la habitación. No necesitó darse la vuelta para saber que estaba allí. Edward se quedó mirando hacia la puerta sin parpadear, y Kahlil debió de haber hecho algún tipo de señal porque Leila se apresuró hacia la puerta sin decir palabra.

—¡Kahlil! —dijo Lucy abrazando a Edward con fuerza al darse la vuelta.

—Es extraño —dijo él mientras se acercaba—. Me imaginaba un niño algo mayor. Me pregunto por qué.

Lucy sintió un nudo en la garganta. No estaba segura de si se esperaba una respuesta de ella o no. Y cuando Kahlil iba vestido con una túnica formal, como era el caso, lo encontraba tremendamente aterrador. Pero, lejos de estar aterrorizado, Lucy se dio cuenta de que Edward estaba como hipnotizado y no se estremeció ni ocultó la cara al ver a Kahlil.

Instintivamente, Lucy dio un paso atrás, pero en el momento en que Kahlil estaba al alcance, el niño estiró la mano y, para sorpresa de Lucy, Kahlil permitió que agarrara con su puño uno de sus dedos.

—Me alegro de conocerte, Edward —dijo Kahlil educadamente.

A Lucy se le iba a salir el corazón por la boca al ver la reacción de Edward ante su padre. Tenía la misma expresión de determinación en los ojos que Kahlil.

—Iba a darle un baño —dijo Lucy mientras comenzaba a darse la vuelta.

—No tan deprisa —dijo Kahlil agarrándola por el brazo—. ¿Qué edad tiene el niño?

—Edward… Edward tiene casi un año. Mañana es su cumpleaños —dijo ella.

—¿Es mío?

Lucy no había anticipado una pregunta tan directa. Se puso tensa y sintió cómo Edward también lo hacía.

—Te he preguntado que si es mi hijo.

Kahlil pronunció las palabras en el tono adecuado para no alarmar a Edward pero para helarle la sangre a Lucy. La evidencia estaba delante de sus ojos. ¿Cómo iba ella a negarlo? El parecido entre ambos era asombroso.

—¿Tenemos que hacer esto delante de él? —preguntó Lucy. Edward encontraba la situación fascinante, pero Lucy sabía que había muchas emociones a flor de piel y quería protegerlo a toda costa de la furia que estallaría en cualquier momento entre Kahlil y ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Por favor, Kahlil…

Pero él se alejó y tiró de una cuerda de seda para llamar a los sirvientes. Poco después apareció Leila corriendo.

—¿Me han llamado?

—Sí. ¿Puedes llevarte a Edward para bañarlo? —preguntó Kahlil.

—Por supuesto —dijo la muchacha inclinando la cabeza.

—Y luego déjanos solos —añadió Kahlil—, La señorita Benson irá a recoger a su hijo cuando hayamos terminado con nuestra reunión.

Lucy le entregó a Edward a Leila sintiendo cómo se le congelaba la sangre. Kahlil había hecho que el encuentro que iba a tener lugar entre ellos sonase de lo más inocente y normal.

—Vete con ella —le dijo Kahlil directamente a Edward—. Yo iré a verte más tarde.

Lucy se sintió furiosa por el modo en que la había dejado fuera. Quería que Edward protestara, que pataleara y montara un escándalo, pero no lo hizo. Se limitó a mirar a su padre en silencio.

—Yo cuidaré de él. No se preocupe —le dijo Leila a Lucy.

Cuando la puerta se cerró tras Leila y Edward, la habitación pareció excesivamente tranquila. La calma antes de la tempestad, pensaba Lucy mientras se preparaba mentalmente.

La voz de Kahlil atravesó el aire como una cuchilla.

—¿Por qué has traído aquí al niño?

—Ya sabes por qué. Trabajo aquí, tengo un contrato.

—¿Has venido a Abadan para sacarme dinero?

—He venido aquí a hacer un trabajo, y eso es todo —dijo ella—. El único dinero que espero sacar de aquí es el que se me debe.

—Bueno, pues todavía no vas a conseguir eso —dijo Kahlil con frialdad—. Aún no has terminado tu contrato. Y puede que nunca lo termines.

—No puedo creer que pudieras ser tan poco profesional.

—Y yo no puedo creer que hayas traído al niño aquí, como un peón en tu sórdido juego.

—Edward no es el peón del juego de nadie —dijo Lucy, furiosa porque Kahlil pudiera pensar semejante cosa—. Ha venido conmigo porque soy madre soltera, y eso es lo que hacen las madres solteras. Cuando su sistema de ayuda falla, se adaptan y buscan un modo de seguir adelante.

El sonido de desprecio de Kahlil iba destinado a herirla, y lo consiguió.

—Piensa lo que te dé la gana —dijo Lucy con frialdad—, pero no te atrevas a meter a Edward en esto.

—¿Puedes demostrar que es mío?

Lucy se quedó sin palabras por un instante. En ese momento se vio a sí misma a través de los ojos de Kahlil. Era evidente el tipo de mujer que él creía que era, y cualquier instinto de protección que hubiera en ella iba destinado a defender a su hijo.

—¿Demostrar que es tuyo? —preguntó ella con desdén—. ¿Por qué diablos iba a querer hacer tal cosa?

—Yo habría pensado que es evidente.

—Me temo que para mí no lo es —dijo Lucy—. Puedo darle a Edward todo lo que pueda necesitar. No te necesito.

—¿Oh, de verdad? —preguntó Kahlil con suavidad—. Eso no es lo que me dijiste en cierta ocasión.

Aquel comentario dejaba las cosas claras. Pensaba que era una oportunista que aprovechaba el momento cuando se le presentaba. Y en cierto modo tenía razón. En aquella época ella se había sentido vulnerable y durante aquellas horas de éxtasis, sí, lo había necesitado.

—¿Qué esperas ganar con esto?

—Nada —dijo Lucy—. Y eso es algo muy ruin, Kahlil. No es

propio, ni viniendo de ti. No quiero nada. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Por lo que a mí respecta, puedes cancelar el contrato.

—¿Y permitirte abandonar Abadan con el trabajo a medio terminar y con un niño que puede que sea mi hijo?

—Me alegra ver que tienes bien ordenadas tus prioridades —dijo Lucy—. Primero el contrato y después tu hijo.

—¿Mi hijo? —repitió él suavemente.

—No me quedaré aquí —susurró ella.

—Harás lo que yo te diga que hagas.

—Llamaré a la embajada.

—Llama —dijo Kahlil señalando al teléfono que había sobre la mesa—. No te servirá de nada. Una simple prueba de paternidad demostrará si soy o no soy el padre de Edward. Y si la prueba da positivo, ninguna embajada en el mundo se atreverá a interponerse entre mi hijo y yo.

—Pero si ni siquiera lo conoces —dijo Lucy—. ¡No conoces a Edward en absoluto!

—Hemos tenido un buen comienzo —dijo Kahlil—. No veo razón para que no podamos hacernos más íntimos.

—Pero yo soy su madre —interrumpió Lucy—. No puedes quitármelo.

—Este es mi país, y aquí mi palabra es ley. Mi gente me apoya en todo lo que hago. Confían en mí. Si se enteran de que tengo un hijo, se sentirán entusiasmados y no permitirán que salga del país, a no ser, claro, que yo esté de acuerdo.

Kahlil se dio cuenta de que quería herir a Lucy del mismo modo en que ella lo había herido a él. Pero se había sentido conmovido por el parecido del niño con él. Edward era un Saeed Al-Sharif de verdad. Con o sin la prueba, él sabía que su primer hijo estaba en el palacio. Era un momento que podría cambiar toda su vida. Llegaría un día en que Edward heredaría el trono de Abadan.

Lucy Benson le había negado la posibilidad de conocer a su hijo. ¿Cómo podía quedar semejante traición sin su castigo? Le había privado de un año en la vida de Edward, un año entero durante el cual no había tenido ni idea de la existencia de su hijo. Nunca la perdonaría por eso.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Lucy.

—Si Edward resulta ser hijo mío, se quedará en Abadan, con o sin tu presencia.

—¡No! —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Si te preocuparas lo más mínimo por él, no dirías tal cosa.

—Si Edward es mi hijo, debería tener las mismas oportunidades que tú de preocuparme por él.

Los dos estaban gritando, y la ira flotaba en el aire mientras discutían. Ninguno de los dos oyó abrirse la puerta.

—Oh, lo siento —dijo Leila—. He olvidado algo para Edward.

Al oír el nombre de su hijo, tanto Kahlil como Lucy se giraron al tiempo.

Mientras lo miraban, Edward frunció el ceño y entonces, de pronto comenzó a sollozar.

Capítulo 5

LUCY se despertó a la mañana siguiente bastante agitada. Por un breve momento se sintió eufórica, sabiendo que era el cumpleaños de Edward, pero entonces recordó los acontecimientos del día anterior.

Estaba en peligro, y lo que era peor, había puesto a Edward en peligro. Cuando se había puesto a llorar la noche anterior, ella había sentido el mismo instinto feroz de protección que sentía siempre que alguna amenaza se cernía sobre él. Pero en aquella ocasión había visto algo similar en la cara de Kahlil. Los dos se habían apresurado a tranquilizarlo, pero por primera vez en la vida, Edward la había rechazado y había hundido la cabeza en el pecho de Leila. Kahlil había dado la vuelta sobre sus talones y se había marchado tan silenciosamente como había llegado, pero su mirada se había quedado con ella, una mirada que la aterraba. En vez de ser uno de los días más felices de su vida, como había imaginado que sería, jamás se había sentido tan sola y tan vulnerable.

Salió de la cama sabiendo que el golpe en la puerta anunciaba la llegada del desayuno. En otras circunstancias habría sido una distracción agradable, pero con unas pocas palabras de agradecimiento, Lucy lo rechazó. Lo último que quería en ese momento era comer. Había dejado a Edward en la habitación contigua la noche anterior y se había quedado con él hasta que se hubo dormido, y quería ser la primera en saludarlo en su día especial.

Había dejado la puerta que conectaba sus habitaciones ligeramente entreabierta, temiendo lo peor, sin saber qué podría ser lo peor. En un punto incluso se había planteado la posibilidad de llevarse a Edward a su cama, para estar segura, pero él dormía tan

profundamente que finalmente había desechado la idea. Ahora podía oírlo balbucear felizmente como siempre hacía cuando el sol brillaba con fuerza. Y el sol siempre brillaba en Abadan.

Al llegar a la habitación del niño, Lucy lo tomó en brazos. Tenerlo cerca parecía renovar su fuerza y su determinación. Se dio la vuelta para dirigirse hacia la ventana y descorrer las cortinas correctamente, y entonces emitió un ligero sonido de sorpresa al ver a Kahlil en las sombras junto a la puerta, con los brazos cruzados, observándola.

—Buenos días, Lucy.

Ella se quedó de piedra, inmóvil, sabiendo que al escuchar la voz de su padre, la excitación de Edward había aumentado considerablemente. Y ahora se abalanzaba hacia delante, haciendo difícil sostenerlo.

—¿Lo tomo en brazos?

Antes de que ella pudiera rechistar, ya le había arrebatado al niño de los brazos y observaba cómo Kahlil subía a su hijo por encima de la cabeza. Vio los mismos ojos marrones, las mismas pestañas tupidas y la misma piel oscura. Eran padre e hijo, intercambiables, con las caras tan similares que Edward podía haber sido Kahlil en su más tierna infancia. Aquella certeza le heló la sangre, pero se la heló más aún la mirada de Kahlil. Por lo que a él respectaba, ella no era nada, nadie, sólo alguien que observaba desde fuera mientras Kahlil ben Saeed Al-Sharif reclamaba a su hijo.

Lucy se dio cuenta de que no había tiempo que perder. Tenía que sacar a Edward de Abadan, pero sería difícil y peligroso.

Vestido para montar, con un polo color negro, pantalones bombachos y botas, Kahlil tenía todo el aspecto del príncipe del desierto, el príncipe guerrero, y a Lucy se le encogió el estómago al darse cuenta, mientras él la miraba. Ella le devolvió la mirada con aire desafiante. Por mucho que su cuerpo insistía en responder a él, ella no se debilitaría, no cuando su hijo estaba en juego. Puede que Kahlil estuviese acostumbrado a que las mujeres hicieran lo que él quisiera, pero estaba a punto de descubrir que, al menos en su caso, no ocurriría así.

Escapar de Abadan. La sola idea la aterrorizaba, pero ¿qué otra alternativa tenía? Tenía que hacer planes antes de que las cosas se le fueran de las manos por completo. Fuesen cuales fuesen los

riesgos, no iba a perder a Edward.

La llegada de Leila, y la rutina que pronto comenzó, hicieron que Kahlil y Lucy pudieran hacer poco más que quedarse de pie mientras la muchacha se llevaba al niño para bañarlo. Lucy se sintió aliviada al ver que Kahlil también abandonaba la habitación sin decir palabra. No tenía razón para quedarse, y habiéndose marchado Edward, y con una reunión más tarde aquella mañana Lucy se retiró a sus aposentos.

Cuando fue una última vez a decir adiós a Edward antes de la reunión, encontró la habitación llena de actividad. Edward estaba vestido con un traje árabe, sentado sobre su estera de juegos. Parecía muy diferente, y sin embargo no había nada de malo en que Leila lo vistiera con la ropa local. Así estaría más fresco.

Edward estaba tan feliz con los regalos que tenía delante, que una vez más, apenas hizo caso a su madre. Normalmente ella no se lo hubiera tomado en serio, pero ese día era distinto. Pensó que aquello era obra de Kahlil, que se las habría ingeniado para ir allí antes que ella y colmar al niño con demasiados regalos. No permitiría que Edward creciera siendo un malcriado y un arrogante como su padre, sin importarle los sentimientos de la gente.

—Reservaré esto para después de la reunión —le dijo Lucy a Leila mientras colocaba su propio regalo sobre la mesa—. Por favor, no dejes que Edward lo abra hasta que yo haya regresado.

Pero Edward estaba demasiado ocupado con una caja que contenía un Lamborghini de juguete como para darse cuenta de que tenía otro paquete por abrir.

—Claro que no —dijo Leila—. El jeque Kahlil vino antes con infinidad de regalos.

—Ya veo —dijo Lucy—. No te preocupes, tú no has hecho nada malo —añadió al ver la cara de preocupación de la muchacha—. Edward va a tener un cumpleaños fantástico. Todo el mundo ha sido tan amable. Bueno, al menos Edward es feliz, y eso es lo que importa —concluyó mientras se alejaba para escapar del escrutinio de la muchacha. Tomó a su hijo en brazos y lo abrazó con fuerza—. Bueno, y ahora hay una fiesta que organizar. ¿Qué pasa, Leila? —preguntó dándose la vuelta al escuchar el sonido de exclamación de la chica—. ¿Qué sucede?

—Lo siento mucho, pero…

—¿Qué pasa?

—Cuando el jeque Kahlil estuvo aquí, iba acompañado por uno de sus ayudantes. Dijo que usted no tendría que preocuparse por la fiesta. Dijo que él se ocuparía de hacer todos los preparativos.

—¿Ha dicho eso? —murmuró Lucy.

—Será fantástico —dijo Leila tratando de reconfortarla.

—De eso estoy segura —dijo Lucy mientras colocaba de nuevo a Edward sobre su alfombra—. Me aseguraré de ello.

Lucy vio la cara de preocupación de Leila, pero estaba decidida a tener algo que ver en la primera fiesta de cumpleaños de su hijo. Kahlil no jugaba parte oficial en la vida de Edward, al menos de momento.

Miró a su alrededor, a la cantidad de regalos carísimos. Kahlil debía de haber llamado a la juguetería más cercana y encargado todo lo apropiado para la edad de Edward. Ya estaba seguro de que Edward era su hijo. Pero necesitaría pruebas.

—¿Alguien ha tocado a Edward mientras yo estaba fuera?

—No, claro que no —dijo Leila—. Excepto…

—¿Sí?

—El jeque Kahlil jugó con él, por supuesto, y lo tomó en brazos.

—¿Y Edward se sintió a gusto con él?

—Claro —dijo Leila—. Edward adora al jeque. Lo que quiero decir es que el jeque lo hace reír.

Lucy se obligó a sonreír.

—¿Pero nadie más lo tocó? ¿Estás segura?

La posibilidad de que se llevara a cabo una prueba de ADN sin su consentimiento rondaba por su cabeza.

—No, claro que no —dijo Leila—. Sabe que yo no dejaría que nadie se acercara a él, aparte del jeque.

—No pretendo criticarte —dijo Lucy rápidamente—. Es sólo que estamos en un país extraño, y tengo que estar segura de que Edward está a salvo.

—Lo comprendo, y no lo dejaré solo ni un momento.

—Te creo —dijo Lucy—. Y quizá esté siendo un poco pesada con lo de la fiesta. Seguro que los empleados del jeque sabrán de dónde sacar todo lo que necesitamos.

—Absolutamente —convino Leila—. Incluso están hablando de la posibilidad de montar una feria con atracciones para todos los

niños del palacio.

—Eso sería fantástico —dijo Lucy. Se sentía un poco mejor sabiendo que la fiesta de Edward sería una excusa para una celebración general donde todos se lo pasarían bien.

—¿Me llevo a Edward para que usted pueda prepararse para la reunión? —sugirió Leila.

—Ya estoy lista. Lo que realmente me gustaría es pasar unos minutos a solas con él, si no te importa.

—Claro que no me importa —dijo Leila mientras le daba un toque cariñoso en el brazo.

Aquel gesto de amabilidad hizo que a Lucy casi se le saltaran las lágrimas. Tuvo que parpadear deprisa para ocultarlas antes de que Leila lo viera. Pero notaba que la chica ya sabía que algo iba mal.

Durante la reunión Lucy se sintió aliviada de poder hablar en profanidad sobre el proyecto. Era un cambio radical que necesitaba desesperadamente.

Todo fue correctamente en la cámara del consejo, donde Kahlil se comportó como si no hubiera nada más que negocios entre ambos. Incluso le permitió desarrollar el programa con rapidez, como si él también tuviera prisa por marcharse. Y cuando la reunión terminó, abandonó la sala antes de que ella tuviera tiempo de ordenar sus papeles.

Lucy sintió disminuir la tensión en el momento en que la puerta se cerró tras él. Tenía tiempo de ayudar a preparar la fiesta. Lo único que tenía que hacer era cambiarse y ponerse algo más apropiado para una fiesta infantil.

Lucy se quedó quieta, asombrada en lo alto de unas escaleras de mármol que daban al jardín del palacio. Gran parte del terreno había sido transformado en una feria, con puestos, una bolera, e incluso un carrusel, todo protegido del sol por enormes carpas. Los payasos se paseaban repartiendo banderas y serpentinas a las multitudes de niños con sus padres y profesores mientras la música salía por diversos altavoces. Se dio cuenta de que, cuando el dinero no importaba, cualquier cosa era posible.

Se había puesto unos vaqueros, playeras y una camisa azul. Estaba lista para la acción, lo cual era lo mejor dado que varias de las atracciones eran apropiadas para Edward. De momento el niño estaba sentado pacientemente en su carro junto a ella, pero Lucy sabía que su tranquilidad aparente no duraría mucho.

Lucy se dio cuenta al entrar en una de las carpas, que tenían aire acondicionado,

—El jeque Kahlil piensa en todo —comentó Leila.

—Sí, la verdad —dijo Lucy—. No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal con el carrusel?

Lucy dio un brinco al oír la voz de Kahlil. Había estado segura de que no aparecería. En la reunión le había dado la impresión de que tenía algún lugar al que ir. Iba vestido de manera informal con vaqueros y una camisa remangada hasta los codos, al igual que la vez en que se conocieron. Asombrada, Lucy se dio cuenta de que le resultaba casi imposible respirar.

—¿Y bien? —preguntó Kahlil.

—¿Y bien qué? —preguntó Lucy distraídamente. Y entonces se dio cuenta de que no la hablaba a ella en absoluto, sino a Edward. Y Edward tenía los brazos extendidos, esperando a que Kahlil lo aupara.

Kahlil se agachó y lo levantó de la silla. Luego se lo colocó a hombros y se alejó con una expresión de suprema satisfacción.

Jeque o no, guardaespaldas o cualquier cosa que se pusiese en su camino, Lucy no iba a permitir que Kahlil se saliese con la suya de aquella manera. Abriéndose paso entre la multitud, ya casi lo había alcanzando cuando unos guardias de seguridad se pusieron delante bloqueándole el camino.

—Dejadla pasar —dijo Kahlil.

—No puedes hacer esto, Kahlil —dijo ella—. No puedes apartar a Edward de mí sin la más mínima explicación.

—Y tú no puedes impedirme conocer al crío por más tiempo, un crío que probablemente sea mi hijo.

—¿No crees que te estás pasando de listo?

—¿Ah, sí? Sólo hay una manera de salir de dudas —dijo él mientras colocaba a Edward sobre uno de los caballitos del carrusel.

—¿Y cuál es? —preguntó Lucy, aliviada al ver que Edward estaba demasiado excitado como para prestar atención a la

discusión.

—Haremos una prueba de ADN.

—¡No! —exclamó Lucy. Sabía que tarde o temprano llegarían a eso, pero quería que fuese lejos de Abadan, donde pudiera tener algún control sobre las repercusiones—. No estropees su cumpleaños, por favor, Kahlil. Déjalo por hoy.

Kahlil pareció considerar la propuesta y las esperanzas de Lucy resurgieron. Ella no quería negarle a Kahlil el derecho a conocer a su hijo, ni quería apartar a Edward de su padre. Sólo quería un poco más de tiempo. Entonces la música del carrusel comenzó a sonar y se quedó sola mientras Kahlil y Edward se alejaban lentamente de ella.

Mientras el carrusel se detenía lentamente, Kahlil se dio cuenta de que casi había olvidado que era posible pasarlo tan bien de una forma tan inocente. Era un alivio para él ser simplemente uno más de los adultos que llevaban a sus hijos a montar en el carrusel. Se sentía eufórico. No había sentido nada parecido antes.

Apretó los dientes al ver que Lucy seguía en el mismo sitio en que la habían dejado. A él no le quedaba duda de que Edward y él eran iguales. Miró a su alrededor preguntándose si alguien más lo habría notado. Pero su vínculo con el chico era más profundo que cualquier apariencia, pensaba mientras se disponía a desmontar. Había verdadera química entre ellos, y se dio cuenta de que su carácter era idéntico al ver que Edward se negaba a bajar de su caballo.

—Quizá más tarde —le dijo al niño—. Tu madre te está esperando.

Al ver la cara de Lucy, Kahlil sintió algo parecido a la pena. Tenía un aspecto temeroso, tenso y ansioso. Pero pronto borró ese sentimiento de su mente. Al fin y al cabo ella lo había mantenido apartado de su hijo durante un año, y por fin el destino había intervenido a pesar de su mentira. No tenía nada que agradecerle a Lucy Benson.

—Nadie tocará a Edward sin tu consentimiento —le dijo a Lucy—. Pero será necesaria una prueba de ADN. Acéptalo.

Bajó a Edward al suelo y lo sujetó mientras el niño daba unos

cuantos pasos hacia su carrito.

—Pronto podrás caminar tú solo —comentó mientras se agachaba para estar a la altura de Edward.

Con la cara blanca, Lucy se colocó entre ellos y puso al niño en la silla ella misma.

«Que se salga con la suya en esta ocasión», pensó Kahlil mientras despedía a los guardaespaldas con la mano, hombres que, normalmente permanecían ocultos entre la muchedumbre, pero que, a la mínima señal, lo rodeaban. Siempre estaban alerta, pero él no permitiría que la tomaran con Lucy. Al fin y al cabo, y por mucho que hubiera mentido, era la madre de su hijo.

¡La madre de su hijo! Kahlil sintió cómo se le aceleraba el corazón a causa del orgullo. Puede que Lucy no estuviera dispuesta a admitirlo de momento, pero no se le permitiría abandonar Abadan hasta que él hubiera averiguado la verdad sobre la paternidad de Edward.

Capítulo 6

MIENTRAS daba vueltas en la cama, Lucy se daba cuenta de que aquél era su tercer día en Abadan, y que, en vez de haber puesto las cosas fáciles para Edward, lo había empujado a un futuro incierto.

Y ahora era el momento de levantarse, pensó mientras comprobaba el reloj de la mesilla.

Sacó las piernas de la cama y se quedó sentada, con la cabeza casi a la altura de las rodillas y la melena rubia cayéndole sobre los hombros como una cascada. Había ido a ver a Edward tantas veces durante la noche, que era como si no hubiese dormido en absoluto. La creencia de que Kahlil no lo apartaría de su lado no era un consuelo. No podía evitar pensar que un día Edward elegiría Abadan, y a Kahlil en vez de a ella, y eso la asustaba.

Sabía que lo más sensato era llevárselo lejos de Kahlil y del país lo más rápido posible y buscar un abogado para ver cómo podían tener la custodia compartida, Pero ni siquiera eso estaba bien, porque sabía que no sería suficiente para un hombre como el jeque Kahlil ben Saeed Al-Sharif.

Se apresuró a la habitación del niño y sonrió al ver a Edward esperando impaciente, con los brazos levantados, para ser liberado de su cuna. Si se quedaban en Abadan, eso significaría tener que aceptar todas las restricciones que Kahlil les pusiera, y Lucy no estaba dispuesta a dejar que eso ocurriera.

—Nunca, cariño —le dijo a Edward mientras lo levantaba por el aire.

La tensión era palpable en la habitación del jeque de Abadán.

—Retírense —ordenó el padre de Kahlil a sus cortesanos.

Puede que la edad le hubiera impuesto ciertas restricciones, la más importante de las cuales era la indignidad del bastón de ébano que se veía obligado a usar, pero Kahlil aún se estremecía al escuchar la voz firme de su padre.

—Quería ser el primero en decírtelo antes de que los rumores lleguen a tus oídos —le dijo Kahlil tras explicarle lo de Edward.

—Si tienes la más mínima duda sobre la paternidad del niño, han de traerlo aquí inmediatamente —dijo su padre—. Por su propia seguridad, Kahlil, nada más. Si alguien se…

—Estoy seguro de que nadie lo sabe todavía.

—Todavía —repitió su padre—. Dices que el parecido entre los dos es evidente. Creo que en tu corazón ya sabes la verdad.

—No puedo estar seguro.

—Hasta que se realice la prueba.

—Debes permitirme hacer esto —dijo Kahlil con firmeza—. Lucy nunca permitiría que la prueba se realizase en Abadan. No confía en nosotros.

—Deduzco que te estás refiriendo a la madre —dijo el viejo jeque mientras sacudía la cabeza al ver la ironía de la situación. También veía la voluntad evidente en los ojos de su hijo, y estabas seguro de que había emociones de por medio. Y las emociones empañan el juicio. Actuaría en representación de su hijo si tenía que hacerlo.

—Hay algo que no me has dicho.

—No hay nada más —dijo Kahlil.

Pero hubo en sus ojos un dolor más real que el de cualquier herida, y su padre supo entonces lo que debía hacer.

Más tarde, de vuelta en sus propios aposentos y antes de reunirse con Lucy, Kahlil estaba sentado con la barbilla en la mano, mirando con ferocidad hacia el futuro. Todo el mundo pensaba de él que podía hacer que las cosas saliesen a su antojo.

Adoptar a Edward no sería algo tan simple como pensaba su padre. El soberano había vivido en una época en que a las mujeres se las podía encerrar si era necesario, aunque Kahlil sonrió al recordar a su madre. A ella no la habían encerrado. Si acaso, su padre había sido el que había perdido la cabeza y olvidado las tradiciones cuando se conocieron.

Y ahí estaba Lucy Benson. Ella no era de las que se dejaban

dominar con facilidad. Era cabezona, impredecible, y tremendamente provocativa. ¿Pero quería él una mujer que se entregaba a un hombre a los pocos minutos de conocerse? No para que se sentara junto a él en el trono de Abadan, eso era seguro. Pero no había nada que le impidiese tenerla como amante.

Un pacto, concluyó Kahlil mientras se incorporaba. Tendría que haber algún tipo de acuerdo entre ellos. Edward se quedaría en Abadan mientras los mejores abogados del país estudiarían la ley para ver si podía nombrar al niño como su heredero legítimo sin tener que casarse con su madre. Ya encontraría a una mujer más apropiada para compartir el trono.

Claro que no sería ninguna de las mujeres que su padre había ido eligiendo para él. Todas tenían la misma mirada brillante al pensar en su poder y su riqueza. Ninguna de ellas había sido capaz de tentarlo más allá del dormitorio. En lo que a él respectaba, eran criaturas despreciables, juguetes a los que usar como ellas lo habrían usado a él.

Su expresión se oscureció mientras se dirigía a la puerta. Tenia cosas mejores en las que pensar. Edward y Lucy habían sido puestos bajo un discreto programa de protección desde el momento en que habían comenzado sus sospechas.

Aquella reunión había sido la mejor hasta el momento, pensaba Lucy mientras corría de vuelta a la habitación de su hijo. No sabía si era por el hecho de que Kahlil no se había presentado o porque las cosas iban saliendo bien, pero se sentía segura de sí misma. Por primera vez realmente pensaba que podía arreglárselas.

Lucy contuvo el aliento al llegar al final del pasillo. Pudo sentir el cambio incluso antes de que sus ojos registraran nada. Instintivamente empezó a correr, pero alguien surgió de entre las sombras cortándole el paso.

Un hombre vestido de negro estaba frente a ella, y llevaba lo que parecía ser una pistola.

—¡Edward! —gritó mientras intentaba pasar por delante de él, pero el hombre la había agarrado y no la dejaba marchar—. El jeque de Abadan. Exijo ver al jeque —exclamó, y debió de haber algo en su voz que lo asustó, porque la liberó. Entonces Lucy vio a

Leila asomada a través de la puerta—, Leila, gracias a Dios. ¿Dónde está Edward?

—Está aquí —dijo Leila con rapidez mientras la conducía dentro—. Está a salvo.

Lucy cerró tras ella y se apoyó en la puerta para recuperar el aliento. Entonces vio a Edward jugando despreocupadamente .

—¿Quién ha ordenado esto? —preguntó Lucy,

—El jeque Kahlil —admitió la muchacha.

—¿Y dónde está?

—No sé.

—Entonces le preguntaremos a su guardia —dijo Lucy mientras se daba la vuelta para llamar al guardia—. ¿Dónde está el jeque Kahlil? —preguntó cuando el hombre entró en la sala—. Será mejor que me lo diga.

Pero el hombre sólo sacudió la cabeza y se limitó a encogerse de hombros.

—Yo sé algunas palabras de su idioma, ¿le importa que pruebe? —preguntó Leila.

—No, por favor, adelante —dijo Lucy.

Tras unos minutos, Leila le dijo que Kahlil se había marchado a su granja de caballos tras asegurarse de que la seguridad en la habitación de Edward era la adecuada.

Lucy se dio cuenta de que la soga se estaba apretando. Pronto todo el mundo sabría lo de Edward. Sin ni siquiera una prueba de paternidad, Kahlil seguía adelante con sus planes, y la gente a su alrededor no era tonta. Aquello hacía que la necesidad de salir de allí fuese más apremiante. Pero antes de formular un plan debía saber exactamente a lo que se enfrentaba.

—Tengo que hablar con alguien sobre este asunto —dijo ella con cuidado de no levantar las sospechas de Leila—. Tengo que explicar que este nivel de seguridad es innecesario. Quizá si el jeque Kahlil no está disponible para hablar conmigo, pueda tener una audiencia con su padre. ¿Puedes preguntárselo al guardia? —le dijo a Leila.

—Él no es como su hijo —dijo Leila negando con la cabeza—. Viene de otra época, de otro mundo. Ni siquiera estoy segura de que acceda a verla a usted.

—Por favor, hazlo por mí —insistió Lucy—. Esto es exagerado. Tengo que hablar con alguien. Ha de ser posible.

Lucy se tomó su tiempo eligiendo lo que llevaría puesto para su audiencia con el jeque soberano de Abadan. Casi no podía creer que hubiera accedido a verla. Había ensayado lo que iba a decir y cómo iba a decirlo para asegurarse de no cometer errores. Todo saldría bien. Había tenido tiempo de sobra para repasar sus frases. Había estado esperando en la antecámara a los aposentos del jeque durante horas. Ya casi era por la noche.

—¿Señorita Benson?

Lucy levantó la cabeza y vio que el ayudante de cámara del jeque por fin había regresado.

—Gracias —dijo ella poniéndose en pie con rapidez. Quizá la habían hecho esperar con la intención de hacer desaparecer el aire de indignación antes de la entrevista. Pues si ése era el caso, no había funcionado.

El padre de Kahlil estaba sentado al otro lado de la mesa. Debía de tener por lo menos ochenta años, y Lucy inclinó la cabeza ligeramente en deferencia a su edad.

—Acérquese más para que pueda verla a la luz —dijo él.

Lucy vio entonces que la silla en la que estaba sentado era más un trono brillante con cojines de terciopelo. Sobre su cabeza había un dosel de terciopelo púrpura, y tenía toda la pinta de ser un antiguo rey guerrero de Abadan.

Lucy se dio cuenta de que la confrontación no sería el camino a seguir. No podía ganarse la enemistad de todo Abadan, ni de su soberano. Tenía que jugar con sus reglas, al menos mientras estuviese en el país. Y, a pesar de su reputación y de su apariencia, había algo cortés en el anciano sentado frente a ella.

Dio un paso al frente hasta colocarse bajo una lámpara increíblemente antigua que había situada al lado de él. Daba una luz suave y estaba cubierta por una pantalla de un delicado tejido y de un color que en sus tiempos habría sido melocotón. Parecía como si hubiese llegado desde algún gran almacén occidental especializado en bienes de lujo, y desde luego era algo incongruente entre tanto exotismo.

—Veo que le interesa mi lámpara —dijo el anciano con voz firme—. Mi esposa era occidental. Señorita Benson, parece sorprendida.

—No —dijo Lucy, pero claro que estaba sorprendida. Pero para

cuando absorbió esa información comenzó a sentirse más calmada, sabiendo que él estaba intentando hacer que se sintiera a gusto.

—Está sorprendida —dijo el padre de Kahlil—. Mi hijo debió de olvidar decirle que conoce tanto la cultura occidental como la oriental.

Lucy se dio cuenta de que aquél no era el mejor momento para decir que sabía tan poco de Kahlil como él de ella, y se limitó a hacer un sonido evasivo.

—¿No se sienta? —dijo él señalando a una silla similar a la suya y que estaba enfrente.

SÍ el jeque no le hubiera hablado sobre la herencia de Kahlil, Lucy se habría quedado sorprendida al escuchar la sugerencia de que se podía sentar en su presencia.

—Gracias —dijo ella mientras se sentaba, preguntándose cómo sacar el tema, pero él se adelantó.

—¿Y cómo está mi nieto? Estoy deseando verlo —Lucy se quedó tan desconcertada que fue incapaz de decir una sola palabra—. Debe sentirse complacida de que yo reconozca a Edward. Ahora que conoce la herencia de Kahlil, entenderá cómo soy capaz de aceptar a un hijo de Kahlil que diluye la línea de sangre de Abadan.

—Si se me permite hablar, le pido perdón, Majestad —dijo ella rápidamente—. No pretendía interrumpirlo, pero estoy segura de que comprende que me preocupe por mi hijo.

—Por supuesto —convino él inclinando la cabeza—. E igualmente imagino que usted comprende que yo me preocupe por mi nieto.

—¿No está siendo un poco prematuro? —preguntó Lucy.

—¿Está intentado decir que Edward no es hijo de Kahlil? —al ver que ella no decía nada, añadió—. No tiene que decir nada, señorita Benson. Ya conozco la verdad.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Muy fácil. Ya se han llevado a cabo las pruebas de ADN.

—¿Cómo se atrevió?

—¿De quién habla, señorita Benson?

—De Kahlil, por supuesto —dijo Lucy, furiosa poniéndose en pie.

—Veo que está disgustada, pero, por favor, vuelva a sentarse.

—¿Disgustada? Eso ni siquiera se acerca a lo que siento. A mí

me parece que estamos hablando de un asalto sobre mi hijo. Soy la madre de Edward. No debería haberse hecho nada sin mi consentimiento.

—No estoy de acuerdo —dijo el jeque—. La responsabilidad por el bienestar de Edward se le ha arrebatado a usted por mandato mío.

Pronunció las palabras como si ella hubiese tenido que sentirse aliviada, incluso agradecida por ello. Pero era de Edward de quien estaban hablando, de su hijo.

—Como heredero al trono de Abadan —continuó él—, nosotros debemos darle a Edward la seguridad y la educación necesarias antes de que asuma el poder.

—¡No! No pueden arrebatarme a mi hijo. No lo permitiré.

—No tiene otra alternativa, señorita Benson.

—No tiene derecho a llevar a cabo las pruebas sin mi permiso.

—Éste es mi país. Haré lo que considere necesario para proteger al chico que acabo de descubrir que es el heredero.

—No puede…

—Sí puedo. Aquí mi palabra es la ley.

—Su palabra y la de su hijo —dijo Lucy amargamente.

—Correcto, señorita Benson, ¿o debería llamarla Lucy?

—Creo que será mejor que sigamos tratándonos de manera formal —dijo Lucy con frialdad, sabiendo que la próxima vez que se vieran, probablemente sería ante un tribunal—. Si nadie sabe que Edward es hijo de Kahlil, seguro que no corre ningún riesgo. Yo lo mantendré a salvo. Deje que me lleve a mi hijo. Deje que me vaya a casa con Edward.

—Me temo que no es tan simple como eso —dijo el jeque pacientemente—. Por favor, vuelva a sentarse —añadió, y aguardó a que Lucy obedeciera—. Hasta las paredes oyen. Los chismes en palacio son frecuentes, aquí no hay secretos. Incluso a mí me resultaría imposible mantener este tipo de información en silencio durante mucho tiempo.

—Entonces deje que nos vayamos, lejos, a cualquier lugar en el que Edward esté a salvo.

—Mi hijo también tiene derechos —señaló el padre de Kahlil—. ¿Le negaría usted a Edward la posibilidad de conocer a su padre? ¿Le negaría a su hijo el derecho a reclamar lo que le corresponde?

—Si yo me fuera a casa y dejara a Edward aquí, ¿podría prometerme que estaría a salvo?

—Podría. Edward tendría lo mejor de todo, todo lo que el dinero puede comprar. Se lo prometo. Y por supuesto, como madre de un heredero, usted recibiría una generosa pensión.

—¿Qué? —exclamó Lucy poniéndose en pie de nuevo—. ¿Cree que puede comprarme? Perdone si le he malinterpretado, ¿pero acaba de ofrecerme dinero a cambio de mi hijo?

—No debe verlo de ese modo.

—¿Y cómo se supone que debo verlo?

—Es algo normal en tales circunstancias —dijo el jeque con calma, como si no hubiera nada de malo con la oferta.

—Tal como yo lo veo —dijo ella finalmente—, creo que lo mejor que podría ocurrir sería que me llevara a Edward a casa para que pudiera llevar una vida normal.

—Lamentablemente Edward nunca podrá llevar lo que usted llama una vida normal, señorita Benson. Es un heredero al trono. Nunca podrá quitarle eso. De ahora en adelante, hay que enseñarle a Edward a hacerse cargo del peso de la responsabilidad que acompaña al privilegio.

—¡Tiene un año!

—Incluso así —dijo el jeque extendiendo ambas manos con expresión de rotundidad.

Lucy se quedó en silencio mientras se daba cuenta de todos los cambios que iba a haber en la vida de su hijo. De ser un niño feliz y libre, se había convertido en alguien que requeriría protección por el resto de su vida. ¿Podría ella darle eso? Lo dudaba. Necesitaría apoyo, y la única persona que podría proporcionarle ese apoyo era Kahlil, que ni siquiera se había molestado en regresar a palacio ahora que ya había asegurado las puertas de su jaula dorada. Colocar un guardia en la puerta y marcharse. Eso era lo que significaba para Kahlil aceptar la responsabilidad de su hijo.

La idea de dejar a Edward en tales manos no era una opción. Se quedarían juntos. Eso lo tenía claro. Si pudiera irse a casa con él para pasar a estar bajo la protección de los servicios de seguridad de su propio país…

Era como una locura que crecía dentro de ella. Ya no podía pensar en otra cosa, en otra cosa más que en escapar.

Capítulo 7

HA SIDO convocada a una reunión por el jeque Kahlil ben Saeed Al-Sharif.

—Bien. ¿A qué hora? —le preguntó Lucy al cortesano.

—En una hora —dijo él, y agachó la cabeza antes de salir de la habitación.

Había sido llamada en presencia de Kahlil como miembro de sus empleados. Para Kahlil y su padre ella no era nada, nada más que un embarazoso estorbo.

Había estado en pie casi toda la noche después de su reunión con el padre de Kahlil, esperando a que Kahlil regresara a palacio. Aún estaba recuperándose de la certeza de que alguien hubiera entrado a hurtadillas en el cuarto del niño para llevarse su cepillo del pelo. Ella sabía que un solo pelo era lo único que hacía falta para probar la paternidad.

Ella nunca le hubiera negado a Kahlil la oportunidad de conocer a su hijo. Era sólo que nunca había imaginado volver a encontrarse con el hombre que un día había conocido como Kahl. Y jamás hubiese imaginado verlo en Abadan, como heredero al trono de uno de los países más ricos del mundo.

Puede que Kahlil fuera un jeque, muy poderoso en su país, pero eso no hacía que su determinación disminuyera. Ella aceptaría los derechos de la custodia compartida, pero basados en las leyes de su propio país, no las de Abadan.

Lucy apretó los labios al pensar en la cantidad de dificultades que tendría que superar para escapar. No tenía más que pensar en los guardias armados de la puerta de la habitación para saber que estaba corriendo un riesgo enorme. Pero al recordar la escandalosa oferta del jeque sobre ofrecerle dinero a cambio del niño, fortalecía

su determinación. Puede que fuese un anciano agradable, adorado por su gente, pero no tenía ni idea de cómo una madre podía salir en defensa de su hijo.

Lucy pensaba que tendrían que haber ocurrido situaciones similares con anterioridad. Habría maneras de salir de aquello, y gente que pudiera aconsejarla una vez en casa. Pero primero tenía que prepararse para la reunión con Kahlil. Primero se ocuparía de los negocios y luego ultimaría su plan de escape. Era el momento perfecto. Kahlil y su padre estaban convencidos de que ella doblegaría su voluntad, que se dejaría manipular. Se mostraban seguros de sí mismos y sería el mejor momento para contraatacar.

Kahlil deambulaba por sus aposentos con las manos unidas detrás de la espalda, en un estado de furia controlada. Su padre era como un tigre al que nunca se podía domar. Se veía obligado a admirar su coraje y determinación para mandar como si aún fuera el mismo rey guerrero de hacía cincuenta años, pero era evidente que en esa ocasión se había pasado.

Desde que había descubierto que la prueba de ADN se había realizado tras robar el cepillo de Edward, se había mostrado completamente furioso. No se había sentido mejor al saber que a Edward no lo habían tocado. Le había dado su palabra a Lucy de que no se haría nada sin su consentimiento. Pero su padre había pasado por encima de su promesa sin importarle nada más que sus propios deseos.

Era indefendible. Edward era un niño pequeño incapaz de protegerse. Sus padres deberían haber sido consultados. Él debería haber sido consultado, porque ahora sabía con total seguridad que él era el padre del niño.

Se giró de golpe cuando la puerta se abrió y apareció Lucy. Ella caminó hacia delante con mirada desafiante y se detuvo lo suficientemente cerca como para que él pudiera oler la fragancia de jazmín. Tenía que admitir que estaba preciosa, exquisita. Nunca la había visto tan femenina, tan deseable. Entonces deseó por un momento que las cosas hubieran sido diferentes entre ellos.

—Gracias por venir —comenzó él cortésmente, pero ella levantó una mano y lo interrumpió.

—Ni siquiera trates de dar una explicación al guardia armado que aparece frente a mí cada vez que intento ver a mi hijo. Y no malgastes tu tiempo tratando de buscar una excusa para haber violado los derechos de Edward. No es de extrañar que no quisieras verme. Sentiría pena si yo fuera tú. De hecho estaría asustada.

—¿Asustada? —preguntó Kahlil. Quería arrastrarla hacia él y obligarla a disculparse, pero controló el impulso—. No conozco el significado de esa palabra —para su sorpresa tuvo que agarrarle el brazo a Lucy—. ¿Vas a pegarme? ¿Te atreverías a levantarme la mano?

—No me asustas, Kahlil —dijo ella sabiendo que había ido demasiado lejos.

—Entonces eres muy tonta —contestó él, furioso pero sabiendo que su padre había cruzado la línea—. No hay excusa para lo que ha ocurrido. La única explicación que puedo darte es que la seguridad de Edward es de vital importancia.

—Me lo prometiste —dijo Lucy—. Dijiste que no le harían nada sin mi consentimiento.

Vio cómo la mirada de Kahlil se agudizaba. ¿Acaso podía sentir el cambio en su cuerpo por tenerlo tan cerca? Sabía que estaba perdiendo el control. Él era el enemigo y sin embargo lo deseaba. No tenía sentido, nada tenía sentido, pensó mientras se apartaba de Kahlil. Dio unos pasos hacia atrás frotándose los brazos como si él le hubiera hecho daño, aunque casi no había empleado apenas fuerza.

—Las pruebas fueron hechas sin mi conocimiento ni consentimiento. Mi padre dio la orden mientras yo estaba fuera del palacio. La gente responsable de hacerlas no recibió órdenes contradictorias por mi parte, ¿cómo iban a recibirlas si a mí no se me consultó? Por lo tanto siguieron adelante con ello.

—¡Soy la madre de Edward! —dijo Lucy furiosa—. ¿Por qué nadie vino a preguntarme lo que opinaba?

—Aquí en Abadan la palabra de mi padre es la ley. Perdóname, Lucy, pero jamás se les hubiera ocurrido a los sirvientes de mi padre consultarte a ti, una simple mujer.

—¿Una simple mujer? —repitió Lucy mirándolo con frialdad—. Confío en que tú no pienses igual.

—Todos los sirvientes de mi padre son de su época. Te aseguro

que tienen puntos de vista muy distintos a los hombres de hoy en día.

—Y supongo que tú te consideras entre la última hornada —dijo burlona, pero sentía el aliento de Kahlil en su cuello, y cómo los pelos de su nuca se erizaban.

—Claro —convino él—. Sólo hizo falta un pelo del cepillo de Edward. No puede ser considerado un asalto.

—Incluso así…

—Ya basta de eso —dijo él con impaciencia—. Te he hecho venir aquí para discutir sobre el futuro de nuestro hijo, pero si no te interesa lo que tengo que decir…

—Claro que me interesa.

—Muy bien. ¿Entonces por qué no nos sentamos como dos personas civilizadas y lo discutimos con calma?

Y luego pasarían a discutir los términos que Lucy pusiera para ser su amante, pensaba Kahlil.

—¿Y bien? —preguntó ella tras sentarse en una silla de respaldo alto—. ¿Qué es eso que deseas contarme? Pero te advierto que no estoy de humor para llegar a muchos acuerdos después del modo en que se ha traicionado mi confianza.

—Los dos queremos lo mejor para Edward —señalé Kahlil. El había llegado a un acuerdo con su padre. Lucy se quedaría en Abadan. Como consecuencia podría quedarse con Edward. Si se negaba, Edward se quedaría sin ella. Las soluciones simples eran siempre las mejores. Su gente no pediría otra cosa.

Pero no había razón para pensar en eso. Ya había imaginado un método mediante el cual Lucy no sólo sería persuadida para quedarse, sino que lo haría de buena mano. Y además él quería que se quedara. Incluso furiosa como estaba, la encontraba tremendamente deseable. Estaba consumida por la pasión y se había sonrojado ligeramente. La deseaba. Deseaba que Lucy Benson se quedara en Abadan. Quería que fuese su amante y que compartiese su cama, pero de momento…

—Tu trabajo ha sido bien recibido —dijo él para cambiar el rumbo de la conversación—. Se habla de que hagas algo más.

—¿Cómo puedes hablar de eso ahora?

—Te verás obligada a quedarte aquí un poco más.

—¿Obligada? —repitió Lucy—. No me veré obligada a hacer

nada. Tomaré el vuelo que he reservado y regresaré a Abadan según me lo marque el trabajo. Tengo más compromisos en casa.

—No te marcharás hasta que no hayas terminado aquí —contestó Kahlil—, No olvidarás tu compromiso con Abadan.

—¿Olvidar? ¿Cómo voy a olvidarme de nada referente a Abadan? ¿Cómo voy a olvidar que tengo un hijo cuyo padre es el jeque de Abadan? ¿Un hijo que incluso ahora está encerrado tras unas puertas custodiadas por guardias armados?

—Por su propia protección —le recordó Kahlil.

—¿Y realmente crees que es así como quiero que viva?

—Es meramente una precaución.

—¿Para protegerle de quién? —dijo Lucy, y subió la voz al ver que Kahlil no contestaba—. No, no me lo digas. Ya lo sé. No hay peligro para la familia real aquí en Abadan. Este país es tan estable como cabría desear. «La gente prospera bajo el reinado de la familia Saeed Al-Sharif» —dijo citando directamente uno de los artículos que había leído.

—Bien hecho —murmuró Kahlil sardónicamente.

—Hice mis deberes antes de venir aquí, Kahlil —dijo Lucy—, Así que, por favor, no me des más largas. El único peligro posible hacia Edward vendría de algún extranjero. Y creo que yo soy la única extranjera en palacio. Así que sólo puedo deducir que estás protegiendo a Edward de mí.

Lucy se dio cuenta de que se estaba poniendo histérica. Le ardían las mejillas y sabía que ya había dicho más de la cuenta. Su desesperación puede que le hiciese a Kahlil pensar en cosas, puede que pensara que estaba planeando huir.

—Te equivocas —dijo él con frialdad—. El hecho de que tengo un hijo me ha pillado por sorpresa. Y las implicaciones para cualquier hijo mío son inmensas. Déjame terminar —insistió al ver que Lucy iba a interrumpirlo—. Con respecto a mi padre, su reacción fue típica de su generación. Las cosas eran muy distintas en sus tiempos. Se quedó tan sorprendido como yo al saber que tenía un nieto. Los guardias le hacen sentir cómodo.

—¿Cómodo?

—Sólo está intentando proteger a Edward. Es su manera de demostrar que lo acepta en la familia.

Lucy se quedó de hielo ante las implicaciones que aquello

suponía. Sentía como si tuviera agarrado a Edward con las uñas mientras una armada de Saeed Al-Sharif tiraban de él hacia el otro lado.

—Los dos queremos lo mejor para Edward —dijo Kahlil reclamando su atención.

Era irónico. Iban a discutir sobre el futuro de Edward, lo único que los unía, y sin embargo Lucy jamás había sentido tanta distancia entre ellos.

—Sí, eso es —dijo ella.

—Tendrás libertad absoluto mientras estés en Abadan —dijo él tras tomar asiento frente a ella.

—¿Libertad? —repitió ella. Durante toda su vida había dado por hecha su libertad. Ahora se daba cuenta de lo preciada que era.

—Por supuesto, tendrás un guardaespaldas en todo momento.

—Ah —murmuró ella sintiendo que estaba cayendo en una trampa.

—Debes ser paciente, confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —¿acaso había olvidado lo que había ocurrido en su primer encuentro? ¿Cómo la había dejado y había desaparecido de su vida sin dejar huella?

—Por supuesto —dijo él con impaciencia.

—Tengo billetes de avión para irnos a casa.

—Ésta es la casa de Edward. Tú podrás marcharte cuando desees.

Lucy sintió un escalofrío por el cuerpo. Kahlil había dejado claro su mensaje. Ella podría irse si quería, pero Edward se quedaría. Se daba cuenta de que ella no significaba nada para él. Tras haberle proporcionado un heredero, ya no le era necesaria.

Lo que veía era un hombre duro y frío. En cuanto a él respectaba, la idea de reclamar a su hijo era evidente, con o sin ella. Tenía que apartar a Edward de allí. Los dos tenían que irse lo antes posible.

—Si tienes negocios importantes de los que ocuparte en casa, por supuesto eres libre de marcharte cuando tu contrato haya terminado.

—¿Con Edward? —preguntó ella, pero Kahlil no contestó—. Nunca abandonaré Abadan sin mi hijo.

—Entonces nunca abandonarás Abadan.

Sus palabras fueron como un martillo que aplastaba sus esperanzas, pero tenia que mantenerse fuerte por Edward.

—Estoy seguro de que podremos encontrar muchas cosas para mantenerte feliz aquí —dijo él.

Lucy se sentía incapaz de hablar o razonar. Podía ver que Kahlil se estaba poniendo cada vez más impaciente. Al fin y al cabo, pensaba ella amargamente, era algo tan nimio como su libertad y la de su hijo aquello de lo que estaban hablando. ¿Por qué iba a perder el jeque Kahlil demasiado tiempo en ello?

Entonces Kahlil se levantó y Lucy supo que no tenían nada más que decirse. La conversación había acabado y sólo le quedaban las medidas desesperadas.

—Puede que haya otro contrato para ti —dijo él.

Seguía hablando de negocios. ¿Es que no pensaba en otra cosa?

—No te molestes en inventarte trabajo para hacer que me quede. Kahlil. No necesito tu caridad.

—Me refería a un trabajo remunerado.

Recordar al amante tierno que un día había sido no le serviría de nada. Aquel hombre había desaparecido, dejando al jeque Kahlil de Abadan en su lugar. Y necesitaría dinero pronto si pretendía escapar. No había llevado mucho en efectivo consigo y, en ese caso, no podía permitirse el ser orgullosa.

—¿Quizá algo en efectivo como adelanto del trabajo que ya he terminado?

—¿En efectivo?

—Sería fantástico.

—¿Dónde lo gastarías? Puedes cargar todo lo que necesitéis Edward y tú a mi cuenta.

¿Ser comprada? Ni hablar. Pero Lucy no dijo nada. Era mejor dejar que él pensara que se había quedado satisfecha con su parte. Decidió ignorar su oferta personal de financiarla.

—Quizá parte de lo que se me debe pueda ser ingresada en mi cuenta de Inglaterra y la otra parte se me puede pagar en efectivo aquí —dijo ella distraídamente—. Me gustaría hacer algunas compras, para Edward y para mí. Sería bueno para los dos abandonar los confines de palacio, y me gustaría ver la ciudad.

—Muy bien —convino Kahlil—. Eso parece razonable.

Debía de pensar que el palacio era opresivo, y si ella lo sentía,

probablemente su hijo también. El palacio dorado era su hogar y lo adoraba, pero entendía que para Lucy pudiera tener otras asociaciones. Era el momento de mostrar que podía tener piedad.

—Hay un centro comercial en la ciudad, no muy lejos de aquí. Podría llevaros.

Lucy sintió un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse en hablar.

—No quiero molestarte…

—No sería molestia —dijo Kahlil. Quería mostrarle a su hijo los lujos del centro comercial.

—No, de verdad, con un guardaespaldas bastará —dijo Lucy.

Entonces Kahlil comenzó a pensar en otra cosa. Un viaje a la ciudad para un miembro de la familia real no era ninguna excursión. Tendría que reforzar las medidas de seguridad para mantener controlada a la gente. Eso no sería divertido para Edward.

—Muy bien —convino él finalmente—. Haré que uno de mis guardaespaldas personales os acompañe. Pero antes deja que te dé algo de dinero.

—¡No! —exclamó ella al ver que se dirigía por su cartera—. Claro que no.

—Has aceptado un adelanto por tu trabajo —le recordó él.

¿Quién sabía el dinero que necesitaría?, pensó Lucy entonces. Y no precisamente para compras.

—De acuerdo —dijo ella—. Un adelanto que te devolveré.

Y pensaba hacerlo, por mucho tiempo que le llevase, y desde allá donde tuviera que mandarlo.

—Bien, me alegro de que haya quedado aclarado —dijo él caminando hacia la puerta—. Las tiendas abren hasta tarde por las tardes. Estate lista en una hora.

La acompañó hasta la puerta con la misma distancia que si hubiese sido una empleada. Una vez que cerró tras ella y Lucy se quedó sola en el pasillo, sus pensamientos comenzaron a acelerarse ante la oportunidad que Kahlil acababa de ofrecerle en bandeja. Por fin tenía los medios y la oportunidad para escapar. Apretó el puño con aire triunfante y exclamó:

—¡Sí!

Lucy se miró una última vez en uno de los espejos de palacio. Iba vestida de manera informal y poco llamativa para no captar la atención de la gente mientras empujaba a Edward en su carrito por el largo pasillo que conducía a la entrada principal.

Si los sirvientes supieran lo que había planeado, pero por fortuna sus habilidades a la hora de leer los pensamientos no eran tan buenas como las de su jefe, porque si no jamás la habrían dejado salir. Pero aun así Lucy sentía que el corazón le iba a estallar. La mera idea de lo que iba a hacer le parecía aterradora.

Miró por encima de su hombro al hombre que Kahlil había escogido para acompañarla. Era un miembro de confianza del equipo de seguridad del palacio, y parecía inteligente. Pero eso no podía evitarse. Tendría que encontrar un modo de despistarlo.

Tenía que salir de Abadan. Era su única esperanza. Tenía que negociar con la familia real desde una posición de superioridad. Tenía que seguir adelante con el plan sin importarle los impedimentos que Kahlil pudiera poner en su camino.

Mientras el guardaespaldas cargaba el carrito en el maletero del Range Rover, ella comprobaba por segunda vez el cinturón de la sillita de Edward, de manera que pareciese natural que se hubiera sentado a su lado en el asiento de atrás. De ese modo podría tomar nota de todas las señales que pasaran sin levantar sospechas.

Tenía el pasaporte a salvo en su bolso. Lo único que necesitaba era la oportunidad de tomar posesión del coche. Luego planeaba ir hasta la embajada en busca de refugio hasta que pudiera encontrar un vuelo de vuelta.

Lucy recordaba que aún había algunas cosas por ultimar en su contrato en palacio, pero eso no podía evitarse. La felicidad futura de Edward estaba en juego, y la libertad de ambos. Nada importaba comparado con eso. Ya afrontaría cualquier consecuencia que pudiera producirse a raíz de su ruptura de contrato, pagaría el dinero que debiera y haría lo que fuera necesario.

Tratando de calmarse, Lucy recordó que tenía que observar las señales de la carretera según se acercaban al centro de la ciudad, ya se había perdido algunas. Dejando las demás preocupaciones de lado, trató de concentrarse en la dirección que habían tomado. Divisó la bandera de la embajada y se relajó un poco. No sería difícil volver a encontrarla, incluso aunque fuese de noche cuando

abandonaran el centro comercial. Había muchas luces en la carretera y el centro de la ciudad estaba bien señalizado.

El centro comercial de Abadan era fantástico, y tras una hora más o menos Lucy se dio cuenta de que jamás había gastado dinero tan libremente. Pero tras la diversión de ver a Edward dando palmas emocionado, seguía la preocupación ante su inminente huida. El guardaespaldas profesional no iba a dejarlos solos ni un minuto, y en ese momento ella no tenía ni idea de cómo iba a escapar.

Cuando regresaban hacia el aparcamiento estaba lista para hacer cualquier cosa. Y se le ocurrió una idea arriesgada. El carrito estaba cargado de paquetes de colores a los que Edward no había querido renunciar. Ella debería haber insistido en que fueran enviados a palacio, pero ahora su cabezonería, igual que la de su padre, jugaba a su favor. Había suficientes paquetes como para mantener al guardaespaldas ocupado cargando el coche durante unos minutos.

—¿Podemos volver mejor a palacio? —dijo ella cuando el guardaespaldas le preguntó si quería ir a tomar un café antes de marcharse. Obviamente Kahlil había dado instrucciones para que todos sus deseos fueran satisfechos, y así sería, pero de un modo que no se esperaba. Si pensaba que podía domarla con unas cuantas compras, se equivocaba.

—Si está lista —dijo el guardaespaldas mientras se ofrecía para llevar algunos paquetes.

«No trates de cortar tan pronto», se advirtió a sí misma mientras le daba las gracias al guardaespaldas. Edward aún se agarraba a un par de paquetes y Lucy colgó el resto en las asas del carrito.

Por fortuna Edward estaba dormido para cuando llegaron al coche. Mientras esperaba a que el guardaespaldas abriera la puerta trasera para que ella subiera, Lucy tomó a Edward en brazos con cuidado de no despertarlo, y después lo colocó en la sillita del coche.

—Pondré el aire acondicionado —dijo el guardaespaldas.

—¿No le importa? —dijo Lucy incapaz de creer lo afortunada que era. Por un momento se sintió culpable ya que el hombre era bastante amable, pero entonces recordó el motivo de hacer aquello

y se endureció. Tras cerrar la puerta de Edward, Lucy observó cómo el guardaespaldas subía al asiento delantero para encender el motor. Cuando volvió a salir para cargar el resto de paquetes, ella aguardó su oportunidad—. ¿Necesita ayuda? —preguntó ella acercándose ligeramente.

—No. me las apaño bien —dijo él—. Usted entre, no me llevará mucho tiempo.

—Oh, no —exclamó Lucy—. Se me ha caído algo junto a la puerta. Mire, ¿puede verlo?

—No hay problema. Yo lo alcanzaré —dijo él dándose la vuelta.

Lucy se colocó en el asiento del conductor cuando él le dio la espalda. El maletero aún estaba abierto, pero no se podía hacer nada. Pisó el acelerador con fuerza y el coche echó a andar, golpeando el bordillo y casi golpeando al guardaespaldas cuando se dio la vuelta al darse cuenta de que lo había engañado.

Mirando a través del parabrisas mientras el Range Rover salía del aparcamiento y se unía a la carretera principal, Lucy hizo un giro brusco en la autovía de doble sentido y se subió al césped antes de tomar velocidad hacia las afueras de la ciudad, donde había divisado la embajada.

Había tenido suerte de encontrar la embajada antes de que los guardias de Kahlil le dieran caza, pero se dio cuenta de que tendría que parar pronto para cerrar el maletero. Ya estaba llamando la atención, conduciendo a toda velocidad con la parte de atrás abierta de par en par. La gente tocaba los claxon y hacía gestos en su dirección para advertirla.

Miró hacia atrás, donde estaba Edward, y vio con alivio que estaba dormido. Perdiéndose la diversión. Salvo que aquello no era divertido, pensó al verse obligada a frenar en seco al encontrarse con un pequeño atasco. Volvió a mirar a Edward y vio que seguía dormido, y ella podía por fin cerrar el maletero.

Bajó del coche y lo cerró a toda prisa mientras los otros conductores pitaban impacientemente. Regresó a su asiento y se puso en marcha de nuevo casi sin darse tiempo a cerrar la puerta. Le llevó un rato volver a calmarse y, para cuando hubo transcurrido ese tiempo, se dio cuenta de que se había pasado la salida. Y ya era de noche y los focos de los demás coches la desorientaban constantemente. Además Kahlil debía de haberse enterado ya de lo

ocurrido. Su tiempo se estaba agotando.

—¡Mierda! —exclamó mientras salía por la siguiente desviación que encontró. Si pudiese adivinar el camino de vuelta a la ciudad quizá pudiera tomar la carretera apropiada.

¿Pero dónde estaba ahora? No tenía ni idea. No había luces para ayudarla. Miraba a izquierda y derecha tratando de decidir hacia dónde ir, pero habiendo salido de la carretera principal, ya no sabía en qué dirección iba. Además, como se encontraba en una pendiente, las luces de la ciudad habían desaparecido por completo.

Totalmente desorientada, continuó dando vueltas por la rotonda, buscando alguna señal, cualquier cosa que pudiera ayudarla. Pero no había nada. Y dos de las salidas de la rotonda estaban cortadas por obras. Eso disminuía sus opciones a dos carreteras más pequeñas, ninguna de la cual estaba iluminada ni correctamente señalizada. Se dio cuenta de que tendría que elegir una de ellas y confió en que la llevase de vuelta a la ciudad, o al menos a la autovía de doble sentido.

¿Qué otra opción tenía? Tendría que seguir en las carreteras secundarias por el momento y. confiar en su sentido de la orientación.

Capítulo 8

UNA VEZ que estuvo a más altura, Lucy pudo ver las luces de la ciudad en la distancia y supo que, si las mantenía frente a ella, nada podía salir mal. Pero la carretera estaba llena de agujeros y no podía ir muy deprisa. Entonces el cielo se despejó y la luna comenzó a iluminar su camino, aunque vio que la carretera se había estrechado considerablemente y que no había lugar donde girar sí algún vehículo se acercaba hacia ella. Tras una curva amplia en la carretera, la grava se convirtió en arena y una superficie rocosa apareció tapando la ventanilla del copiloto, bloqueando las luces en la distancia. Volver atrás parecía la opción más razonable, pero cuando se detuvo y miró por la ventana, vio que había una caída impresionante. No podía arriesgarse, y menos con Edward en la parte de atrás. Tenía que seguir adelante. La carretera comenzaba a ensancharse de nuevo y Lucy imaginó que no tardaría mucho en poder dar la vuelta.

Kahlil sentía la rabia como un torbellino dentro de él. Los helicópteros ya habían salido y se habían establecido controles de carretera. A él no le había llevado más de cinco minutos cambiarse y ponerse ropa del desierto y conseguir el equipo necesario, mientras el todo-terreno lo esperaba con el motor en marcha en el patio, con el guardaespaldas que había acompañado a Lucy en el asiento del copiloto.

Debería haberlo destripado allí mismo, pensaba Kahlil mientras se subía al coche dando un portazo, aunque tenía que admitir cierta admiración por aquel hombre por haber tenido el valor de regresar a palacio sin ninguno de los dos.

—Imagino que el mecanismo de seguimiento funciona —dijo Kahlil mirando por la ventanilla.

Todos los vehículos reales tenían ese mecanismo, cosa que esperaba Lucy no supiera. Siempre cuando funcionara y el tiempo fuera bueno, sería fácil encontrarla.

—Funciona, Majestad —dijo el guardaespaldas—. Pero los informes meteorológicos son malos.

—Entonces tendremos que esperar llegar hasta ellos antes de que se levante la tormenta de arena —murmuró Kahlil—. ¿Viste hacia qué lado fueron? —preguntó cuando se acercaron al centro comercial.

—Cruzó el carril de doble sentido y se dirigido hacia la rotonda.

—¿Donde las obras? —preguntó, y antes de que el hombre contestara añadió—. Ahí hay dos carreteras cortadas. Sólo espero que no se dirija hacia el desierto.

El guardaespaldas comenzó a llamar a sus colegas por radio mientras Kahlil se concentraba en la conducción. Estaba furioso. Lucy había osado desafiarlo y se había llevado al heredero del trono consigo. Ningún castigo podría ser suficiente.

Pero cualquier pensamiento de castigo habría de esperar, pensó al ver cómo las nubes comenzaban a agruparse cubriendo la luna. Lo importante era encontrar a Lucy y a Edward antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué camino? —dijo él tras llegar a la rotonda.

—Lo siento…

—¿Qué? —preguntó de golpe—. Es un poco tarde para eso.

—Según las noticias que acabo de recibir, Lucy Benson se dirige al desierto.

—¿Aún podemos seguirla?

—De momento. Pero se avecina una tormenta de arena.

—¿Qué carretera tomó?

—Hacia la frontera.

—Alerta a las patrullas de la frontera. Que detengan el vehículo. Los helicópteros tendrán que regresar por el tiempo, pero nosotros podemos seguirlos por carretera.

Se sintió ansioso de pronto. Una tormenta de arena podía detener al vehículo y cubrirlo por completo en cuestión de minutos, y podía transformar el paisaje en la misma cantidad de tiempo. Ni

el más sofisticado sistema de seguimiento sería eficaz si el Range Rover y sus ocupantes quedaban enterrados bajo metros de arena.

Imaginaba que Lucy ya estaría desorientada y asustada. Sólo le quedaba esperar que hubiera tenido el suficiente sentido común como para buscar un lugar elevado y parar el coche antes de que quedara sepultada.

El torrente de adrenalina inicial que había acompañado a Lucy en su huida hacía tiempo que había desaparecido. El tiempo había cambiado rápidamente y sin avisar. Tan pronto había estado conduciendo por una noche clara y con estrellas, y de repente se encontraba en un apagón.

Recordando el precipicio que había aparecido antes a su izquierda, trató de mantener la velocidad lo más lenta posible. Había conseguido dar la vuelta, pero no lograba encontrar el camino que la había llevado hasta el valle. Las luces de la ciudad habían desaparecido y el viento era más fuerte a cada minuto que pasaba. Además la arena cubría el parabrisas porque los limpiaparabrisas habían dejado de funcionar. Y ahora se daba cuenta de que casi no les quedaba carburante en el depósito. Pero al menos se movían. Pronto encontrarían alguna forma de civilización.

Apretando el volante con fuerza, Lucy dio un pequeño grito de ansiedad, y al notar que el coche se detenía, se dio cuenta de que habían pinchado. No podía arriesgarse a cambiarlo con el mal tiempo y el viento golpeando el vehículo a cada minuto. Miró hacia atrás y vio aliviada que Edward seguía dormido, pero no tenían luces, ni carburante, y su móvil estaba sin batería. Lo único que podía hacer era apagar el motor y esperar a que la tormenta cesara.

Kahlil maldijo en voz alta al ver que la pantalla del satélite se quedaba en blanco.

—Sigamos —dijo.

—¿Pero hacia dónde, Majestad? ¿Qué camino?

—Ya hemos elegido una dirección. Nos quedaremos en ella. La carretera se bifurca después de llegar al valle. Puede que ella no se haya dado cuenta si ha intentando dar la vuelta. Seguiremos hacia

la izquierda. ¿Has conseguido contactar con la patrulla de la frontera antes de que perdiéramos la señal?

Aunque el hombre confirmó que sí lo había hecho, Kahlil no se relajó un instante. Con la táctica que estaban siguiendo, tan sólo tenían dos pequeñas oportunidades de acertar, de encontrar un preciado grano de arena en el inmenso desierto.

Lucy pensaba que aquello era como estar en un lecho sobre el río revuelto. Nunca se había dado cuenta de lo parecida que podía ser el agua a la arena. La arena que ella conocía era inofensiva, pero aquella arena era mortal. Corría de un lado para otro y se levantaba en auténticas olas.

Cerró los ojos y trató de aguantar las lágrimas de puro terror. ¿Cómo iba a sacar a un bebé fuera con ese tiempo? ¿Pero qué podría sucederles si se quedaban donde estaban?

Tras unos minutos de amarga reflexión, algo a su alrededor cambió. Escuchó en silencio aguantando la respiración y luego abrió la ventana y se asomó. Tan rápido como se había formado, la tormenta de arena parecía estar desapareciendo.

La luna volvió a salir iluminando el coche, pero seguía sin haber rastro de la carretera. La tierra a su alrededor era como un paisaje lunar, sin ningún tipo de rasgo. ¿Cómo iba alguien a encontrarlos allí?

Comenzó a temblar de miedo y de frío, pero al menos había mantas en la parte de atrás, y unas botellas de agua y algo de comida para Edward. Nunca había imaginado que el silencio pudiera ser tan absoluto, pensó mientras colocaba una manta alrededor de su hijo. Luego salió fuera para orientarse. El cielo estaba tan oscuro como una pieza de terciopelo negro cubierto de diamantes, pero no había señales de las luces de la ciudad por ninguna parte.

Kahlil exclamó bajo su aliento. La patrulla de la frontera había dicho que había recibido una débil señal del vehículo de Lucy, pero la habían perdido.

—Obviamente está en una depresión —dijo—. Retrocederemos

sobre nuestros pasos, pero esta vez por la zona más baja.

—Pero, Majestad —dijo el guardaespaldas—, la superficie será traicionera.

—Razón de más para darse prisa —dijo Kahlil girando el volante —. Tú concéntrate en restablecer la señal del satélite.

—Sí, señor.

Lucy deseaba que hubieran sido otras las circunstancias que la hubieran llevado al desierto. Era precioso. Era como estar sola en el planeta con Edward. Las estrellas eran como muchos ojos amables que parecían protegerlos hasta que llegaran a rescatarlos.

Encima se estaba volviendo loca, pensó mientras se enrollaba la manta con más fuerza y se sentaba en el asiento trasero con Edward. No había nada de romántico en su situación. El valle por el que había ido conduciendo había desaparecido y a ellos casi los habían enterrado vivos. Se agarró a Edward y colocó la cara junto a la suya, tratando de no despertarlo con sus temblores.

Lucy se dio cuenta de que se había quedado medio dormida. ¿Cuánto quedaría hasta el amanecer? Se asomó y vio que había una ligera franja lila en el horizonte que hizo que sus esperanzas retornaran. Y entonces se dio cuenta de algo más. Al principio creyó que estaba alucinando, pero luego vio que efectivamente eran luces que se movían por el desierto. Eran faros que se acercaban hacia ellos. En cualquier momento los encontrarían.

Iban a ser rescatados, pensaba Lucy con alegría, pero esa alegría murió enseguida. Podía ser cualquiera, bandidos, ladrones, y ella no tenía manera de proteger a Edward.

Con rapidez tomó al niño en brazos, lo envolvió por completo en la manta y abrió la puerta con el pie para salir. Pero los vehículos ya se habían colocado en formación a su alrededor, no había manera de escapar, pensó mientras regresaba al interior del Range Rover. Y vio entonces que se trataba de vehículos del ejército.

—Por favor, no —le dijo a Edward, que se había despertado y trataba de mirar por la ventana. Se daba cuenta de que, por tratar de protegerlo, lo había puesto en grave peligro. Ya había comprobado que las puertas estuvieran cerradas con seguro, pero algunos hombres habían comenzado ya a salir de sus vehículos,

hombres de uniforme con pistolas. Podrían volar los seguros con facilidad, o mucho peor. Y la luna estaba más brillante que nunca, actuando como un reflector para los soldados.

Escuchó cómo uno de ellos daba instrucciones, en árabe y luego señaló lejos del Range Rover. Lucy se giró para mirar por la ventana trasera y vio lo que estaba señalando. Otro vehículo con las luces encendidas se acercaba a gran velocidad.

Y entonces todo pareció ocurrir muy deprisa. Los hombres rodearon el vehículo y golpearon los cristales haciéndole gestos a Lucy para que saliera. Rígida por el miedo, consiguió quitar el seguro y la puerta se abrió, pero entonces ella se echó hacia atrás apretando a Edward con fuerza, con demasiada fuerza. El niño se apartó de ella protestando y, antes de que Lucy pudiera darse cuenta, el hombre entró y sacó a Edward del coche.

Ella se lanzó tras él dando un grito, pero no pudo avanzar muy deprisa sobre la arena con unos zapatos hechos para la ciudad. El viento aún soplaba ligeramente y ella tenía arena por todas partes, en los ojos, en la boca y en los oídos. Finalmente el hombre se detuvo y Edward estuvo a su alcance. Pero cuando se fue a lanzar sobre él, alguien se puso en su camino.

—¡Kahlil! —gritó Lucy.

—Por Alá, estás a salvo —dijo él agarrando a Edward.

Pero Edward ya estaba completamente despierto y no reconoció al hombre que tenía delante.

—¡Mamá! —gritó asustado estirando los brazos hacia Lucy.

Por un momento Lucy se quedó quieta, sabiendo que la cárcel o algo peor sería su destino. Kahlil ni siquiera se había percatado de su presencia. Se dio la vuelta y la miró con severidad.

—Será mejor que agarres a tu hijo —dijo él con frialdad—, y luego sígueme.

Capítulo 9

LUCY nunca había visto tanta furia contenida. Era aún más alarmante porque Kahlil no necesitaba alzar la voz para hacer que los soldados del desierto se apartaran a su paso. Abrió la puerta de su vehículo y la ayudó a subir.

Lucy se quedó sentada en silencio, sosteniendo a Edward, esperando a Kahlil, que estaba dando instrucciones a sus hombres. Uno a uno los vehículos fueron dando la vuelta y dirigiéndose hacia la escasa luz que se divisaba en el horizonte. Luego Kahlil regresó al vehículo, subió y cerró la puerta de un golpe.

—No hay asiento para bebé —dijo él sin mirarla—. Nunca he necesitado uno. Imagino que puedes mantener a mi hijo seguro durante el viaje.

—No veo razón para no hacerlo —dijo ella—. Lo he mantenido seguro hasta ahora, sin tu ayuda ni la de nadie más.

Condujeron en silencio durante largo rato. Lucy no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían, ni le importaba, siempre y cuando pudiera quedarse con Edward cuando llegaran.

—¿Sabes lo que has hecho? —preguntó él—. Podrías haber muerto, y Edward también. ¿En qué estabas pensando?

—Tenía que escapar. No podía quedarme encerrada con mi hijo como una prisionera en el palacio.

—También es mi hijo.

—Sí, es nuestro hijo —dijo Lucy—. Pero, por encima de todo, Edward es persona. Deberíamos respetar eso.

—No te atrevas a hablarme de respeto —dijo Kahlil—, cuando no me has mostrado ninguno.

Se quitó el turbante que llevaba y, por primera vez, Edward pudo verlo claramente y comenzó a gritar y a levantar los brazos.

La cara de Kahlil se suavizó al instante y, sin dejar de mirar la carretera, tomó la mano de su hijo y le dio un beso.

—Menuda aventura, hombrecito —murmuró—. ¿Dónde diablos ibas con él? —preguntó mirando a Lucy—. ¿Qué diablos pensabas que hacías dirigiéndote al desierto sin los instrumentos necesarios en mitad de la noche?

—Era a última hora de la tarde cuando nos fuimos, y no tenía intención alguna de ir al desierto. Una carretera estaba cerrada. Me desorienté —dijo Lucy, pero se detuvo. ¿Por qué iba a tener que defenderse a sí misma? De pronto se sintió muy cansada. No podía embarcarse en el tipo de debate que Kahlil quería. Lo único que le preocupaba ya era que Edward no estuviese en peligro. Sólo quería abrazarlo y dormir.

—Puede que nunca os hubiésemos encontrado. Debí darme cuenta de que no podía confiar en ti.

—Eso es algo horrible. Hiéreme si quieres, pero recuerda que fuiste tú el que me colocó en una posición en la que me sentía como una prisionera, donde pensaba que ibas a llevarte a Edward.

—Si hubiera dependido de ti, yo nunca me habría enterado de que Edward existía.

—¿Cómo te atreves a juzgarme? —exclamó Lucy—. Fuiste tú el que se acostó conmigo y luego se fue como un ladrón en la noche. Ni siquiera tuviste la decencia de revelar tu verdadera identidad, por no hablar de dejar un número de teléfono.

Kahlil tuvo que contener su deseo de contestarla. Sabía que Lucy tenía razón en eso. Y no podía permanecer inmune al ver lo desesperada que estaba. Se daba cuenta de lo atemorizada que debía de haber estado. Sí, había sido una toma, y se había puesto en su contra, pero a él no le proporcionaba ningún placer hacerle más daño cuando no estaba en su mejor momento.

Sus emociones eran como un remolino, pensaba Kahlil. Se sentía aliviado porque ella estuviera bien, y furioso al ver que le importaba. Le había robado a su hijo literalmente. Si hubiera sido un poco sensato, jamás la habría perdonado. Ver el estado en que se encontraba y, sobre todo, el estado en que la estaban dejando sus palabras, no le producía ninguna satisfacción. Pero debía regañarla por lo que había hecho. Se había puesto a sí misma y al niño en un peligro mortal. Tenía que aprender a respetar el desierto como él

hacía.

—Hay agua y comida en la parte de atrás —dijo él al verla exhausta.

—Gracias —murmuró ella—. ¿Dónde nos llevas? —preguntó tras saborear la fruta y el queso. La luna había vuelto a desparecer tras una nube, y sin puntos fijos de referencia, no podía imaginar cómo Kahlil podía orientarse.

—Vamos a mi refugio de caza —dijo él—. Está más cerca que el palacio.

—¿Nos llevará mucho tiempo? —preguntó ansiosa por mantener la conversación.

—No nos llevará mucho ahora que hemos salido del valle. Toda la arena suelta se concentra allí y nos ha hecho ir más despacio.

—Ya veo.

—Ahora vamos a quedamos tranquilos. Mi hijo debe dormir.

¡Su hijo! Kahlil la hacía sentir como a una extraña, mientras que él era el que lo hacía todo bien. Pero la culpa no era más que de ella misma. Tratando de escapar del palacio había perdido el derecho a cuidar de Edward. La posibilidad de sacar al niño del país ahora era nula.

No se dio cuenta de que se había quedado medio dormida hasta que el coche disminuyó la velocidad poco después y se despertó. La primera visión que tuvo del refugio de caza de Kahlil fue sorprendente. Había estado esperando algo en la línea del palacio dorado, algo enorme y vasto, impresionante. Pero se dio cuenta de que, lo que estaba contemplando en ese instante, reflejaba la otra cara, quizá la verdadera, de la familia de Kahlil.

Lucy pensó mientras miraba a su alrededor que nada debía de haber cambiado en cien o doscientos años. El cielo, como un arco sobre sus cabezas, era de color gris y rosa, con destellos naranjas por donde el sol comenzaba a aparecer. Pero docenas de luces seguían encendidas alrededor del campamento, iluminando los pabellones cubiertos por lonas y agrupados alrededor de un oasis. Era una escena mágica, como algo que hubiese soñado. Pero había un aire de fugacidad en todo ello, como si, al igual que todas las señales del desierto, el campamento pudiera cambiar o desaparecer en cuestión de minutos.

Kahlil detuvo el vehículo junto a una de las tiendas. Había un

guardia vestido con ropa árabe esperándolos, acompañado de dos mujeres. Los tres se inclinaron cuando Kahlil salió del coche.

Y entonces el guardia se colocó en el lado del coche en que estaba Lucy y tomó en brazos a Edward antes de que ella pudiera darse cuenta. No tuvo tiempo de protestar, y tuvo que quedarse mirando cómo Kahlil recibía a su hijo en brazos.

Cerrando los ojos por un momento, Kahlil levantó la cara hacia el cielo y en ese momento Edward se despertó. Pero en vez de romper a llorar, como Lucy esperaba, sonrió a Kahlil con total seguridad, e incluso trató de agarrar de la barba al guardia mientras su padre se lo llevaba.

Lucy sintió una angustia repentina mientras iba tras ellos. Veía lo felices que estaban padre e hijo de haberse reencontrado. Y Kahlil era tan tierno con el niño, que ella no podía evitar sentirse amenazada. Pero entonces, para su sorpresa, Kahlil se detuvo, despidió a los sirvientes y la esperó.

—Sólo una cosa —dijo él agachando la cabeza para hablar con discreción—. Aquí tenemos la oportunidad de discutir sobre nuestra situación antes de que se haga pública.

—¿Es que tenemos que discutir de esto siempre enfrente de Edward?

—Quizá si las cosas hubieran sido diferentes.

—Quizá si tú hubieras permitido que lo fueran, Kahlil, ¿o es Kahl?

—¿Crees que lo he olvidado? —le preguntó Kahlil en voz baja—. ¿Y crees que he olvidado algún detalle sobre Edward desde que sé que es mi hijo?

—¡También es mi hijo! ¡A ti ni siquiera te conoce!

—¿Es que no has hecho ya suficiente daño? —preguntó él agarrándola del brazo mientras se dirigía hacia la entrada de una de las carpas—. No trates de confundirme, Lucy. Has sido tú la que ha puesto a Edward en peligro. Tú la que ha intentado arrebatarme a mi hijo.

Lucy sabía que aquello era cierto, pero nada de eso habría ocurrido si él se hubiera quedado con ella un poco más para poder intercambiar detalles personales veintiún meses antes.

La culpa era de los dos. Pero lo único que importaba ya era que Edward estuviese a salvo. Lucy sonrió a su hijo y él le devolvió la

sonrisa. Pero mientras Kahlil la guiaba al interior del pabellón, era su hombro sobre el que Edward reposaba la cabeza.

Tras dejar al niño sobre un banco de cojines, Kahlil bajó la cortina de la entrada para proteger el lugar del viento y de la arena. Mientras encendía la llama de una antigua lámpara de aceite, Lucy vio el brasero brillando en una esquina. La tienda era bastante confortable. El frío del desierto parecía lejano estando allí, pero aun así, seguía habiendo representación del mundo moderno, viendo cómo Kahlil hablaba con su móvil.

Una vez más su expresión se tornó dura y severa. Lucy imaginó que la llamada era para confirmar la retirada de las tropas ahora que ya había sido encontrada. Pero cuando la llamada terminó y él se giró para mirar a Edward, vio que su cara cambiaba completamente. Se volvió cálida y llena de humor, e hizo reír a Edward. Entonces la miró a ella y volvió a adoptar la expresión anterior; sus ojos eran fríos y fijos, como si estuviera advirtiéndola de que no esperara nada parecido al perdón por su parte.

Kahlil lucharía por su hijo. Lucy estaba más segura que nunca de aquello. Y cuando Edward fuese lo suficientemente mayor para comprenderlo, lucharía por el derecho a ver a su padre. Ella ya estaba fuera, justo donde Kahlil la quería.

El mismo guardia que los había recibido a la llegada entró en la tienda e hizo una reverencia a Kahlil. Los dos sonrieron e incluso Lucy sonrió al ver que Edward se estiraba como queriendo volver a agarrar la barba del guardia. No necesitaba conocer el idioma para notar el orgullo en la voz de Kahlil.

—Voy a mandar a Edward a dormir a una de las tiendas para mujeres —dijo Kahlil mirándola finalmente—, para que pueda descansar. Cuidarán de él —añadió al ver que Lucy iba a protestar —. Y tú podrás verlo en cuanto se despierte. Ahora nos bañaremos y hablaremos.

Kahlil había asumido el control de la situación, de su vida, pensaba Lucy. Normalmente ella habría peleado por su posición, pero en ese momento se sentía exhausta tanto mental como físicamente.

—¿En cuanto se despierte me llamarán? —preguntó ella.

—Te llamarán —dijo Kahlil.

Lucy se dio cuenta mientras Edward se iba con el guardia de que

ya había una nueva vertiente en su vida.

No podía evitar pensar que Kahlil había establecido un nuevo régimen en la vida del niño, un régimen duro y exigente propio de un príncipe del desierto.

Le dirigió, una mirada de angustia a Kahlil. ¿Cómo podía él saber lo que era necesario para Edward? Su hijo era aún un bebé.

—¿Qué es eso que lleva Edward en la mano? —pregunto ella dando un paso adelante justo antes de que la cortina se cerrara.

—Mi guantelete —dijo Kahlil despreocupadamente.

—Por supuesto, tú cazas con halcones —murmuró ella dándose cuenta de que Edward debía de haberlo encontrado ente los cojines.

Y cuando fuese mayor, el jeque Kahlil le daría a su hijo un halcón, y le enseñaría a montar sin silla, y a disparar apropiadamente, todas las cosas que ella no podría esperar enseñarle.

¿Cómo iba a negarle a Edward la otra mitad de su herencia? Llevárselo de Abadan lo privaría de sus derechos. Cuando creciera la culparía por su pérdida. Y cuando eso ocurriera, lo perdería para siempre. Tenía que buscar un acuerdo, tenía que ser posible.

—Ya te han preparado el baño —dijo Kahlil señalando hacia otra apertura de la tienda que Lucy imaginó conduciría a una sala secundaria—. Yo regresaré enseguida y hablaremos.

Lucy tuvo que resistir el impulso de aplaudir. Si la situación no hubiese sido tan seria, puede que lo hubiese hecho. Estaba agotada, pero gracias a Dios no había perdido el sentido del humor. Se giró al escuchar una discreta tos y vio a dos sirvientas en la puerta a la segunda habitación.

¿Iba a ser preparada para el jeque?, se preguntó Lucy con cinismo al ver la bañera. La superficie estaba cubierta de pétalos de rosa y la esencia era sublime. Pero las mujeres seguían esperando a que diese alguna respuesta, y no dieron la impresión de ir a dejarla sola mientras sostenían en sus brazos pilas de toallas blancas.

Lucy se inclinó y sonrió. La perspectiva de poder bañarse y quitarse toda la arena que había acumulado durante la noche era placentera, pero no pensaba darse un baño con público. Tomó una toalla y luego se dirigió a la entrada y se colocó a un lado para que no hubiese malentendidos. Las mujeres se miraron y, tras señalar una bata de seda azul, se marcharon.

Era un alivio saber que no iba a tener que llevar más tiempo su ropa, pensaba Lucy mientras se sumergía en la bañera.

Sus pensamientos entonces se desviaron hacia Kahlil. Había ido a rescatar al heredero de Abadan, eso lo sabía. Pero era difícil apartar de su cabeza la imagen de sus manos fuertes controlando el volante con ella al lado. Y no pudo evitar recordar el modo en que una vez esas manos también la habían controlado a ella, proporcionándole placer hasta más allá de sus fantasías. Pero Lucy sabía que aquélla era una indulgencia que no podía permitirse.

Se incorporó tan rápido en la bañera que el agua estuvo a punto de salirse. Tenía una crisis entre manos. No era el momento de distraerse con fantasías que pertenecían al pasado.

—¿Sigues ahí?

Se tensó al escuchar la voz de Kahlil, dándose cuenta de que estaba excitada.

—Sólo un minuto —dijo ella—. Enseguida salgo.

El agua se derramó por todas partes cuando ella salió de la bañera para agarrar las toallas. Se envolvió en ellas rápidamente como si en cualquier momento fuese a aparecer Kahlil y a encontrar su cuerpo desnudo y excitado con pensamientos sobre él.

Se secó con prisa y se envolvió el pelo con una toalla formando un turbante en la cabeza. El tacto de la bata de seda sobre su piel fue fantástico, pero tendría que pasar sin ropa interior. Kahlil estaba esperando y ella quería acabar con la discusión cuanto antes. Reunió el valor suficiente y salió para enfrentarse a él.

Por un momento los dos se miraron, cada uno desde un extremo de la tienda. Kahlil también se había cambiado y se había puesto una túnica de seda negra. Tenía la cabeza al descubierto y el pelo oscuro, aún húmedo después del baño.

Lucy sintió su cuerpo responder ante él, derretirse bajo su mirada. Era como si su mirada oscura tuviera el poder de desnudarla, claro que no hacía falta mucha imaginación para poder ver sus pezones erectos bajo la bata. Instintivamente levantó los brazos para taparse el pecho.

—No —murmuró él sin dejar de mirarla.

—Tenemos que hablar —dijo ella—. Y quiero ir a ver a Edward.

—Está a buen cuidado —dijo Kahlil—. Aún estaba despierto cuando lo dejé. Al menos ha disfrutado de la aventura —añadió

extendiendo una mano hacia ella.

Lucy lo miró como una tonta. ¿Se suponía que debía darle la mano como si fueran amantes y permitir que la llevase donde quisiera?

—¿No quieres ir a verlo?

—Claro que quiero —exclamó ella echando a andar. Sus pies no hicieron ningún ruido mientras caminaba sobre las carísimas alfombras hacia la entrada.

—Espera —dijo Kahlil—, Tendrás que cubrirte primero y ponerte sandalias.

Le colocó una túnica de algodón encima y, tras quitarle el turbante de la cabeza, lo reemplazó por un hermoso turbante azul oscuro con joyas bordadas.

—Para protegerte el pelo de la arena ahora que está limpio. Y ahora esto —añadió mientras se agachaba para colocarle unas sandalias—. Ahora ya estás vestida para el desierto.

Y en esa ocasión se echó a un lado para dejarla pasar. Mientras que ella había esperado toda su ira, no recibió más que su respeto. Kahlil era realmente un hombre muy confuso y complicado. Pero, cuando la condujo a otra tienda, Lucy recordó que la herencia de Kahlil era parte oriental y parte occidental, la mezcla perfecta en un hombre quizá, pero peligrosa para ella, ya que necesitaba por encima de todo mantener la cabeza bien fría por el bien de su hijo.

—Safia cuidará de Edward por ti —dijo Kahlil—. Habla muy buen inglés.

Lucy sonrió a la mujer y vio que Edward por fin se había quedado dormido, obviamente exhausto tras tantas aventuras.

—Tú también debes de estar agotada —observó Kahlil, colocado al otro lado de la cuna—. ¿Prefieres dormir antes de que hablemos?

—No podría dormir —dijo ella honestamente.

—¿Entonces por qué no dejamos aquí a Safia y a Edward? —sugirió él—. Mi tienda está cerca.

—Sí.

Lucy sabía que no podría descansar hasta que no hubiese averiguado cómo pretendía proceder Kahlil, Cuando lo supiera, podría pensar en sus propias acciones. Pero se sentía un poco más segura ya que Kahlil parecía más razonable allí. El desierto parecía tener un efecto calmante en él.

—Cuando salga el sol —murmuró Kahlil junto a la cuna mirando a su hijo—, podrás ver las montañas que señalan la frontera de tu reino desde esta ventana.

Lucy sintió como si le hubiesen dado una bofetada, como si hubiera sido sacada de sus fantasías de un golpe. Había sido una tonta por pensar que Kahlil se suavizaría. Seguía siendo tan duro y tiránico como siempre. Ella había confundido sus buenas maneras con el perdón. Pero, en cuanto a lo que a él respectaba, el futuro de su hijo parecía estar escrito sobre piedra.

Capítulo 10

KAHLIL hizo que les llevaran té a sus lujosos aposentos. Lucy se dio cuenta de que estaba excesivamente caliente cuando se lo llevó a la boca y sintió que le ardía la lengua.

—Paciencia —dijo Kahlil quitándole el vaso de las manos. Lucy se dio cuenta de que le temblaban mientras le servía agua fría de una jarra—. Sugiero que vayamos fuera a ver salir el sol —añadió él cuando Lucy se hubo terminado el vaso.

Se estaba comportando educadamente, pero ella sabía que tenía que andar con cuidado. Sabía que su desconfianza habitual había quedado cancelada por el cansancio. Lo siguió fuera como un autómata sin estar muy segura de si tenía la fuerza suficiente como para combatir con él, pero sabiendo que, con el futuro de Edward en juego, lo haría.

—Hago esto siempre que vengo aquí —dijo él mientras la conducía hacia la barandilla del pabellón, donde había sido colocado un banco con cojines.

Lucy se quedó sin aliento cuando se fijó por primera vez en todo. El desierto estaba frente a ellos como si fuera una playa. Se extendía hacia las montañas de las que Kahlil le había hablado a Edward. El efecto de la luz sobre la arena y las rocas era magnífico y las montañas en la distancia aún estaban semiocultas por la neblina de la mañana, pero según fue saliendo el sol, la niebla fue desapareciendo y revelando la cordillera en todo su esplendor.

Lucy miró a Kahlil. Era muy alto, y su túnica se ajustaba a la perfección a su cuerpo, resaltando su maravilloso físico. Ella ansiaba tocarlo.

—Entiendo porqué te gusta tanto esto —dijo ella impulsivamente.

¿Realmente lo entendía?, se preguntaba Kahlil. ¿Podría llegar a amar esa tierra como él lo hacía? Se detuvo en sus pensamientos. Aquello era irrelevante. Entonces vio cómo Lucy se estremecía de nuevo, así que se terminó el té y regresó dentro para buscar algo caliente para ella.

Lucy se quedó mirándolo mientras Kahlil le colocaba una manta de seda tejida a mano sobre los hombros.

—Debes de estar exhausta si todavía sigues temblando —dijo él —. Ahora hace mucho calor.

Su roce era electrizante. Apenas la tocó, pero eso no tenía relación con la intensidad de su respuesta.

—Estoy un poco cansada —dijo Lucy para explicar su reacción.

—El azul definitivamente es tu color —añadió él—. Y me encanta el velo. Es muy femenino.

Inmediatamente Lucy se lo quitó de la cabeza y se lo colocó alrededor del cuello a modo de bufanda. Tenía el pelo seco y revuelto alrededor de la cara, como un nimbo dorado, y le encantaba ver de nuevo el desafío en su mirada. Era una pena que hubiera tantas complicaciones, pero acabaría por poseerla, sin importar las dificultades.

Lucy se puso roja mientras Kahlil la miraba. Ella sabía que tenía que mantener las líneas de comunicación abiertas entre ellos. Un enfrentamiento no iba a servir de nada. Tenía que ser sutil y parecer maleable.

—Estos colores son preciosos —dijo ella admirando el chal que él le había llevado.

—¿Te importa si me uno a ti? —preguntó él mirando los cojines sobre los que ella estaba sentada.

Ver al jeque Kahlil pidiendo permiso para hacer algo debía de ser un principio. ¿Y cómo iba a negarse ella? Era su refugio, sus cojines, su reino.

—Claro que no me importa.

Se quedaron sentados en silencio y poco a poco Lucy notó que se relajaba cada vez más. En el fondo sabía que debía estar tensa, alerta, en guardia, pero no lo estaba. Debería estar exigiendo respuestas, buscando estrategias para doblegar la voluntad de Kahlil, pero no podía, aún no. Por un rato quería pensar que todo saldría bien. Quería que la belleza del desierto los inundara a los

dos. Sabía que era muy iluso por su parte, pero en ese momento, reclinada sobre unos cojines de seda, con Kahlil tan cerca, todo parecía posible.

—Despierta, despierta, Lucy.

Vacilante, Lucy abrió los ojos. Entonces se incorporó rápidamente. Se había quedado dormida en brazos de Kahlil, con la cabeza sobre su hombro. Su piel aún ardía al sentir su tacto. ¿Sería un sueño? Estaba segura de poder sentir la sombra de un beso en sus labios.

—¿Qué hora es?

—Casi la hora de comer —dijo Kahlil—. No quería despertarte.

Pero le había quitado el chal de los hombros y Lucy vio que habían colocado un toldo sobre sus cabezas para mantenerlos en la sombra.

—Aún no hemos hablado —dijo ella.

—Todavía no —convino Kahlil mientras se ponía en pie—. Tendrá que esperar. Edward estará listo para comer.

—¡Edward! ¿Dónde está?

—Donde lo dejamos —dijo él.

—Claro —dijo Lucy relajándose un poco—. No sé en qué estaría pensando.

—Está a buen cuidado, te lo aseguro. Supongo que ya te habrán lavado la ropa, por si quieres cambiarte antes de comer.

Sí, la verdad es que quería ponerse algo más convencional. Y, en cuanto a la comida, Kahlil había hecho que sonara todo muy civilizado y normal, aunque no había nada de normal en la situación.

—Pensé que podríamos comer con nuestro hijo, a no ser que prefieras no hacerlo.

—Claro que quiero hacerlo.

—Bien. A Edward le encantará.

—Quiero verlo ahora —insistió ella—. Antes de comer, antes de que me cambie.

—¿Pensabas que iba a robártelo mientras dormías?

Lucy se contuvo, sabiendo que ella había estado a punto de hacer algo similar.

—No te preocupes, Lucy —dijo Kahlil—. Yo no funciono de ese modo. Cualquier decisión que tome con respecto a mi hijo, será de

conocimiento público para que todos lo vean, para que todos lo juzguen.

La idea de Kahlil emprendiendo acciones legales contra ella con el sistema judicial de Abadan a su favor aterrorizaba a Lucy. Entonces Kahlil la agarró de los brazos y la miró fijamente a los ojos.

—No me conoces en absoluto, ¿verdad? Edward está bien. Safia está cuidando de él, como ya te dije. Y cuando estés lista para comer, lo verás por ti misma.

Era sutil pero seguía allí. Kahlil estaba dictando cuándo no podía ver a su hijo y cuándo sí.

Se le contrajo el estómago con miedo y resentimiento. Su intento de escapar no sólo había fracasado, sino que había empeorado las cosas.

La respiración entrecortada de Lucy llamó la atención de Kahlil. Ella era muy fuerte, y verla tan débil y saber que él era la causa de su angustia despertaba en él sentimientos nuevos. No pretendía besarla. Era lo último en su mente. No quería asustarla tampoco, ni amenazarla, y lo que veía en sus ojos era puro miedo. Le hizo ser consciente de su deseo de protegerla.

Lucy Benson era como una locura que lo poseía, pensó Kahlil mientras la acercaba a él. Quería a su hijo más que a nada en el mundo, pero también quería a Lucy. A uno se lo entregarían las leyes de Abadan, a la otra tendría que seducirla, pero los tendría a los dos.

Incluso en ese momento, ella lo rechazó. Pero mientras se deleitaba con su dulzura y decía palabras en su idioma para tranquilizarla, ella se calmó y poco a poco fue girando la cabeza para recibir su beso.

El ansia de Kahlil surgió al ver el deseo en los ojos de Lucy. Ardía por la necesidad de complacerla, de protegerla. La quería en su cama, esperando el placer que él le proporcionaría noche tras noche, hasta que se cansara de ella.

Se había visto obligado a reconstruir su plan de hacerla su amante. La constitución de Abadan requería que Edward fuese un heredero legítimo, para lo cual él se tendría que casar con Lucy.

Se dio cuenta de que no sería un problema al ver el ansia de Lucy. Convendría con cualquier cosa que él sugiriera. Además era

una mujer de éxito. Estaba seguro de que ella también vería sentido a poner fecha de caducidad a su unión. Tenía muchas cosas que ganar: dinero, prestigio, el trono de Abadan para su hijo. ¿Qué más podría desear? Y, aunque el matrimonio con una mujer como Lucy Benson normalmente sería impensable, era oportuno en ese caso, y legitimaría a su hijo como la ley exigía.

—¿Y el amor?

Kahlil emitió un sonido gutural desde su garganta cuando ese pensamiento lo invadió de pronto. El aliciente de un trono, una fortuna y un título sería más que suficiente para Lucy. Él había visto muchas cosas similares en otras casas reales. El sello de la realeza era lo único necesario para convencer a la más cínica de las mujeres de que estaba enamorada.

Pero en ese momento Lucy respondió a su gemido con un pequeño sollozo y Kahlil frunció el ceño, apartándose por un momento. Por un instante la había visto demasiado confiada, demasiado indefensa.

¿Amor?

En esa ocasión rechazó el pensamiento de inmediato y volvió a besarla apasionadamente y con fuerza, disfrutando de cómo ella se derretía contra él. «La pasión no es lo mismo que el amor», se dijo a sí mismo. «Y la pasión es algo que conozco de sobra».

Pero a medida que profundizaba su beso, Kahlil quería el amor en todos los niveles. Ansiaba por él. Quería perderse en el cuerpo de Lucy y dejar de pensar por un rato.

—La comida —dijo Lucy cuando la soltó.

—Comeremos tarde —dijo él tomándola en sus brazos.

—Pero Edward…

—Están cuidando de él —dijo él, y le dio un beso en la frente antes de llevarla a través de la habitación.

Había pasado demasiado tiempo, y la atracción sexual entre ellos era explosiva, sus apetitos insaciables. Pero los dos sabían que el tiempo pasaba, y la promesa que habían hecho de comer con su hijo como una familia.

En un movimiento rápido, y antes de que llegaran a la cama, Kahlil ya la había penetrado. Le había levantado las túnicas para que ella pudiera envolver sus piernas alrededor de sus caderas. Casi no era consciente de ninguna otra cosa más que de la total y

absoluta posesión de su cuerpo.

Sin dejar de darle placer, Kahlil consiguió quitarse la túnica y subir los peldaños que conducían al lugar en el que se acostarían. Lucy gimió cuando la colocó sobre el colchón. Ya estaba situada en un ángulo perfecto, y emitió un pequeño grito de alarma cuando él le colocó las piernas encima de sus hombros para poder tener un mejor acceso a su cuerpo.

—Nunca te haría daño. Si quieres que pare.

—¡No! —exclamó ella.

Siguió gritando mientras él la embestía con lentitud y exclamando palabras que ni siquiera sabía que conocía. Entonces se introdujo más dentro de ella, hasta que él mismo gritó tanto como ella.

Ambos querían que el momento durase para siempre, y ambos sabían que no podía ser. Lucy trató por todos los medios de hacer que aquellos sentimientos durasen, de poder detenerse en los momentos de felicidad. Pero Kahlil le negó esa indulgencia y la penetró con fuerza y rítmicamente, moviéndose lentamente al principio y luego más dentro de lo que ella hubiese creído posible. Finalmente emitió un grito de éxtasis y se dejó llevar al abismo de sensaciones.

—Y ahora a comer —dijo él cuando Lucy se hubo calmado.

—¿A comer?

—Date una ducha —dijo él—. Mi baño está a tu disposición.

Sus palabras entonces eran frías, como si fuese otra persona la que hablaba. De pronto Lucy se dio cuenta de que tenía la ropa alrededor del cuello.

—¿No quieres ducharte? —preguntó ella. Pero Kahlil ya estaba a medio camino de la habitación.

—Tengo otro baño —dijo él.

Lucy debía haber sabido que el jeque Kahlil estaría preparado para todo tipo de acontecimientos incluso en el desierto.

—Y no tardes —dijo él—. Tenemos otra cita, por si no lo recuerdas.

¿Recordar? Como si pudiese olvidar la comida que tenían planeada con Edward.

Las noticias de que el príncipe había llegado se habían extendido como la pólvora entre las tribus del desierto. Y la posibilidad de discutir sobre el futuro de Edward durante una tranquila comida familiar era un sueño imposible, pensó Lucy al salir de la sala de las mujeres y ver a la multitud. El evento que había imaginado que sería privado, se había convertido en una ceremonia.

El infernal sol del mediodía había cesado ligeramente para cuando Lucy llevó a Edward a la zona cubierta fuera del pabellón real. La luz había adquirido un tono rojizo y brillante, de modo que lo que vio ante ella parecía la escena de una película. Miró a su alrededor alucinada, hacia los cojines amontonados donde ella se sentaría. Delante se extendía una carpa de seda blanca y dorada con paredes ondulantes a los lados, y la parte de delante estaba descubierta y daba a una vasta zona desértica, donde todos los nómadas de Abadan se habían reunido.

Safía, que la había acompañado, había pensado en llevarle unos juguetes a Edward para que se entretuviera, pero lo único con lo que él quería jugar era con el guantelete de su padre.

Aún no había rastro de Kahlil, aunque Lucy imaginó que estaría en algún lugar entre su gente. Buscando entre la multitud, se sorprendió al ver que había varios vehículos aparcados junto a los camellos.

—Las carreteras atraviesan el desierto hoy en día —dijo Safia al ver la mirada de curiosidad de Lucy—. Aquí en Abadan se consigue más fácilmente carburante que agua.

—Claro —dijo Lucy dándose cuenta de que aquél debía de ser un país muy rico en petróleo. Con una sonrisa se volvió de nuevo a la multitud para buscar a Kahlil. Y entonces lo vio, en el centro, un poco más alto que los demás, examinando unos caballos que le habían llevado para su aprobación.

Como si hubiera notado su interés, él se giró hacia ella y a Lucy le dio un vuelco el corazón cuando sus ojos se encontraron. Fuese lo que fuese lo que pensara de ella, jamás se había sentido tan orgullosa de él como en aquel momento, ni más satisfecha de que fuera el padre de su hijo.

Kahlil tuvo que hacer un esfuerzo al ver que Lucy había llegado.

Entonces se recordó a sí mismo que el deber era más importante que la vida privada. O al menos así había sido hasta ese momento, pensó al volver a mirarla. Su similitud con el archivo fotográfico de su familia no se había hecho tan patente hasta ese momento, pero era bastante increíble. Se fijó en su aspecto informal, en cómo se había recogido el pelo con una simple coleta, y no le hizo falta acercarse más para saber que no se había puesto maquillaje.

Lucy se sentía agradecida por haber elegido vestir con sensatez, con la ropa que llevaba al salir de palacio: unos pantalones de algodón y una camisa remangada a la altura de los codos. Lo último que quería era dar una imagen frívola. Era una madre trabajadora y no tenía intención de comportarse como una impostora para complacer a su príncipe del desierto.

Lucy se tensó cuando, tras terminar la conversación, Kahlil se giró hacia ella. Resplandeciente con su túnica del desierto, con unos pantalones de seda debajo, tenía todo el aspecto del futuro soberano de Abadan. Había determinación en sus pisadas según se acercaba a ella. En el momento en que Edward vio a su padre acercarse hacia ellos, comenzó a brincar de alegría.

Tras subir los peldaños que conducían al lugar donde se encontraban, Kahlil tomó a su hijo en brazos y lo levantó por encima de su cabeza. Sosteniéndolo arriba, se giró para mirar a los cientos de personas reunidas frente a él.

Los miembros de las tribus levantaron sus puños y emitieron un profundo grito de aprobación que recorrió la columna de Lucy en forma de escalofrío. Se dio cuenta, con una mezcla de orgullo y miedo, de que Edward ya era uno de ellos. Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 11

DEGUSTARON una comida deliciosa sentados con las piernas cruzadas sobre cojines. Les sirvieron una selección de delicatessen y el festín no llegó a su fin hasta que las sombras color púrpura comenzaron a extenderse sobre la arena color mostaza.

Kahlil dedicó casi todo su tiempo a Edward y, a pesar de que Lucy se lo pasaba bien viéndolos juntos, cada vez se sentía más frustrada, segura de que Kahlil estaba evadiendo deliberadamente sus intentos de sacar el tema de su futuro.

—Hay algunas personas con las que debo hablar cuando hayamos terminado de comer —dijo él mientras servían el café—. Edward debería irse. Será aburrido para él tener que quedarse sentado y en silencio.

—Pero pensé que nosotros íbamos a hablar —dijo Lucy viendo que la sirvienta ya se acercaba para llevarse a Edward. Se sintió mal al ver lo cansado que estaba el niño, pero sabía que nunca podría aceptar las órdenes de Kahlil en lo que a él respectaba. Preparándose para ir con él, Lucy se quedó perpleja al notar que Kahlil la tocaba en el brazo, deteniéndola.

—Edward está cansado —dijo él—. Las mujeres cuidarán de él. Tú podrás ir después a verlo.

—Pero tú tienes cosas que hacer aquí —señaló ella—. Sería mejor si me fuera con Edward.

—Aún tenemos cosas de las que hablar, y Edward necesita dormir. No hay nada más que puedas hacer por él hoy.

—Pero yo preferiría ir con él.

—Siéntate, por favor, Lucy.

Sin querer montar una escena delante de todo el mundo, Lucy se sentó junto a Kahlil mientras veía cómo Safia se llevaba a Edward a

la tienda de las mujeres.

—Antes de que hablemos, debo saludar a algunos de los ancianos de la tribu —explicó Kahlil—. Compartiré un vaso de té con ellos como manda la tradición.

—¿Cuándo hablaremos? —insistió Lucy.

—Tan pronto como termine. Si lo prefieres, puedes esperarme dentro del pabellón.

—No, aquí estoy bien. Me quedaré aquí. ¿Quieres que me vaya atrás para que puedas hablar en privado?

—No tengo nada que ocultar —dijo Kahlil con sequedad—, ni mi gente tampoco. Puedes quedarte donde estás.

Lucy sintió un escalofrío al ver que sus labios se tornaban en lo que parecía ser una sonrisa. Y él no tuvo prisa por apartar la mirada. Fue ella la que rompió el contacto visual, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón al recordar la pasión que habían compartido. Quería creer que hubiera algo más entre ellos aparte de un hijo y la atracción sexual.

Entonces Kahlil se giró y le hizo una señal a uno de sus ayudantes. A la señal, la fila de hombres que esperaban al pie de los escalones, comenzaron a caminar hacia ellos.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Lucy a Kahlil cuando el último de los ancianos se inclinó ante ellos—. ¿Quién es la enfermera Clemmy? —preguntó mientras sonreía al anciano según se iba reuniendo con los demás. El hombre había estado observándola durante toda la audiencia con Kahlil, exclamando cosas en su idioma, y entonces, cuando había estado hablando con Kahlil no había cesado de repetir el nombre de «enfermera Clemmy».

—La enfermera Clemmy era mi madre —dijo Kahlil—. Ahmed Mehdi Bhaya ha notado el parecido entre vosotras dos, como muchos de los demás.

—¿Me parezco a tu madre?

—Eres el mismo tipo de mujer —dijo él en un tono que Lucy no pudo evitar preguntarse si aquello sería bueno o malo

—¿Así que tu madre era enfermera?

—Sí, lo era.

—No pretendo fisgonear, si no quieres hablar de ella —dijo Lucy al ver la expresión en los ojos de Kahlil.

—Por supuesto que quiero hablar de ella. Pregunta lo que quieras.

—¿Cómo conoció a tu padre? —preguntó Lucy.

—Lo atendió en el hospital —contestó él—. Suena a cliché, pero ahí es donde termina cualquier cosa predecible y comienza la verdadera historia de amor.

Tenía a Lucy completamente enganchada. Casi no era consciente de que los sirvientes se habían retirado y de que los hombres de la tribu ya se dirigían hacia sus coches y camellos, de modo que estaban absolutamente solos.

—Continúa —dijo ella sin dejar de mirarlo.

—Ella era mayor que mi padre —dijo él mirando la puesta de sol—. Rompió todas las convenciones cuando mi padre la trajo aquí. No sólo era mayor, sino que insistió en seguir con su trabajo durante su matrimonio con el jeque soberano de Abadan, algo que nunca se había oído antes de que apareciese la enfermera Clemmy.

—Parece que fue toda una mujer.

—Lo fue.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Lucy con suavidad, pero viendo la mirada en los ojos de Kahlil, ya temía la respuesta.

—Un accidente en el desierto —dijo él—. Estaba intentando salvarle la vida a un niño que había caído por un barranco. Nunca debió haber salido al desierto ella sola.

La ira había comenzado a teñir su voz, y Lucy sintió una puñalada de culpabilidad al saber que su propia acción temeraria habría revivido los mismos sentimientos en él.

—Lo siento —dijo sabiendo que no sería suficiente.

—Pensé que mi padre nunca lo superaría. Nuestra gente ahora piensa que es un ángel que los observa desde el cielo, protegiéndolos del dolor, incluso concierta sus matrimonios por ellos.

—Parece una santa.

—Una santa con los pies en el suelo, y con un retorcido sentido del humor. Siempre decía que necesitaba el sentido del humor para sobrevivir a su nombre.

—¿Su nombre?

—Clementine Ballantine.

—Parece que los que tenían el sentido del humor eran sus padres —dijo Lucy con una sonrisa.

—Insistió en que se la llamase Clemmy, y consiguió llegar a la universidad, donde estudió para ser enfermera. Entonces se enamoró de mi padre y vino a vivir a Abadan.

—Has dicho que continuó trabajando.

—Revolucionó nuestro sistema médico, y adelantó la causa de las mueres de Abadan en varios cientos de años.

¿Entonces qué había ocurrido? ¿Cómo se había permitido que semejante legado hubiera desaparecido? Qué tragedia que nadie hubiese tomado el relevo de Clemmy. Y ahora era demasiado tarde, pensaba Lucy mirando a Kahlil. Ni él ni su padre permitirían que las cosas volvieran a ser como eran cuando la enfermera Clemmy estaba viva.

—Parece que fue una gran mujer —dijo Lucy con total sinceridad—. Ojala la hubiera conocido.

—Fue una gran mujer —murmuró Kahlil—. Realmente grande.

Lucy no supo bien cómo acabaron el uno en brazos del otro. En un momento estaba siguiendo la mirada de Kahlil hacia el horizonte, y de pronto lo estaba besando como si fuera la cosa más natural del mundo, algo que ambos deseaban y necesitaban igualmente.

—¿Hablaremos? —susurró ella cuando la soltó al fin.

—Más tarde —prometió Kahlil. Tras ponerse en pie la levantó a ella.

La luz de la luna tejía una red plateada sobre la cama, bañando la cara sonrojada de Lucy. Se preguntaba si algún día Kahlil se saciaría de ella, o ella de él. Ambos eran insaciables, pensó mientras pasaba los dedos por su pelo y Kahlil se deslizaba hacia la parte de debajo de la cama, colmándola de besos por el camino.

Kahlil le había ensañado la manera oriental de hacer el amor, extendiendo el placer hasta hacerla llegar a otro nivel de consciencia, y que la llevaba más allá de sus preocupaciones mundanas, y a otro lugar donde el placer mandaba y las sensaciones lo eran todo. Se sentía segura, feliz y completamente amada. La realidad no podía irrumpir allí, pensaba mientras él le separaba los muslos. Kahlil sabía hacer con su lengua más de lo que cualquier

otro hombre podría esperar aprender en su vida.

—¿Otra vez? —preguntó ella sorprendida cuando la agarró de las nalgas.

—Esto sólo es el calentamiento —dijo él antes de besarla de nuevo.

Los dos estaban hechos el uno para el otro. Esas palabras en su cabeza eran confirmadas por las acciones de Kahlil, y esas acciones estaban borrando cualquier pensamiento de su mente, de modo que sólo podía moverse con él, rítmicamente, agarrándose con fuerza a sus hombros.

Con un profundo sonido de satisfacción, Kahlil se apartó de ella.

—Eres una gata salvaje —dijo él mirando las heridas de guerra de sus brazos. Pero no parecía preocupado mientras la acercaba más a su cuerpo—. No me canso de ti —añadió, y a Lucy le pareció detectar un toque de sorpresa en su voz—. Pronto me será imposible vivir sin ti.

—¿Realmente te importo?

—Claro que me importas —dijo él impacientemente—. Por eso soy capaz de decirte esto.

—¿Qué? —susurró Lucy con ternura retirándole un mechón de pelo de la cara. Ése era el hombre que quería como padre de su hijo. Ése era el hombre que sabía que podría amar—. ¿Qué quieres decirme, Kahlil?

—Quiero hablarte de que nos casemos.

—¿Que nos casemos? —preguntó ella casi sin aliento—. Pero. Kahlil…

—Por el bien de Edward —interrumpió él—. No puedes ser mi amante. Los padres de Edward tienen que estar casados.

Lucy sintió una alegría inmensa en todo su cuerpo que la transportó a un lugar con el que antes tan sólo había soñado. Pero cuando miró a los ojos de Kahlil esperando ver en su cara el reflejo de su alegría, no vio nada.

—Edward tiene que ser legítimo si va a heredar el trono de Abadan algún día —explico Kahlil mientras se sentaba.

—Ya veo.

—Así que te propongo que nos casemos. ¿Qué opinas?

Lucy tragó saliva y se dio tiempo para recomponer sus pensamientos. Quería sentirse como cualquier mujer se sentiría en

un momento como ése, quería sentirse segura. Pero no se sentía así. Se sentía de cualquier manera menos segura de sí misma. Había algo que Kahlil no había dicho. Había comenzado con una proposición cuando debería haber habido unas cuantas palabras de preparación antes, o una mirada especial. Pero no había habido nada.

—Sólo sería por un tiempo, por supuesto —dijo él como si aquella idea fuera a proporcionarle algo de ánimo—. Yo redactaría un contrato en condiciones. ¿Qué te parecen seis meses?

Seis meses. El tiempo suficiente para establecer la legitimidad de Edward antes de admitir al mundo que habían cometido un error.

—Venga, Lucy, seguro que te das cuenta de lo buena idea que es. No te estoy pidiendo nada.

—¿Que no… que no me estás pidiendo nada? —repitió ella sintiéndose casi incapaz de respirar—, ¿Es eso lo que piensas, Kahlil?

Salió de la cama envolviéndose con la sábana para alejarse de él.

—¿Y después de seis meses? ¿Qué pasaría entonces, Kahlil?

—Entonces es cuando te libero —dijo él saliendo de la cama para ir a reconfortarla.

—¡Apártate de mí! —le advirtió Lucy dando un paso atrás. Agarró la túnica de Kahlil y se la lanzó—. Ponte eso. No puedo soportar mirarte.

Kahlil frunció el ceño y se dio cuenta de que él también estaba desnudo. Se colocó la túnica por encima de la cabeza y miró a Lucy.

—¿Por qué no escuchas lo que tengo que decir antes de seguir lanzándome acusaciones?

—Te escucharé —dijo Lucy con firmeza, encarándolo. No iba a darle la satisfacción de derrumbarse.

—Nos casaremos —dijo Kahlil—. Edward será legitimado y reconocido por el consejo como mi heredero. Y entonces, en seis meses, te garantizo un divorcio. Serás libre, Lucy. Libre de hacer lo que desees. Sabes que nunca impediría que vieses a Edward. Comprendo lo mucho que lo amas.

Aquello era demasiado. Lucy estuvo a punto de derrumbarse. Dudaba que Kahlil supiera algo del amor, por no hablar del amor que ella le profesaba a Edward. ¿Pero qué pasaba con el amor que sentía hacia el hombre que tenia enfrente? Ésa era la verdadera

tragedia, pensaba Lucy mientras él seguía exponiendo sus ideas sobre el matrimonio de conveniencia. El jeque Kahlil de Abadan le había roto el corazón, y nada de lo que pudiera hacerle a partir de ese momento podría causarle más dolor.

—No quiero levantar falsas esperanzas —dijo Kahlil—. Tienes que comprender que tú nunca podrías sentarte junto a mí en el trono de Abadan. Tendremos que divorciarnos. Pero te prometo que viviremos al margen de la vida pública. Nunca te sometería a los cotilleos. La gente difícilmente sabrá lo que ha ocurrido.

En ese momento Lucy estuvo a punto de golpearlo. La furia se acumulaba en su interior. Era lo suficientemente buena como para tener a su hijo, pero no lo suficientemente buena como para sentarse junto a él en el trono.

¿Pero de qué serviría la ira? Haría eso por el bien de Edward. Por el bien de Edward se casaría con el hombre al que amaba y seis meses después sería humillada cuando se divorciara de ella frente al mundo entero.

—Te diré más —dijo Kahlil al ver que Lucy permanecía callada —. Puedes irte a casa con Edward, tan pronto como quieras. Esto ha sido un shock muy fuerte para todos. Veo que necesitas tiempo. Deberías tener tiempo, y voy a darte todo el tiempo que necesites.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó ella. Un sentimiento de irrealidad apareció en su mente. Irse a casa era lo que más deseaba en el mundo. Pero ahora que había llegado el momento, la idea de abandonar Abadan la atemorizaba. Entonces Edward apareció en su cabeza y su cara se suavizó.

—Eso está mejor. Estaba empezando a pensar que nunca más volvería a verte sonreír. Sé que esto te parecerá una maquinación. Pero Edward no puede ser heredero al trono según la ley hasta que no nos casemos. Es un hecho, y no hay nada que nosotros podamos hacer por evitarlo, imagino que tú querrás que Edward herede el trono de Abadan a su debido tiempo.

La estaba mirando, pero Lucy tenía la mente en blanco. Aquélla no era la batalla que había pretendido luchar. Se había convertido en algo espantoso, algo tremendamente amargo y decepcionante.

—Matrimonio —susurró ella distraídamente.

—Nuestra relación debe ser legalizada y reconocida en Abadan.

—¿Nuestra relación? ¿No te refieres al sexo?

—No rebajes lo que tenemos, Lucy —dijo Kahlil frunciendo el ceno—. Simplemente estoy exponiendo los hechos claramente. Sé que necesitas tiempo para pensar en esto, pero no tienes por qué preocuparte. Pondré a mi equipo legal a trabajar en ello ya mismo. Y si tienes dificultad en encontrar un abogado que te represente, estoy seguro de poder ayudar.

—No, gracias —dijo Lucy—. Soy perfectamente capaz de ocuparme de ese tipo de cosas.

—Si tan segura estás.

—Estoy segura.

—Lucy —dijo Kahlil acercándose para poder retirarle un mechón de pelo de la cara—, ven aquí conmigo.

Lucy se movió como una muñeca y acabó en sus brazos.

—Estoy seguro de que entiendes que necesitamos un poco de tiempo separados —murmuró él.

Entonces acarició con su cara la mejilla de Lucy y ella sintió su calidez, inhaló su esencia y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. ¿Era así como el jeque se deshacía de una amante cuando se cansaba de ella?

—Iré a ducharme y luego a vestirme —dijo ella secándose los ojos discretamente—, y luego podremos ultimar los detalles.

Capítulo 12

LA CASITA de campo de Lucy en Westbury en una fría mañana de marzo era un mundo completamente diferente al romance sensual que había vivido en el desierto. Y en cuanto al palacio dorado, no parecía más que un espejismo en el desierto, como todo lo demás en Abadan.

Descorrió las cortinas y observó la calle principal que atravesaba el pueblo. La carretera brillaba a causa del hielo, haciendo que el desierto pareciera más lejano que nunca. Abadan no parecía más que un reino de fantasía con el que hubiera podido soñar el más creativo de los directores de cine.

Al menos Westbury Hall parecía magnífico después de su lavado de cara. El trabajo en el edifico estaba casi acabado. Puede que sus propios sueños se hubieran hecho añicos, pero se sentía contenta de que alguien hubiera aceptado el desafío. Los rumores decían que había sido transformado en un hotel de lujo y en un balneario, y era la explicación más probable al complejo de ocio que había sido levantado. Incluso había un helipuerto en el tejado. Al ver que Edward reclamaba su atención, se dio cuenta de que el niño estaba ya cerca de dar sus primeros pasos sin ayuda, y se sintió algo culpable de que Kahlil no pudiera estar allí para verlo. Pero Kahlil había tomado una decisión y tendría que vivir con ella, al igual que ella tendría que enfrentarse a la perspectiva de un matrimonio sin amor.

Sin amor pero no por su parte, pensaba con frustración. Ella tenía el control de todos los demás planos de su vida, pero en lo que respectaba a Kahlil, parecía haber perdido el contacto con la realidad. Él no tenía amor que ofrecerle, y ya iba siendo hora de aceptarlo. El suyo sería un matrimonio de conveniencia.

Y gracias a Kahlil también tenía visitantes silenciosos con los que enfrentarse. Sus agentes de seguridad estaban siempre alrededor, y no sólo el hombre que estaba alojado en su habitación de invitados. Se dio cuenta de que había más aparcados al otro lado de la carretera en un sedán negro. Era fácil reconocerlos.

Tras apartarse de la ventana para prepararle el desayuno a Edward, Lucy no pudo evitar pensar en el matrimonio que se avecinaba. Se había convertido en algo parecido a una celebridad en el pueblo, y en la envidia de todas sus amigas. Sólo que ella sabía la realidad de la situación. No había nada de romántico en un matrimonio de conveniencia. Y con los guardaespaldas a su alrededor, se sentía tan prisionera en Westbury como se había sentido en Abadan. Pero tenía que disimular sus sentimientos delante de Edward. Estaba decidida a que el niño nunca sufriera porque no hubiera amor entre sus padres, ni que supiera la humillación que sentía al no ser considerada una consorte apropiada para el príncipe de la corona de Abadan.

Lucy dio un brinco al escuchar el timbre de la puerta, y por un momento estuvo segura de que sería Kahlil. Se apresuró a mirar por la ventana del hall y vio que se trataba únicamente del cartero, que llevaba un paquete para ella.

¿Realmente había imaginado que el jeque Kahlil de Abadan se presentaría en su puerta sin avisar como el más común de los mortales?

—¿Qué diablos es esto? —preguntó mientras el hombre llevaba el enorme paquete al hall.

—Ni idea —dijo él—. Firme aquí, por favor. Tengo tres más para usted en la furgoneta.

—¿Tres más?

Cuando el hombre se hubo marchado, ella se hundió en el suelo junto a las cajas. La única cosa por la que no se hundió allí mismo fue Edward. Estaba decidida a no dejar que el niño la viera llorar ante lo que estaba segura que sería su vestido de novia con los accesorios.

En la primera caja encontró un fabuloso velo cubierto de perlas, levantándolo para verlo bien, supo que debía de estar destinado a otra persona, porque era muy hermoso. Incluso con la evidencia de las ropas que llevaría el día de su boda, el matrimonio con Kahlil

jamás le había parecido más irreal.

Tras haber abierto las otras cajas, Lucy se sentó en el suelo. Después de todo Kahlil la había comprado, y por el precio de un vestido y unas cuantas baratijas.

Para las fotografías. No sería bueno para Edward saber que el matrimonio de sus padres fue algo pactado, decía la nota adjunta.

Kahlil tenía razón una vez más. No había razón por la que Edward debiera sufrir las consecuencias de los errores de su madre. Lucy siguió leyendo y descubrió que Kahlil llegaría al día siguiente.

Se sentía débil sólo de pensar en su llegada. Nunca sabía qué esperar de él, o lo que estaba pensando. Quizá algún día alguien llegase a atravesar su coraza y a conocer al verdadero hombre, pero no sería ella, por mucho que lo deseara. Lo había intentado y había fracasado en conseguir atravesar su fachada de acero.

—Vamos, jovencito —dijo ella girándose hacia Edward, que ya estaba fisgoneando en las cajas—. No hay nada para ti aquí.

Mientras llevaba a Edward a la cocina para preparar el desayuno, siguió leyendo. Kahlil había escrito que se celebraría una discreta ceremonia civil en Westbury Hall. Por lo que parecía, sí iba a ser un hotel, pensó Lucy mientras miraba por la ventana de la cocina. No pudo evitar pensar en la ironía de la situación. Tanto los planes de «Kahl» como los suyos para Westbury Hall habían resultado ser un desastre, y ahora iba a casarse allí con Kahl.

Desde prácticamente todas las ventanas de su casa, Lucy podía ver Westbury Hall. Así era como la idea de renovar el edificio había surgido en su cabeza hacía tiempo. En ese momento no podía apartar la vista, sabiendo que su boda iba a celebrarse allí. Esperaba que los decoradores acabaran a tiempo, pero sabiendo la influencia que tenía Kahlil no sólo en Abadan, estuvo segura de que los nuevos dueños se asegurarían de que todo estuviese listo.

Mientras calentaba la leche de Edward vio cómo otra furgoneta giraba y atravesaba las imponentes puertas del edificio, y entonces sintió una punzada de remordimiento. Había deseado con todas sus fuerzas poder restaurar el edificio, pero el desafío se le había ido de las manos, igual que el otro desafío que había encontrado allí, y que se había hecho llamar Kahl.

El resto del día pasó como un torbellino de actividad. Lucy tenía hora en el salón de belleza para una manicura y un masaje. Puede

que fuera una pérdida de tiempo, pero no tenía razón para no estar guapa cuando el jeque Kahlil de Abadan se presentara en su puerta.

Más tarde, mientras Edward dormía, Lucy subió las escaleras y fue a la habitación del niño para observarlo. Parecía inocente y despreocupado, con sus manitas apretadas como si le estuviera apretando el dedo, o el de su padre. Los únicos momentos en que veía a Kahlil suavizarse eran cuando estaba con su hijo. Entonces veía la otra cara del jeque, un hombre que podría haber sido un buen hombre de familia.

—¡No seas ridícula! —murmuró Lucy con impaciencia. Ya era hora de dejar de comportarse como una tonta romántica en lo que a Kahlil respectaba.

Tras abandonar la habitación de puntillas y dejar la puerta entreabierta, regresó abajo y fue a su estudio y corrió las cortinas. Todos sus papeles importantes estaban todavía sobre el escritorio, donde los había dejado.

El contrato matrimonial que sus abogados le habían pedido que firmara ocupaba un lugar de honor.

Ella se había negado a que le pagaran nada que pudiera necesitar, y Kahlil lo había respetado. Pero sabía que cualquier cosa que Edward pudiera necesitar sería subvencionada. Habría continuos viajes entre Abadan y Westbury, y pasarían más tiempo en Westbury de lo que Lucy habría imaginado. Leila iba a conseguir el trabajo de niñera a jornada completa, lo cual significaría una mayor estabilidad para Edward.

Kahlil había pensado en todo, excepto en el amor, pensó ella dejando el bolígrafo que tenía en la mano. No quería leer aquello, no podía firmar un documento tan frío e impersonal. Pero siempre que Kahlil quisiera a Edward, lo demás no importaba.

Lucy sabía que la única cosa que quería, la única cosa que tenía derecho a esperar era la custodia compartida de su hijo. Kahlil ya había accedido a darle eso sin pelear. Debería estar satisfecha, pero sin embargo se sentía inquieta sin saber por qué.

Comenzó a tener frío y se dio cuenta de que el fuego casi se había apagado en la chimenea. Se sintió contenta por tener algo práctico que hacer. Añadió más carbón y volvió a avivar el fuego, luego se sentó sobre sus talones.

—Pronto seré una esposa y una princesa —dijo en voz alta. La

palabra «princesa» le sonaba tan extraña que la llenaba de aprensión—, Y entonces, en seis meses, o menos, volveré a ser una mujer libre.

Toda la maquinaria del matrimonio seguiría adelante con o sin su cooperación. Los empleados de Kahlil estaban haciendo todos los preparativos.

—Perfecto. Así me ahorro el sacrificio —susurró tratando de aguantar las lágrimas.

«Kahlil llega hoy», fue el primer pensamiento de Lucy al levantarse. Se sentía agradecida por tener que ocuparse de Edward. Así tenia otra cosa que hacer en vez de mirar por la ventana cada cinco minutos.

En la carta había dicho que llegaría a las nueve. Así que a las ocho Lucy estaba en la mesa de la cocina construyendo torres con cubos de plástico con Edward. Resultaba que la mesa estaba junto a una ventana que daba a la carretera.

Edward lo vio primero, o mejor dicho vio la limusina negra que apareció fuera. Y entonces Kahlil salió del coche y se dirigió hacia la puerta casi sin dar tiempo a que la limusina se detuviera. El corazón de Lucy le martilleaba con fuerza en el pecho. Había olvidado lo alto que era, lo poderoso, incluso con el traje formal que llevaba, parecía tan regio.

Ella se mantuvo oculta viendo cómo Kahlil se detenía frente al porche para observar la casa. Había una nota de humor en sus ojos, y Lucy se sonrojó al darse cuenta de que estaría recordándolo todo sobre su primer encuentro. Edward estaba en sus brazos pataleando, ansioso por ver a su padre.

—Un minuto, por favor —dijo Lucy con firmeza viendo cómo Kahlil se daba la vuelta para observar Westbury Hall. Claro, allí era donde todo había comenzado. Se le encogió el corazón cuando Kahlil volvió a darse la vuelta y se acercó al timbre.

Ella también lo recordaba todo, cada vez que pasaba bajo las puertas de Westbury Hall. Cada vez sentía el mismo escalofrío, la misma seguridad de que no había hecho nada malo.

—¿Cómo pudo ser malo cuando te tuve a ti? —le dijo a Edward al llegar a la puerta.

El guardaespaldas que Kahlil había insistido en que estuviera con ella bajó las escaleras como un rayo, interponiéndose entre ella y la puerta y abriendo para inclinar después la cabeza. Una ráfaga de aire fresco y canela atravesó la puerta cuando Kahlil entró en el pequeño recibidor.

—Lucy —dijo él.

Allí, en aquel recibidor sombrío, parecía inmenso, magnífico. El jeque Kahlil de Abadan tenía una presencia inmensa, pensaba Lucy mientras trataba de aguantarle la mirada. Se había preparado para ese momento. No esperaría nada y así no se sentiría decepcionada. Eso era lo que se había dicho a sí misma. Pero se sentía decepcionada. No había nada, nada en absoluto entre ellos, pensaba mientras Kahlil tomaba a Edward en brazos.

—¡Hijo mío! —exclamó él con suavidad y emotividad mientras abrazaba a Edward por un momento.

Lucy se dio cuenta de que realmente nunca podría haber estado preparada para eso, para ver cómo Edward miraba la cara de su padre con admiración, ni para el pozo de deseo que se abrió en su corazón. ¿Pero qué había estado esperando? ¿Que ambos acabarían en brazos de Kahlil como si fueran una familia normal? ¿Que sería saludada como la futura esposa de Kahlil con amor y besos de ternura ante la expectativa de tener una vida juntos de felicidad y plenitud?

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó ella obligándose a ser cortés.

Kahlil frunció el ceño ligeramente.

—Podría haber traído el helicóptero —dijo mirando hacia Westbury Hall—. No me di cuenta de que ya habían terminado el tejado.

Lucy lo miró asombrada. Aquel comentario estaba tan lejos de sus propios pensamientos, que le llevó un momento contestar.

—Eso habría sido más conveniente para ti —dijo al fin sin estar muy segura de que estuviera escuchando.

—¿Entramos? —preguntó él mirando más allá de Lucy, hacia el interior de la casa.

—Sí… sí, por supuesto —dijo ella mientras caminaba por el pasillo delante de él—. Has tenido un viaje largo. ¿Quieres ir a la cocina a tomar un café o un té, o a desayunar?

Había algo extrañamente irreal en invitar al jeque Kahlil de Abadan a su humilde cocina a tomar un café. Claro que Kahlil no se había mostrado receloso a la hora de comer y beber en su cocina casi dos años antes, pensó viendo cómo él colocaba a Edward sobre su manta.

—Has hecho algunos cambios —observó Kahlil.

—Para la seguridad de Edward —dijo Lucy mientras se daba la vuelta para preparar las tazas—. La cocina conserva el calor —añadió dándose la vuelta para explicarse—, así que puse un marco de seguridad con una puerta que encaja en él. Aunque no creo que pase mucho hasta que aprenda a abrirla. ¡Edward! —exclamó volviendo a dejar las tazas.

Kahlil se quedó perplejo al ver cómo Edward daba sus primeros pasos sin ayuda. Con los brazos extendidos caminó decidido hacia su padre y, finalmente y con aire triunfante, se agarró a las piernas de Kahlil.

Lucy se llevó la mano al pecho y tomó aire.

—Me alegro tanto de que hayas estado aquí para verlo —dijo ella honestamente.

—Yo también —dijo Kahlil con la voz rasgada por la emoción mientras levantaba a Edward en brazos.

Lucy se giró ligeramente, no queriendo estropear ese momento entre los dos. Pero no podía evitar temblar ante la idea de que, cada paso que Edward se acercaba a su padre, era un paso que se alejaba de ella.

Cuando Edward reclamó su atención, se sintió renovada de nuevo y fue corriendo hacia él para compartir su alegría, sin importarle que, mientras abrazaba a Edward, quedó presionada con fuerza contra Kahlil. Puede que no quedase nada entre ellos, pero aquél era un momento muy especial.

Kahlil sugirió que Edward debería ir a dar un paseo en el carrito.

—No te preocupes, Lucy. He traído a una amiga de Abadan —dijo él caminando hacia la puerta.

—¡Leila! —dijo Lucy al ver a la muchacha—. Me alegro de verte.

—Yo también —dijo Leíla cariñosamente—. ¿Me llevo a Edward?

—Pareces haber pensado en todo —le dijo Lucy a Kahlil, viendo cómo Edward estiraba los brazos hacia su padre mientras Leila se lo

llevaba.

—Edward quiere a su papá, ¿verdad, Edward? —dijo Leila, que, sin saberlo, estaba atravesando el corazón de Lucy con sus palabras —, Pero podemos ir a dar de comer a los patos, si quieres.

Aquella sugerencia pareció convencer al niño. Lucy se dio cuenta de que la influencia de Kahlil volvía a notarse, y sólo había regresado a su vida hacía unos minutos.

—¿Te quedan bien todas las cosas que te envié para la boda? —preguntó él cuando la puerta se cerró tras Leila y el niño.

—Perfectamente —dijo Lucy sin poder evitar mirar sus dedos fuertes y bronceados, dedos que habían hecho maravillas en cada centímetro de su cuerpo.

—Bien.

Cuando sus miradas se encontraron, Lucy se giró, sintiéndose extraña. No estaba segura de lo que Kahlil esperaba de ella.

—Ya he recuperado a algunos de mis antiguos contactos —dijo Lucy tratando de mantener una conversación casual—. Estaré ocupada después de la boda.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que empezaré a trabajar enseguida.

—¿Estás loca? —preguntó él mirándola asombrado.

—Siempre supiste que yo continuaría trabajando. Está escrito en el contrato que hay sobre mi escritorio. Estuvimos de acuerdo en que…

—Trabajarás —dijo él—, pero no aquí, no en este país. Yo tengo mucho que hacer en Abadan. Deberás estar conmigo la mayor parte del tiempo, y yo no esperaría que te quedaras sentada todo el día sin hacer nada. Mi gente espera que…

—Nuestra gente, aunque sea por seis meses —dijo Lucy tratando de permanecer fría y razonable.

—Nuestra gente. La gente de Abadan esperará vernos juntos, llevando a cabo ciertas obligaciones oficiales.

A Lucy se le estaba acabando la paciencia. Kahlil parecía tenerlo todo preparado de antemano. A ella no le habían consultado nada.

—¿No es eso un poco moderno? —interrumpió ella.

—No para mí —dijo él—, ni para la gente de Abadan. ¿Por qué, Lucy? ¿No te crees capaz de hacerte cargo?

—Claro que puedo hacerme cargo —dijo Lucy notando cómo su

rabia aumentaba. Estaba decidida a no quedarse en el lugar en que Kahlil dijera: la esposa devota y obediente, la mujer sin ideas propias, la persona de la que se desharía a voluntad cuando quisiera.

—Bien, entonces está arreglado. Mañana, después de la boda…

—¿Mañana?

—¿Hay razón para esperar?

—En Abadan dijiste que necesitaba tiempo —exclamó Lucy—. Dijiste que ambos lo necesitábamos. Dijiste que tendría todo el tiempo que necesitara para hacerme a la idea.

—Tuve que adelantar las cosas. Tengo responsabilidades. Se están llevando a cabo las formalidades.

—Parece que se está llevando a cabo todo —dijo Lucy.

—Los invitados han sido informados y ninguno se ha quejado —señaló Kahlil con impaciencia—. No veo por qué te muestras tan vacilante.

—¿Ah, no? —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Es mi vida de lo que estamos hablando, Kahlil, y no dejaré que me controles.

—Harás lo que sea necesario.

—Haré cualquier cosa por Edward —convino Lucy—, Pero si por un momento piensas que vas a poder darme ordenes, que me convertiré en tu esclava en el momento en que nos casemos, estás equivocado. Accedo al matrimonio por Edward, no por mí, y desde luego no por ti.

—En cualquier caso, nos casaremos mañana —dijo Kahlil—. E inmediatamente después de la boda, tú y Edward me acompañaréis a Abadan.

Lucy no podía creerse lo que estaba oyendo. Había estado segura de que tendría tiempo. Se había mostrado complaciente, demasiado complaciente.

—Mañana habrá una ceremonia civil en Westbury Hall —continuó Kahlil sin ningún remordimiento—. Eso es para que nuestro matrimonio sea reconocido en tu país. Cuando regresemos a Abadan tendremos una segunda ceremonia para que mi gente pueda conocerte y aceptarte como mi nueva esposa.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Lucy se miró las manos y vio que estaban temblando.

—No me di cuenta… quiero decir que no pensé que Edward y yo

tuviéramos que marcharnos a Abadan tras la boda.

Kahlil dio un paso hacia delante, como si pensara que Lucy necesitaba consuelo.

—No —dijo ella—. No me toques. No puedo creer que vayas a obligarme a casarme de esta manera.

—¿Obligarte? —preguntó Kahlil con frialdad—. Ambos estuvimos de acuerdo por el bien de Edward.

—Sí, estuvimos de acuerdo, pero dijiste que ocurriría cuando estuviese preparada.

—No puedo esperar por siempre, y el momento es apropiado.

—¿Para quién? —dijo Lucy, pero sabía que estaba malgastando saliva. Y en efecto había accedido a hacerlo. No se echaría atrás—. Muy bien, pero no dejaré que vuelvas a manipularme.

—¿Manipularte?

—Primero Westbury Hall y ahora nuestro matrimonio.

—¿Westbury Hall? —preguntó Kahlil.

—Sí —dijo ella, incapaz, de contener sus sospechas por más tiempo—. Ibas detrás de algo, ¿verdad? —preguntó, y al ver su cara supo que había dado en el clavo—. Así que tengo razón. ¿A qué viniste realmente aquel día? ¿Qué pretendías? ¿Te habías metido a una agente inmobiliaria en el bolsillo? ¿O le diste el chivatazo al consorcio que la compró? ¿O quizá simplemente querías robarme las ideas para la renovación?

—Tus ideas siempre fueron de dominio público.

—Westbury Hall no significa nada para ti —dijo Lucy amargamente—. Para ti sólo era un juego, uno que tenías que ganar. Tú nunca sabrás lo que Westbury Hall significa para mí. Yo adoraba a la anciana que vivía allí, mis padres trabajaron para ella toda su vida. La amábamos, y la señora Grace nos amaba a nosotros. ¿Pero cómo puedo esperar que lo comprendas? Si tú no sabes lo que es el amor, ¿verdad, Kahlil? No tienes ni la más mínima idea. Tú sólo te haces cargo de las vidas de la gente. Eso es lo que se te da bien. No tienes ningún respeto por nadie. Yo no era más que una pequeña compensación junto con cualquiera que fuese el trato que estuvieras haciendo.

—Me voy —dijo Kahlil con voz firme, como si fueran dos extraños—. Estoy seguro de que tendrás cosas que preparar para mañana. Confío en que las reuniones de negocios que hayas

organizado puedan ser pospuestas —añadió deteniéndose junto a la puerta.

—Sí, por supuesto.

—Excelente —dijo él, y salió sin mirar atrás.

Lucy se sentía mareada y de pronto nada de eso parecía real. Se sentía como si hubiera estado en un remolino y hubiera aterrizado en un lugar que no reconocía, un lugar donde no tenía posibilidades de sobrevivir.

Lucy se preparó antes de abandonar el carruaje tirado por caballos. Kahlil había insistido en alquilar un carruaje, aunque su casa estuviera a tan sólo unos metros de Westbury Hall. Había dicho que debía dar una vuelta por el pueblo para que la gente pudiera verla y para que pudieran hacerse fotografías del evento, por el bien de Edward. Y ella había aceptado. No quería que su hijo pensara que el matrimonio de sus padres había carecido de amor. Seria mejor para él creer que había sido un cuento de hadas que había perdido la magia.

Uno de los hombres de Kahlil se acercó para ayudarla con los escalones y ella levantó la cabeza para saludarlo. Era otro de los hombres a los que se estaba acostumbrando, intercambiables, como piezas de ajedrez, pero más peligrosos. Lucy ya sentía un sutil cambio en su posición al ver cómo él se colocaba a su lado. No era simple amabilidad lo que hizo que el hombre estirara el brazo para ayudarla mientras se levantaba la falda, sino que era su deber protegerla de cualquier daño a partir de ese momento.

Se alisó los pliegues del vestido tras bajar del carruaje y miró cómo las puertas de Westbury Hall se abrían para admitirla. Cuando comenzó a subir las escaleras una ráfaga de sonido y luces comenzó a salir por la puerta, y ella se sintió aliviada por tener el ramillete para agarrarlo con fuerza. Había insistido en elegir las flores para el ramo de boda: junquillos y tulipanes que ella misma había atado con un cordel púrpura.

Manteniendo la cabeza gacha para concentrarse en los zapatos de satén que llevaba, Lucy se dio cuenta de que tenía las manos blancas y temblorosas. Los zapatos parecían de cuento de hadas, al igual que la capa de satén color marfil que llevaba sobre el vestido

de novia. Pero ése no era su cuento de hadas. Era una impostora.

No se echaría atrás. No haría nada que pusiera en peligro la felicidad futura de Edward.

La evasión de Kahlil el día anterior aún rondaba por su cabeza, pero Lucy había encontrado la manera de afrontar la farsa que suponía el día su boda. Disfrutaría de la sensación de la seda y el satén sobre su piel desnuda al igual que haría una actriz que representara un papel

Y se dio cuenta de que eso era realmente lo que estaba haciendo. Estaba interpretando un papel por el bien de Edward. Y lo interpretaría a la perfección.

Levantó la cabeza con orgullo y vio a Kahlil, esperándola con Edward a su lado, en brazos de Leila. Y entonces se fijó en el resto de la gente, a la mayoría de la cual no conocía.

A algunos sí, claro, amigos del pueblo, de sus días de colegio, de la universidad, y familia cercana y lejana. Se dio cuenta de que Kahlil se había tomado muchas molestias, y se preguntó cómo diablos habría llegado todo el mundo a tiempo.

Y luego estaban los dignatarios de países extranjeros, con ribetes y medallas, y joyas, todos esperando su llegada. Parecía increíble, imposible.

Tragó saliva y trató de ir hacia delante, pero su seguridad parecía haberla abandonado y sus pies parecían pegados al suelo. Entonces Kahlil se colocó a su lado y su mano helada fue envuelta por la de él. Le permitió que le guiara el camino hacia delante, lenta y cuidadosamente, como si ella fuera algo preciado que pudiera romperse si la trataba con brusquedad.

Pero tan pronto como Kahlil notó que su fuerza regresaba, la soltó, y Lucy supo que habría sido mejor si no la hubiera agarrado y hubiera esperado a que algún miembro de su personal la hubiera llevado hasta él. Aquella consideración no hizo más que recordarle a Lucy el hecho de que, por muchas razones que tuviera para odiarlo, estaba enamorada de él. El jeque Kahlil de Abadan era más que el padre de su hijo, era el único hombre al que siempre amaría. Era su mundo. Pero para él, ella no era más que una esposa de conveniencia, una mujer que le había proporcionado un hijo.

Lucy estuvo muy serena durante toda la ceremonia, comportándose impecablemente, respondiendo cuando se le pedía,

e incluso sonriendo a Kahlil más tarde, mientras bailaban juntos. Le habría perdonado su indiferencia en un instante, habría olvidado cada una de sus sospechas hacia él por sólo una palabra de ternura, una mirada, una sonrisa, algo íntimo y privado entre ellos. Pero se comportaba con ella como un completo extraño. Cuando finalmente la llevó de nuevo a la silla junto a la mesa, Lucy miró a su alrededor. Al ver a las personas que habían ido a su boda, se dio cuenta del hecho de que Kahlil era una figura inmensamente poderosa a lo largo y ancho del mundo. Y ella era…

—La madre de mi hijo —dijo Kahlil para presentar a Lucy al embajador de Abadan.

—Es un honor conocerla al fin, princesa —dijo el hombre.

—Es un placer conocerlo, embajador —dijo ella recuperándose rápidamente de la sorpresa. Tanto el hecho de que Kahlil la hubiese presentado, como el uso de su nuevo título por parte del embajador la habían pillado desprevenida.

—Espero que me disculpes durante unos minutos —dijo Kahlil.

«De buena gana», pensó Lucy mientras Kahlil se alejaba con el embajador. Ella necesitaba tiempo para recomponer sus pensamientos, para aceptar que, por muy corto que fuese a ser su matrimonio, su vida había cambiado para siempre. Observó cómo la gente se apartaba al paso de Kahlil, agachando la cabeza a modo de reverencia, y supo que nunca se acostumbraría a que el jeque Kahlil de Abadan fuese su marido.

Una vez sola, Lucy comenzó a relajarse y a disfrutar de la celebración. Había mucha gente interesante con quien hablar, y amigos y familiares cercanos. Obviar el tema de su nuevo marido parecía ser algo a lo que se estaba acostumbrando bien, y poco después comenzó a creer que sería capaz de pasar el resto de la recepción.

Fue una conversación casual la que acabó con ese idilio.

—Y pensar que Westbury Hall va a volver a ser una casa privada, después de tantos años.

—¿Perdón? —dijo Lucy. La alcaldesa de Westbury había ido a sentarse con ella y había estado hablando sin parar durante casi veinte minutos—. Lo siento, ¿pero estaba intentando decirme algo sobre Westbury Hall?

—Debes estar orgullosa de tu marido —dijo la alcaldesa.

—Estoy orgullosa —dijo Lucy automáticamente.

—Tiene una figura excepcional con su traje, y me imagino que también la tendrá con ropa árabe. ¿Sabes que su madre era también inglesa?

—No pretendo interrumpir —dijo Lucy, desesperada por parar el torrente verbal de la mujer—, pero pensé que esto iba a ser un hotel.

—Todos lo creíamos, querida, hasta esta mañana. Pero nos han dicho que no. Y en mi caso me lo ha dicho tu marido en persona. Hay muchos sirvientes —continuó mirando a su alrededor, ajena a la sorpresa de Lucy—. ¿Qué puede esperarse cuando un jeque elige vivir en nuestro pueblo? Pensar que vamos a tener a la realeza viviendo entre nosotros.

Lucy sintió que se quedaba sin aire. Puso una sonrisa falsa y asintió educadamente. Kahlil había comprado Westbury Hall para su uso personal. La alcaldesa tenía que haberse equivocado.

Lucy ardía de vergüenza al recordar su sorpresa y alivio al haber conseguido vender el edificio por más de su valor de mercado, a un consorcio de empresarios, según le había dicho el agente. Ahora se daba cuenta de que había sido la manera que Kahlil había tenido de liquidarla. Él había estado tras la compra desde el principio. Se preguntaba si habría sido para apaciguar su conciencia, recodando la manera en que la había abandonado tras su noche de pasión.

Ese matrimonio había sido organizado por él. Ponía la nota de respetabilidad en su desafortunado error. Pero Kahlil podía permitírselo. Para un hombre tan rico aquello era una ganga. Por el precio de una boda había conseguido el heredero que siempre había deseado, con una esposa para usar mientras le placiera.

—Bueno, ya te he apartado de tu flamante marido durante demasiado tiempo —dijo la alcaldesa ajena al dolor de Lucy—. Debo dejarte ir con él. Os deseo toda la felicidad del mundo, querida —concluyó dándole un beso en la mejilla a Lucy.

—Gracias —dijo ella mirando a Kahlil con severidad. Aceptando su desafío, él se acercó atravesando por en medio de la multitud. Una vez más Lucy vio cómo se abría un camino automáticamente a su paso.

—¿Lucy? ¿Qué ocurre?

—Tengo que hablar contigo —dijo ella mientras se levantaba.

—Claro —dijo Kahlil despreocupado mientras alcanzaba una silla.

—En privado —remarcó Lucy.

—Muy bien —convino él mirando a su alrededor—. Dudo que nadie se dé cuenta de que nos hemos ido. Deja que te ayude.

Lucy no tuvo más opción que agarrarlo del brazo y caminar hacia las puertas. Todos los invitados parecían felices. Era irónico que tan sólo la novia y el novio estuvieran a años luz de distancia entre ellos.

Capítulo 13

EL HALL de dos alturas, con sus escaleras inmensas y su galería, era un lugar tranquilo después del ruido de la banda y la charla animada por el champán.

Pero Lucy pensaba que no era lo suficientemente tranquilo ni privado. Se detuvo ante una de las muchas puertas que salían del hall, pero no supo hacia donde ir. Apoyó la mano sobre la puerta y se vio obligada a aceptar que Westbury Hall ahora pertenecía a un extraño, y ese extraño era su marido.

—Aquí —dijo Kahlil agarrándola del codo y llevándola hacia otra puerta—. Aquí podemos tener privacidad.

Lucy permitió que la guiara hacia la habitación más luminosa de la casa, la habitación que la antigua dueña, la señora Grace, había llamado su habitación de la mañana. «La habitación donde todos los problemas se solucionan», recordaba Lucy.

—Lo has mantenido todo igual —dijo ella con sorpresa tocando un cojín de seda azul.

—Esas fundas son nuevas —admitió Kahlil—, pero son fieles copias de las originales. Pensé que sería lo que tú querrías —él estaba junto a la puerta, observándola—. Incluso antes de que mencionaras a la señora Grace Frobisher, yo ya sabía que le tenías mucho cariño.

—No importa —dijo ella casi sin escuchar—. Incluso los perros de porcelana junto a la chimenea.

—Iba a hacer que los restauraran, había una mella, pero luego me detuve.

—¿Te detuviste? —preguntó ella girándose para mirarlo.

—Algunas cosas pueden estropearse con la restauración —dijo él —. A veces su encanto reside en el hecho de que los ha poseído

mucha gente durante los años.

Cuando sus ojos se encontraron, la mirada de Lucy mostraba preocupación, y Kahlil comprendió entonces muchas cosas. Y sin embargo había muchas cosas que parecían pasarle por alto aún.

—¿Por qué no me hablaste de todo esto? —preguntó ella.

—No podíamos casarnos en tu casita, con un guardaespaldas en la habitación de invitados. Hice que restauraran Westbury Hall. Pensé que sería un lugar de reunión apropiado para la boda.

—¿Un lugar de reunión apropiado? —repitió Lucy sintiendo que la oportunidad que le había dado había sido malgastada—, ¿Así que todo esto es por el prestigio? ¿Por cómo te vean las otras personas?

—En absoluto.

—Dime una cosa. ¿Estabas detrás de la llamada del banco sobre lo del préstamo? ¿Fuiste tú el que hiciste que lo hicieran?

—Era una cuestión de negocios.

—Me mentiste, Kahlil —dijo ella con amargura—. Me has engañado. Me robaste mis sueños. Y luego pagaste una cantidad exagerada por Westbury Hall y me dejaste creer que había hecho un buen trato, cuando en realidad me estabas pagando por mis servicios como…

—¡No hables así! —exclamó él. En un instante la había agarrado del brazo con una mano y con la otra le tomó la barbilla para obligarla a mirarlo—. No pienses así. Eres la madre de mi hijo. Eres mi esposa. Acabas de convertirte en la princesa de Abadan. No lo olvides.

—No creo que nunca pueda olvidarlo —dijo Lucy—. Suéltame, Kahlil. Suéltame ahora. No tenemos nada más que decirnos.

—Muy bien —convino él—. Vete a tu habitación. Yo te disculparé ante nuestros invitados.

Con un sonido de furia, Lucy se soltó y se apresuró hacia la puerta, pero entonces se detuvo, se giró y dijo:

—No sé cuál va a ser mi habitación.

—Todas.

—¿Todas? ¿Qué quieres decir?

—Compré el edificio por mis propias razones, pero cuando llegué a conocerte mejor quise que lo tuvieras tú. Hice todo esto por ti, Lucy —dijo Kahlil con amargura—. Pensé que te haría feliz. No te preocupes —añadió apartándose cuando Lucy se acercó a él—.

Haré que uno de los sirvientes te lleve a una habitación. No tienes por qué tener miedo. No te molestaré esta noche.

El vuelo a Abadan fue algo tenso y solitario para Lucy. Ella iba en la parte delantera del avión, mientras que Leila se había llevado a Edward a dormir a una suite en la parte trasera.

Tras dejar la revista en la que había estado fingiendo poner interés durante la pasada media hora, Lucy miró a Kahlil y a sus ministros, agrupados alrededor de una mesa de reuniones en el otro lado de la cabina. Las cosas habían ido de mal en peor desde la boda. No podía creer que Kahlil la hubiese engañado con lo de Westbury Hall, ni que pretendiese dárselo como regalo de boda. Nunca, ni en sus sueños más salvajes hubiera podido imaginar un regalo a tan gran escala. En su mundo los regalos de boda eran tostadoras o copas de cristal.

Y ahora ni siquiera prestaba atención a su regalo. Quizá fuese mejor así. Iría a ver si Edward estaba despierto.

—Edward está durmiendo. Déjalo descansar —dijo Kahlil sin molestarse en mirarla—. Haré que nos sirvan la comida aquí en unos minutos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—¿Cómo lo sé? —repitió Kahlil girando la cabeza para mirarla.

—¿Cómo sabes que Edward aún está durmiendo?

Kahlil giró el monitor que había sobre la mesa y Lucy se dio cuenta de que la cámara enfocaba a Edward durmiendo. Junto a él, sentada en una silla, estaba Leila cosiendo un botón.

«Seguridad incluso en el jet real», pensó Lucy mientras volvía a sentarse. Entonces recordó la discusión que habían tenido aquella mañana sobre la seguridad. Ella no había dormido ni un momento durante la noche de bodas, y lo último que había esperado era ver a Kahlil a la hora del desayuno.

Ella había comenzado queriendo disculparse, para provocar al final una discusión. Pero Kahlil la había desairado, prefiriendo comer en silencio. Liberando su frustración, Lucy se había quejado sobre los extremados grados de seguridad que rodeaban a Edward, diciendo que temía que pudieran intimidarlo a medida que fuese creciendo.

—Mi hijo no se dejará intimidar por nada —había dicho Kahlil —. Es hora de crecer, Lucy. El privilegio tiene su precio —había añadido, y se había levantado echando la silla hacia atrás con violencia.

Entonces había entrado Leila y Lucy le había pedido que se llevase a Edward a su habitación para no tener que someterlo a la discusión de sus padres. Pero Kahlil se había marchado poco después, despreciando sus intentos de agradecerle el magnífico regalo. Él le había dicho que ya era demasiado tarde para dar las gracias. Y ahora Lucy sentía que no se merecía Westbury Hall en absoluto.

Miró el anillo que llevaba en el dedo y vio lo brillante y nuevo que era. No como la relación con su marido. Había pasado todo el vuelo imaginando cuántos contratos tendría que ganar para devolverle el dinero a Kahlil, porque iba a devolvérselo. Se había prometido eso a sí misma aquella misma mañana. El regalo de Westbury Hall era demasiado fantástico. Y, después de su inexistente noche de bodas, estaba más decidida que nunca a no estar en deuda con él.

Apartó la mirada cuando Kahlil la miró. Parecía cansado. Suponía que la larga noche de celibato lo habría afectado, al igual que la había afectado a ella. Si había algo que siempre iba bien entre ellos, eso era el sexo. Pero podría haber habido mucho más que eso, si Kahlil no hubiera sido tan orgulloso, y si ella no se hubiera puesto tan a la defensiva.

—¿Lucy?

—¿Sí? —preguntó ella mientras Kahlil se sentaba a su lado.

—¿Pasa algo? Te he oído suspirar.

—Nada —dijo Lucy rápidamente—. No es nada. Sólo estaba soñando despierta.

—Entonces es hora de que regreses a la realidad —observó él mientras le hacía una señal al auxiliar de vuelo.

La preocupación de Kahlil no era más que la preocupación de un jefe responsable hacia un miembro del personal, pensaba Lucy mientras lo escuchaba dar instrucciones al auxiliar sobre la comida. Y quizá pudiera aprender algo de él. Quizá los seis meses de matrimonio pasarían mejor si aprendieran a actuar educadamente pero sin emociones de por medio el uno con el otro.

—Mi mujer y yo comeremos aquí —estaba diciendo él—. Todos los demás comerán en el segundo compartimiento.

El hombre inclinó la cabeza y se marchó, dejándolos solos. Y entonces Lucy vio a los miembros del consejo recogiendo sus papeles mientras se preparaban para trasladarse a otra parte del avión.

—Por nosotros —murmuró Kahlil sardónicamente levantando su copa de champán.

—Por nosotros —repitió Lucy mecánicamente.

—Acabo de solucionar varios problemas —dijo él tras dejar su copa sobre la mesa— que estaban atormentando a mis empleados. ¿Ayudaría si también solucionara los tuyos?

—No, no ayudaría —dijo ella. Estaba casi lista para aceptar la situación, pero no estaba de humor para sus ironías—. Por lo que a mí respecta, yo ya no soy una de tus empleadas. Soy tu mujer.

—¿De verdad? —dijo Kahlil—. Aún no, no lo eres.

Lucy se quedó con la boca abierta y luego sintió un inmenso deseo.

—Además, ¿es que el contrato que tienes en el palacio dorado no significa nada para ti?

¡El contrato! Lucy se dio cuenta de que ni había pensado en eso, y había habido un par de complicaciones que significaban que aquello iba a durar algo más de seis meses.

—Kahlil, tenemos que hablar —dijo ella dejando la copa en la mesa.

—Sí, tenemos —convino él.

—Sabes que siempre he pretendido terminar mi trabajo en el palacio dorado, y terminaré el contrato. Pero no quiero ni tu dinero ni tu compasión.

—¿Quién te ha dicho que vayas a tener alguna de esas dos cosas?

Kahlil tenía los ojos entornados y la boca curvada en una sonrisa cínica. Estaba tomándole el pelo como a un ratón.

—Es sólo que no necesito una repetición de Westbury Hall.

—Explícate —dijo Kahlil abriendo las manos.

—Quiero completar mi trabajo en el palacio dorado sin tus interferencias. La recuperación de mi negocio, el pago de mis deudas, todo lo que pensé que había conseguido por mis propios

medios, sólo fue posible por ti, por el pago extra generoso que hiciste sobre Westbury Hall.

—Tú reconstruiste tu negocio antes de que nos volviéramos a encontrar —contradijo él—. Creo que te subestimas.

—No lo creo.

—Y en cuanto a Westbury Hall, pagué lo que creía que valía.

—¿Y ahora me lo das?

—Sí.

Lucy se dio cuenta de que jamás se había sentido peor por algo. ¿Pero era realmente un regalo o una manera de compensarla porque se estuviera calmada durante seis meses?

—¿Comprar el edifico fue tu manera de liquidar mis servicios?

—No te hagas ilusiones, Lucy. Nunca he tenido que pagar por sexo en toda mi vida. ¿Es eso? ¿O hay algo más que quieras preguntarme?

¿Pero qué más podría decirle? Él la había mentido, pero ella no había hecho ningún intento por buscar al padre de Edward. Los dos se habían equivocado. Ninguno de los dos podía negar lo que había hecho.

La tensión entre ellos aumentó cuando el auxiliar regresó con una bandeja de ensalada. Lucy sabía que tenía dos opciones. O luchar con Kahlil durante los próximos seis meses, o tratar de acomodarse. Pero para llegar a un acuerdo debería exponer sus términos con claridad.

—Mientras estemos casados, yo continuaré trabajando.

—Terminarás tu contrato, claro —dijo él.

—Por supuesto.

—Y con respecto a Westbury Hall, no hables del dinero extra como si fuese un crimen. Puede que me haya comportado torpemente, pero me sentí muy bien de que tú no tuvieras que sufrir más problemas financieros. Quería que tuvieras la oportunidad de volver a echar a volar por ti misma, aunque sobrepasaste mis expectativas al ganar el concurso de diseño. Nadie se sorprendió más que yo de verte en Abadan con un bebé bajo el brazo.

—Nuestro bebé.

—Nuestro bebé. Mi hijo.

—Nuestro hijo.

Lucy suspiró cuando Kahlil la tomó del brazo y la puso en pie

delante de él.

—Es hora de dejarnos de juegos, Lucy. Ahora eres mi esposa.

El deseo fluía entre ambos, pero Lucy aún seguía atrapada por el recuerdo de un hombre llamado Kahl, un hombre con el que había disfrutado y que se había marchado de su vida sin la menor explicación. Estaba decidida a agarrarse a su autocontrol.

—¿Así que lo consigues todo? —preguntó Lucy con frialdad mirándolo a los ojos.

—Sí —convino él—. Consigo a mi hijo, consigo Westbury Hall y consigo una esposa. Menudo botín, ¿no crees?

Su arrogancia la dejó sin aliento. ¿Quién se creía que era? ¿Un pirata? ¿Un bucanero que se llevaba consigo todo lo que quería?

—A mí aún no me has conseguido —dijo Lucy con aire desafiante, pero la mirada de Kahlil había cambiado y lo único que ella quería era derretirse bajo su cuerpo.

—Y aún no has recibido tu regalo de boda —susurró él sujetándola de modo que no pudiera escapar.

—Me diste Westbury Hall. No quiero nada más.

—¿No quieres nada más? —repitió él—. Perdóname si no estoy de acuerdo, pero creo que sí que quieres algo más.

Entonces la giró en dirección a sus aposentos privados a bordo del avión real.

Capítulo 14

HABÍA una cama, un escritorio y un sofá en la cabina privada de Kahlil.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Lucy desando que hubiera otra alternativa a tener que mirarlo a la cara. Pero la tenía aprisionada contra la puerta, con un brazo a un lado de su cabeza.

—¿Por qué crees que estamos aquí? —preguntó él. Pero antes de que pudiera contestar añadió—. Te he dado todo lo que has pedido. ¿No es hora de que me devuelvas algo a cambio?

Ella era su esposa, y había accedido a un matrimonio de seis meses para legitimar a Edward. Ése era el precio que había aceptado pagar. Pero había dado por hecho que de matrimonio sólo tendría el nombre. Un matrimonio al que seguiría un doloroso divorcio. Pero por mucho que deseara a Kahlil, el sexo no era algo que pudiera darle a cambio.

Sin embargo se dio cuenta de que había vuelto a prejuzgarlo al ver cómo, tras dirigirle una fría mirada, Kahlil se apartaba de ella y se dirigía hacia el escritorio que había al otro lado de la sala, donde varios documentos apilados aguardaban su atención.

—Ven aquí —dijo él seleccionando uno de los documentos—. Tienes que firmar esto.

Lucy se acercó y leyó la introducción. Era el contrato que nunca había firmado.

—No tienes muy buena impresión de mí, ¿verdad, Lucy? —dijo Kahlil.

Lucy pensaba justo lo contrario. Ella habría estado orgullosa de reconocerlo como el padre de su hijo sin necesidad de riquezas, y mucho menos el título que ostentaba. Kahlil era justo el tipo de hombre que habría elegido para ser el padre de Edward. Era ella la

que nunca podría ser una mujer apropiada para el futuro soberano de Abadan.

—¿Bolígrafo? —dijo él—. Deberías haber firmado esto antes de la boda y ahorrarte más sufrimiento. Supongo que ni lo habrás leído.

Lucy no pudo mirarlo a los ojos.

—Como me imaginaba —añadió él—. Elegiste no leerlo. Elegiste pensar lo peor de mí.

—Un contrato matrimonial parece algo muy frío —dijo Lucy honestamente.

—No en nuestro caso. ¿Acaso esperabas un romance? Léelo ahora —dijo Kahlil sacando una silla para que se sentara.

Casi desde el principio Lucy se dio cuenta de que el contrato estaba casi todo a su favor. Su libertad estaba garantizada al cabo de seis meses. Incluso podría dejar a Kahlil antes de eso, si así lo decidía.

—Sin ataduras, sin compromisos —dijo él ofreciéndole un bolígrafo.

—¿No podía haberlo firmado ahí fuera? —preguntó ella señalando hacia la cabina principal.

—Ni siquiera mis ministros saben lo de nuestro acuerdo —dijo Kahlil—. Sería malo para la posición de Edward si se levantaran rumores.

Lucy estaba de acerado en que aquello tenía sentido y firmó el documento.

—Gracias —dijo ella devolviéndole el bolígrafo.

—Ahora deberías sentir consuelo —dijo él mientras se dirigía a abrir la puerta.

Lucy se había equivocado con respecto a él desde el principio, y ya era demasiado tarde para arreglar las cosas. Miró de reojo a la cama. Las sábanas eran prístinas, estaban sin tocar, y destinadas a seguir así por mucho tiempo. Kahlil le había dado todo lo que había deseado y más: la custodia compartida de Edward, la libertad para seguir trabajando. Y cosas que ni siquiera había pedido como su propia suite de habitaciones en el palacio y el honor debido a una princesa de Abadan por el resto de su vida. Pero sobre todo le había dado el bien más preciado de todos: la libertad. Pero en vez de sentirse ilusionada, se sentía derrotada por primera vez en su vida.

—Hay algo más —dijo Kahlil agarrando un manojo de llaves de encima de la mesa que había junto a la puerta— Esto te pertenece.

—¿Westbury Hall? —preguntó Lucy tras recoger las llaves.

Kahlil inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

Por fin tenía todo lo que deseaba, pensó Lucy. Y comprendía el poco confort que pueden ofrecer unos cuantos ladrillos en comparación al hombre que amaba.

—¿Ya has terminado conmigo? —preguntó ella.

—¿Debería haber más?

—No, claro que no. Ahora iré a ver a Edward.

—Sí —dijo Kahlil, y no hizo intento de seguirla a la cabina principal—. Vete con tu hijo.

El final de la primavera en Abadan tenía que ser una de las épocas más hermosas del año, pensaba Lucy sentada junto a la ventana de su habitación en el palacio. Y el amanecer era definitivamente la parte más hermosa del día.

Era el día de su boda, su boda árabe. Y en esa ocasión ya no esperaba nada, no tenía falsas esperanzas. Kahlil había cumplido su palabra, dejándola a sus anchas, sin interferir en su trabajo ni en su tiempo con Edward. Debería estar satisfecha, pero sin embargo se sentía completamente vacía.

Estaba a punto de retirarse de la ventana cuando algo llamó su atención. Entonces vio a Kahlil vestido con bombachos para montar, caminando por el patio flanqueado por sus ministros. El tiempo pasaba pero todo permanecía igual, pensaba Lucy al ver al mismo hombre bajo caminando junto a Kahlil, tratando de seguir su paso. Kahlil parecía tener muchas instrucciones para él aquel día. Pero, por supuesto, también era el día de la boda de Kahlil, algo evidente y sin embargo increíble. Era como un extraño para ella, un extraño con el que estaba a punto de casarse, a no ser que tomara ella la iniciativa y cambiara la situación.

Impulsivamente Lucy cruzó la habitación hasta la antesala donde estaba su ropa.

—¿Dónde diablos…? —murmuró impacientemente mientras buscaba sus vaqueros en el armario.

Los establos reales estaban cerca del palacio principal, como a Kahlil le gustaba. Siempre podía aclarar su cabeza, pensar las cosas con calma, relajarse y gastar el exceso de energía con una buena galopada. Y eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

No tenía ni idea de cómo iba a soportarlo. La ceremonia civil en Inglaterra había sido una cosa, los dignatarios, la pomposidad y la ceremonia no habían significado nada para él, no en su corazón, no donde realmente importaba. Pero allí, en mitad del desierto, la ceremonia frente a su gente, gente que confiaba en él, que esperaba lo mejor de él…

—No te preocupes —dijo en abadanes a un mozo de cuadra que se acercaba para recibir sus órdenes—. Lo ensillaré yo mismo.

Miró con orgullo a su caballo, Helix. El animal estaba perfectamente proporcionado, y era fuerte.

—Es precioso.

—¡Lucy! —murmuró él asombrado. Luego, cuando su corazón se hubo estabilizado un poco, añadió—. ¿No deberías estar en el palacio preparándote para la boda? Hemos traído a algunas de nuestras mejores esteticien para ti.

—¿Tan fea soy?

—No, no, por supuesto que no —dijo él.

—¿Así que simplemente soy vanidosa?

—Pensé que te gustaría, que te ayudarían a relajarte.

—¿Puedo montar contigo?

—¿Montar conmigo? —preguntó él asombrado. Dudó un momento con la mano sobre la silla. Era lo último que esperaba—. ¿Por qué no? —y entonces miró hacia las puertas abiertas del establo, donde varias cabezas estaban asomadas con las orejas levantadas—. ¿Un caballo castrado y tranquilo, quizá?

—¿Y por qué no esta maravilla?

—¿Helix? No seas tonta.

—¿Tonta? —preguntó Lucy—. ¿Por qué, Kahlil? ¿Es Helix caballo para un hombre?

—Bueno, sí —comenzó a decir Kahlil. Veía que le estaba tomando el pelo y sabía adonde quería llegar—. Es un caballo muy fuerte, difícil de manejar. Tú fuerza física…

—¿No estaría a la altura? —preguntó Lucy con aire desafiante —. He visto a tus jinetes, Kahlil, son todos más bajos que yo.

—Y más fuertes.

—¿Cómo lo sabes?

Se miraron el uno al otro durante unos segundos, entonces Kahlil se volvió al mozo de cuadra y le dijo:

—Trae a Terco para que yo lo monte.

Y sin más palabras comenzó a aflojar los estribos para Lucy.

—Terco significa obstinado en español —dijo Lucy siguiendo a Kahlil—, Y cabezón es otra alternativa. Creo que es perfecto que tú lo montes. ¿Pero por qué tiene un nombre español?

—Porque es un caballo español —reveló Kahlil con una sonrisa —. Mi hermano pequeño es médico. Vive en España. Este caballo fue su regalo de bodas, y el nombre de Terco es su idea de una gracia. Pero tú has decidido montar a Helix. ¿Has cambiado de opinión?

—La verdad es que no.

—¿Subes?

—Claro —dijo Lucy. No iba a echarse atrás. Por muy terrorífico que pareciera aquel caballo negro que golpeaba el suelo con las patas. Kahlil necesitaba saber que ella estaba a la altura de cualquier desafío.

El paso tranquilo que adoptaron para atravesar el establo no hacía anticipar el galope salvaje que vino después. Kahlil incrementó la velocidad poco a poco al principio, como si quisiera comprobar las habilidades de Lucy sobre el caballo, pero una vez que salieron a una zona abierta, lo puso al galope.

—Veo que sabes montar —admitió Kahlil cuando estuvieron a la misma altura y disminuyeron la velocidad.

—¿Quién no podía montar un caballo como Helix?

—La mayoría de la gente —dijo Kahlil—. Claro que la mayoría de la gente no sería tan valiente como para intentarlo.

Lucy se preguntaba si aquello sería una alabanza.

Entonces Kahlil se puso delante y ella se echó hacia atrás sobre la silla y lo siguió por una pendiente inclinada, pero luego se echó para delante para que le resultara más fácil al caballo subir la colina que vino después. Las piedras se desprendían bajo las pisadas de los caballos mientras subían por el estrecho camino, hasta que finalmente, cuando el camino se ensanchó sobre una amplia superficie de arena, Lucy vio la razón de haber subido hasta la

cima.

Lejos, a millas de distancia esparcidas por el desierto, había hileras de camellos y furgonetas, y hordas de gente arremolinándose alrededor de una vasta ciudad levantada con tiendas de campaña.

—Nuestros invitados —dijo Kahlil girándose para mirarla—. Nuestra gente, Lucy.

Los dos se quedaron allí durante un rato, con los caballos tranquilos bajo sus cuerpos, como si los animales notaran la comunicación silenciosa entre los dos jinetes de forma más profunda que Kahlil y Lucy.

Lucy pensó que era como si se hubieran mezclado con el desierto. La luz dorada, el sonido de las bridas de los caballos cuando movían las cabezas, el viento pasando a través de su pelo. Miró a Kahlil y en ese momento él también se giró. Y cuando los dos se miraron, Lucy dejó escapar el aliento sintiendo que su cuerpo y su alma estaban relajados. Ahora conocía un poco mejor a ese extraño. Era como si algo hubiera pasado entre ellos. No el fuego de la pasión. Era algo más profundo, más duradero. Comenzó a sonreír.

—Deberíamos volver —dijo Kahlil tirando de las riendas de Terco—. No olvides que hoy nos vamos a casar. No debemos llegar tarde a nuestra propia boda.

—No —convino Lucy echando un último vistazo al desierto antes de dar la vuelta.

—Ha sido un buen paseo —dijo Kahlil mientras cabalgaban de vuelta por el establo.

—La verdad es que sí —convino Lucy.

—Eres una jinete muy buena —añadió él.

—Tú tampoco lo haces mal.

—Ey —exclamó Kahlil justo a tiempo de tomarla en brazos cuando perdió el equilibrio al bajar del caballo—. ¿Por qué no has esperado a que te ayudara?

—Porque pensé que era más fuerte de lo que soy —dijo ella sintiendo cómo le temblaban las piernas tras el paseo. Pero aunque sus miembros la defraudasen, su espíritu estaba completamente saciado, como si hubiera recibido una inyección de la energía del

animal que acababa de montar. Y aquél tampoco era un mal final, pensó Lucy mientras se relajaba en brazos de Kahlil y el mozo se llevaba los caballos.

—Ha sido genial. Gracias —le dijo a Kahlil tras enderezarse.

—¿Gracias? No tienes que darme las gracias, Lucy. Estos caballos son tan tuyos como míos. Y si hubiera sabido lo bien que montas, habríamos ido juntos mucho antes.

—Eso es lo que nos pasa —replicó Lucy—. No sabemos nada el uno del otro, ¿verdad, Kahlil?

—Podemos aprender.

—¿Quieres aprender?

Lucy se dio cuenta de que no iba a ponérselo fácil al ver a Kahlil alejarse de ella sin contestar. Se acercó a los caballos para comprobar que no tuvieran ninguna lesión después de cabalgar.

—Ahora puedes refrescarlos, han corrido mucho —le dijo al mozo de cuadra, y miró a Lucy como si aún estuviera sorprendido al haber descubierto que tenían eso en común.

Lucy casi podía verlo preguntándose qué otras sorpresas quedarían ocultas, y ella sentía lo mismo.

—Espera —dijo él acercándose a ella al ver que se daba la vuelta para irse—. Sólo quería decirte…

—¿Sí?

—Lo mucho que he disfrutado —admitió Kahlil pasándose los dedos por el pelo como si no estuviera acostumbrado a tales declaraciones.

—Yo también —dijo ella con suavidad mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Lucy, es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde?

—¿Para que te quedes?

—No me marcharé hasta que no hayan pasado los seis meses.

—No me refiero a eso. Quiero decir —se detuvo y echó otro vistazo a los establos, donde los caballos asomaban las cabezas como si ellos también estuvieran ansiosos por escuchar lo que tenía que decir—. ¿Que si te quedarás más de seis meses?

—¿Crees que debería? —preguntó ella.

—Creo que debes —dijo él apasionadamente.

—¿Debo?

—Por favor —dijo él—, no me acuses de intentar controlarte otra vez —tenía la voz rasgada y no dejaba de mirar los labios de Lucy, como si no pudiera esperar a besarlos de nuevo.

—No lo haré —prometió ella mirándolo a la boca.

—Quiero que te quedes más de seis meses.

—¿Cuánto más, Kahlil?

—Quiero que te quedes conmigo… para siempre. Te quiero, Lucy.

—¿Me quieres? —repitió ella con incredulidad.

—No quiero que me dejes. No lo soportaría —admitió Kahlil—. No hay nadie con quien deseara compartir el trono de Abadan más que contigo. No hay nadie más que quiera que engendre a mis hijos. Nadie más que tú puede ser mi esposa.

Lucy jamás había podido imaginarse a Kahlil expresándose de ese modo. El hombre que ella conocía se debía a su país.

—Entonces me quedaré —dijo sin más. Y si él cambiaba de opinión cuando lo pensara mejor, ya encontraría ella un modo de hacerle entrar en razón. No podía imaginarse su futuro sin Kahlil.

—¿Te quedarás siendo mi esposa?

—Estamos casados. Y vamos a volver a casarnos de nuevo dentro de unas horas.

—Sé que casarte conmigo te resultará duro —dijo él—. Sé que tendrás que asumir muchas responsabilidades. No es justo por mi parte pedirte esto…

Lucy levantó una mano y puso un dedo sobre los labios de Kahlil.

—¿Quieres que me quede en Abadan como tu esposa? Sabes que lo haré. Estaremos casados durante los próximos seis meses. Después, si quieres que me quede…

Kahlil apartó su mano de la boca y le dio un beso en la palma.

—Si me lo permites, Lucy Benson, querré que sigas siendo mi esposa durante mucho más tiempo.

Lucy no podía hablar y él la besó.

La boda iba a celebrarse a última hora de la tarde, como marcaba la tradición en Abadan. Así que tenía el resto del día para prepararse, pensaba Lucy mientras entraba en su dormitorio tras

haberse dado una ducha. Leila estaba cuidando de Edward, y le había dicho a Lucy que debería tomarse un poco de tiempo para estar tranquila.

Pero en ese momento lo que menos quería Lucy era estar tranquila. Quería saltar y compartir su felicidad con todo el mundo. Quería asomarse a la ventana y gritar a los cuatro vientos que Kahlil, jeque de Abadan, la amaba.

Apretándose la bata con más fuerza, apoyó las manos sobre el alféizar de la ventana y miró hacia fuera. Sonrió al ver a Kahlil rodeado de sus hombres de confianza como siempre. Y entonces su sonrisa desapareció. A lo mejor estaba haciendo un mundo de aquello. A lo mejor el paseo a las montañas simplemente había sido un momento de felicidad pasajera. Había una historia de malentendidos y desconfianzas entre ellos. ¿Acaso una mañana cabalgando había sido suficiente para arreglar las cosas?

No sabría la respuesta a eso hasta después de la boda. Kahlil estaba demasiado ocupado ultimando los últimos detalles.

Leila había dicho que se esperaban más de mil invitados, y eso habría sido una estimación bastante escasa, pensaba Lucy al recordar el tamaño de la ciudad de tiendas de campaña que Kahlil le había mostrado en el desierto. Los hombres de las tribus iban a ir a la ceremonia desde todos los rincones de aquel reino desértico. Su corazón latía con fuerza ante tal expectativa.

Apartándose de la ventana, Lucy sonrió al recordar cada momento del beso de Kahlil. Había sido tan tierno. Nunca antes la había besado así, y el romance podía olerse en el aire. Incluso los más rígidos de sus ayudantes sonreían y canturreaban todo el tiempo, y las mujeres insistían en esparcir pétalos de rosa bajo sus pies siempre que tenían oportunidad.

Pero quizá fuese mejor no dejarse llevar. Quizá Kahlil simplemente estaba siendo amable con ella para agradecerle su cooperación. Pero definitivamente algo había surgido entre ellos durante su paseo por el desierto. Algo que los había unido más que las palabras, pero una vez más pensó mientras suspiraba que quizá se lo estaba imaginando todo.

—Vaya suspiro. Pensé que nuestro paseo había exorcizado todos tus demonios, pero veo que me equivocaba.

—¡Kahlil! —Lucy se dio cuenta de que acababa de ducharse. Su

pelo aún estaba húmedo e iba vestido con una túnica árabe y un gutrah que llevaba en la cabeza—. No te esperaba.

—Ya veo —dijo él acercándose más—. Creo que tenemos un asunto pendiente. Pero antes de que vayamos a eso…

—¿Sí? —preguntó Lucy.

—Hay algo que tengo que decirte. No, no te apartes de mí, Lucy. Ha habido muchos malentendidos entre nosotros y quiero dejar las cosas claras antes de que estemos casados, casados de verdad. ¿Me vas a dar esa oportunidad?

—Por supuesto —susurró Lucy, temiendo lo que iba a escuchar.

—Mi intención inicial era quitarte Westbury Hall sin dudarlo un momento —dijo, y agarró a Lucy para que no pudiera escapar de la verdad que estaba diciéndole—. Quería ese lugar para mí, para mi nuevo palacio, y sólo tú estabas en medio. Obligué al banco a retirarte el crédito. En cuanto a lo de que la compra de Westbury Hall era un juego para mí, tenías razón. Comenzó como un juego, pero acabó siendo amor.

—¿Y aquella primera vez en que hicimos el amor?

—Te deseaba. No planeaba enamorarme de ti, al igual que tú no sabías que Edward volvería a unirnos. Tenía que contarte la verdad, Lucy, antes de la ceremonia. ¿Puedes perdonarme?

—¿Puedes perdonarme tú por haberte apartado de Edward? —preguntó ella.

—No puedo más que agradecerte que me trajeras a mi hijo, y que regresaras a mi vida —dijo él mirándola fijamente a los ojos.

—¿No causará comentarios sin nos ven juntos antes de la boda?

—No tenemos esas supersticiones en Abadan. Además he despedido a los sirvientes. Nadie nos molestará.

—Esta noche nos casaremos en presencia de tus compatriotas.

—¿Debo esperar? —preguntó Kahlil suavemente.

—¿Puedes?

—No.

—¿No tienes control?

—Es que no deseo esperar, porque te quiero, Lucy Benson.

Entonces la besó y la condujo hacia la cama quitándole la bata al mismo tiempo. La toalla que llevaba en el pelo cayó al suelo segundos después, dejando suelto su pelo rubio para que le cayese alborotado sobre los hombros. Y cuando levantó los brazos para

peinarse un poco, Kahlil se lo impidió.

—Así es como me gusta verte —murmuró él. Le acarició los brazos y luego bajó con sus manos hasta coparle los pechos y juguetear con sus pezones—, ¿Realmente quieres que espere hasta nuestra noche de bodas o quieres que continúe?

Como respuesta, Lucy extendió los dedos sobre sus hombros y lo agarró con fuerza mientras lo arrastraba con ella a la cama.

—Oh, bien —dijo Kahlil—, si insistes.

—Insisto —dijo ella—. Pero tú llevas demasiada ropa —añadió, y sonrió al ver cómo se quitaba la ropa.

—Ahora no —dijo él estirando su cuerpo desnudo junto a ella, casi sin tocarla, para sentir cómo su cuerpo comenzaba a temblar ante la expectativa.

—Kahlil, por favor, no me tomes el pelo,

—¿Por qué no? —preguntó él deslizando los dedos entre sus pechos y hasta su estómago—. Al fin y al cabo es lo que mejor se me da.

Lucy se acercó a él. Ya había esperado suficiente. Él era todo lo que deseaba y necesitaba.

Ambos encajaban a la perfección. El placer era casi como un éxtasis. Hundiéndose en ella, Kahlil se movía lentamente, profundamente, y entonces, cuando ella pensaba que eso era lo más a lo que podía ascender el placer, la penetró más profundamente y comenzó a moverse de un lado a otro, presionando, acariciando hasta que ella gritó extasiada y no pudo esperar a que él la llevase hasta el límite.

—Moderación —dijo él con suavidad mientras comenzaba a moverse de nuevo cuando ella se relajó—. ¿No te he enseñado ya la manera oriental?

—La occidental no está tan mal —susurró Lucy contra su boca —. Mi cantidad, tu calidad. Una mezcla perfecta, ¿no crees?

La respuesta de Kahlil fue un gemido de placer igual al de ella cuando recorrió con la punta de los dedos su erección. Entonces la giró de golpe, inesperadamente y ella acabó sobre él.

—Te he visto cabalgar —dijo él acariciándole las nalgas—. Así que, cabalga.

—Vamos a llegar tarde a nuestra propia boda —le dijo Lucy a Kahlil mucho más tarde sobre la cama—. Gracias a Dios que esta noche es nuestra noche de bodas —añadió, expresando sus pensamientos en voz alta. Casi no podía esperar a volver a hacer el amor con él.

—Y gracias a Dios que será una noche de bodas completamente distinta a la primera —murmuró Kahlil—. No creo que pueda soportar otra noche más de sábanas frías.

—¿Tú también?

—Yo también.

—Muy bien, pues te prometo sábanas calientes y acción constante. Pero ahora tenemos que levantamos.

—Qué pena. Debo llevarte a cabalgar más a menudo.

—No puedo esperar —dijo Lucy—. Pero…

—¿Pero?

—¿Tienes algún caballo tranquilo en tu establo?

—Ahora también es tu establo. Puedes elegir el caballo que quieras. ¿Tuviste miedo esta mañana?

—Estaba aterrorizada.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Y dejar que pensaras que soy una cobarde? No, gracias.

—No habría pensado eso —dijo Kahlil—. Tu coraje jamás ha estado en duda.

—¿Entonces un caballo tranquilo la próxima vez?

—Lo que tú quieras. Lo que te haga feliz. Lo que desee tu corazón, yo te lo daré.

—Entonces es fácil —dijo ella—. Porque todo lo que deseo eres tú.

En esa ocasión los preparativos de su boda le produjeron una inmensa alegría. Lucy se miró y se remiró en el espejo. No estaba despampanante. No podía hacer mucho a ese respecto. Las túnicas orientales ocultaban bastante, pero eran bonitas y se adaptaban a su figura. El color y el tejido que Kahlil había elegido eran maravillosos: seda azul bordada con perlas.

—¿Le gusta? —preguntó Leila mientras balanceaba a Edward sobre su cadera.

—¿Gustarme? —murmuró Lucy—. ¿Quién no adoraría un vestido como éste, Leila? Es precioso. No puedo creérmelo.

—No olvide sus sandalias.

—¿Y a ti te gusta tu vestido? —le preguntó a Leila.

Leila estaba convirtiéndose en una persona muy importante para ella e iba a asistir a la ceremonia con Edward. Por eso Lucy había escogido un vestido que creyó que le gustaría, y un traje para el niño.

—Me encanta —dijo Leila señalando el medallón que Lucy le había regalado—. Es muy amable.

—Tú también. No podría hacer esto sin ti. El equipo Benson, ¿recuerdas?

—El equipo ben Saeed Al-Sharif —le recordó Leila y, cuando Edward comenzó a aplaudir con excitación, las dos se echaron a reír.

Kahlil las sorprendió al entrar en la habitación vestido con la túnica de la boda.

—Gracias, Leila —dijo Kahlil al ver que Leila se retiraba de la sala con Edward en brazos.

—No esperaba verte antes de la ceremonia —dijo Lucy cuando estuvieron solos.

—Tengo algo para ti —dijo él llevándose la mano de Lucy a los labios para besar cada uno de sus dedos uno por uno. Luego le colocó dos anillos en la palma—. Son para ti. Elegí el de diamantes para ti como madre de mi hijo, para que me recordaras cuando hubieran pasado nuestros seis meses de matrimonio.

Lucy miró el anillo asombrada. Pero el otro anillo era diferente, y cuando imaginó a quién debía de haber pertenecido, se sorprendió aún más.

—Este otro anillo es para una esposa poco convencional y para un matrimonio poco convencional.

—¿Es realmente el anillo de la enfermera Clemmy? —susurró Lucy.

—¿Lo llevarás? —dijo Kahlil—. ¿Te casarás conmigo, Lucy Benson? Debo advertirte que la mujer que lleve este anillo se quedará conmigo para siempre, y trabajarás a mi lado por el bien de nuestra gente. Es el anillo que debe llevar la mujer que ocupe el corazón del jeque.

—Entonces es el único anillo que voy a escoger —dijo Lucy.

Cuando Lucy se unió a Kahlil bajo la carpa nupcial, se dio cuenta de que algo fundamental había cambiado entre ellos. La electricidad seguía siendo igual de intensa, pero había algo más. Y eso la llenaba de miedo y de alegría, y de esperanza, y de todas las mariposas en el estómago que una novia podría esperar el día de su boda.

Cerró los ojos por un momento y se deleitó con los aromas de las flores que atravesaban el velo azul que cubría su cara y hacía juego con sus ojos. También llevaba una hermosa gargantilla en el cuello, sobre la túnica que sabía habría llevado horas tejer y bordar. Se sentía hermosa y femenina.

—Estás preciosa —susurró Kahlil, y entonces le tomó la mano y le puso el anillo de diamantes sobre la palma,

—¿Qué? —preguntó Lucy confusa.

—Sólo por seis meses —bromeó él—. Luego, si te cansas de él, te compraré otro.

—Kahlil… —dijo ella en voz baja.

Entonces Kahlil le colocó el anillo en el dedo y dijo:

—Pero este anillo es para la mujer de mi corazón. Este anillo, querida Lucy, es para siempre.



SUSAN STEPHENS. era cantante profesional antes de conocer al que sería su marido en la pequeña isla de Malta.

Muy al estilo de sus novelas, se conocieron un lunes, se comprometieron un viernes y se casaron tres meses después. Aún siguen muy enamorados el uno del otro.

Le gusta viajar, ir a espectáculos y sobre todo escribir. Para relajarse, toca el piano, cocina o lee. Y para quitarse el estrés, se lanza montaña abajo con sus esquís, o galopa por la pradera cantando en voz alta.